

# REVISTA CONTEMPORANEA



36940  
REVISTA

# CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR Y PROPIETARIO

DON JOSÉ DE CÁRDENAS

AÑO XXVII—TOMO CXXIII

JULIO—AGOSTO—SEPTIEMBRE 1901

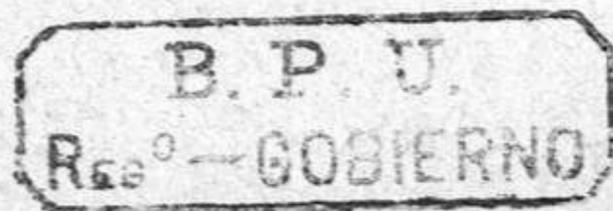
(DERECHOS RESERVADOS)



ADMINISTRACIÓN

PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL

MADRID



MADRID, 1901

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

*Libertad, 16 duplicado, bajo.*

# VEJAMEN

## DE DIEZ GRADUANDOS

---

### I

Del vejamen de diez graduandos en Granada, y en el siglo XVIII, da noticia un opúsculo incompleto, que tenemos á la vista.

Faltan á nuestro ejemplar algunas hojas, y como son del principio, no constan la fecha ni el punto de impresión. Pero esta falta se subsana con la final *Laudatoria*, elogio con que termina el *Vejamen* para endulzar con este encomio las acritudes anteriores.

Alude primero á los «hijos de Águilas»; á dos hijos espirituales del «Ave de Agustino», y á uno de los «Menores que siguen las huellas del Ángel Tomás de Aquino», y dice á continuación:

«Y vosotros, que gozasteis,  
en vuestros claros principios,  
las plumas y la enseñanza  
de aqueste sagrado asilo:  
ya vuestras pobladas alas,  
en rectos lucientes giros,  
sobrepujan la encumbrada  
clara cima del Olimpo.  
Propáguese la doctrina  
de este Liceo, que ha sido  
célebre en toda la Europa,  
desde un siglo en otro siglo.  
Haya siempre en este ameno  
poblado vergel florido  
fragancias, que atienda justo  
nuestro Rey Felipe Quinto.»

Ya tenemos la fecha aproximada de esta obra: comienzos del siglo décimooctavo.

«En buen hora de aquí saque  
su recto celo ministros,  
canónigos, dignidades  
y vigilantes obispos...»

En ese centro universitario, plantel de juristas y teólogos, se verificó el *Vejamen* de diez graduandos, que están citados en la satírica narración de este modo: P. Flórez, Piñar (don Carlos de), Valdés (D. Pedro), P. López, Camporredondo (D. José), Torres (D. José), Bustamante (D. Gabriel), Harena (D. Tomás), Urrea Jiménez y Canal (D. Alonso) y el P. Muessas.

Veamos lo que dice el mordaz autor de este *Vejamen* acerca de cada una de sus víctimas, omitiendo nosotros algunas cosas por demasiado crudas ó punzantes. Entonces había más franqueza que ahora en estas sesiones académicas.

## II

El graduando primero sobre cuya cabeza descarga el *Vejamen* sus chistes epigramáticos parece ser D. Carlos Piñar, natural de la Zubia, bizco, lacrimoso, que siguió la carrera eclesiástica porque en la de padre de familias encontró sin duda obstáculos insuperables.

«Deidad, que en el corral y en el ejido  
más que la otra pudo haber lucido...»

Esa deidad (la de los amores profanos) no le valió y renunció *a fortiori* á los proyectos masculinos de crearse un hogar y una familia numerosa.

«Murióse aquesta y clérigo se hizo,  
pasando un romadizo  
de narices y ojos,  
con que regaba todos los rastrojos,

que en ojos y narices para un año  
duraron muestras de dolor tamaño:  
¿qué he de hacer, dijo, en lances tan prolijos  
con más de veinte hijos  
que tenía ideados?

¡Ay, dulces hijos por mi mal hallados!

Después de ver postrado su deseo,  
trocó casco y montera en solideo,  
y, porque más le cuadre,  
perdidas las ideas de ser padre,  
sólo volvió á la Zubia á ser padrino  
por armas y celadas de Mambrino...»

Por vía de consolación, dirige el *Vejamen* á D. Carlos Piñar estas palabras, alusivas, como se ve, á un defecto de sus ojos:

«Sr. D. Carlos: De esa suerte no se gana cosa *en-jugar* los ojos, pues que Lucía se quedó á escuras, *y-a* la vista casi *es cura*: vuelva Vd. acá esa cara de sardina arenque...»

Con equívoco tan anodino indícase en el *Vejamen* que el sacerdote de la Zubia era bizco; pero si todavía cabe duda, más claro lo dice en esta copla:

«Ya que á un bizco he vejado,  
con otro encuentro.  
¿Qué haré entre dos bizcos,  
Dios de mi cuerpo?»

«D. Carlos es bizco más perjudicial que el P. Flórez, pues en recogiendo la vista, es su vista *la-angosta*, que *agosta* cuanto mira, y por esto en la Zubia le mandaron á espigar.»

Paranomasia y equívoco tan sosos y forzados, reveladores de la degeneración del cultismo, sirven para enterarnos de que Piñar era hijo de algún labrador de la vega granadina. El pobre segaba (repetiremos la sosería) con la *langosta* de sus ojos bizcos. ¿Qué culpa tenía de esto? Pero en la sátira vulgar de los vejámenes no se respetaba nada ni se distinguía entre la imperfección natural y el defecto contraído por el vicio.

«Bizco te hizo tu padre,  
bizco fuistes al nacer,  
bizco después y serás  
bizco *in æternum*, amén.»

Además, era tacaño y avariento.

«Huye de Churriana  
como del diablo,  
porque si allá te mueres  
te cuesta caro.  
Si te llevan la cera  
todos los frailes,  
te dejarán, sin duda,  
*ad te levavi.*»

En Churriana, pueblecito de la vega de Granada, había entonces un convento de franciscanos, con sólo un sacerdote y un lego, y á Piñar le parecía muy caro el entierro en aquel lugar porque tenían que llevar *vela* dos frailes, y dos velas era mucho gasto para su bolsa miserable.

Termina el *Vejamen* de D. Carlos Piñar con un episodio sucio y grotesco de su vida de colegial en el Sacro Monte. Es el caso que en aquella colegiata le nombraron versiculario, oficio de coro que le obligaba á no levantarse tarde. Una mañana el sueño le rindió y no asistió á la iglesia. Temiendo el perezoso colegial que el «haber tenido más *cama* había de ser causa de que menos *coma*», en castigo de su falta, fingió «un dolor entripado», dando *gritos* lastimeros y agudos «para tener *grato* al vicerrector»; pero conociendo éste que la enfermedad del versiculario era ficticia, le mando curar por medio de un enema ó «*ayuda tan hirviendo* que saltó de la cama diciendo que se le cocían las tripas».

«Si por dormir te finges  
tan doloroso,  
ya te hicieron apriesa  
que abras el ojo.  
Engañar pretendiste  
siendo un bonete,  
y á tí te la frieron  
con el aceite.»

Estas y otras frases menos limpias se leían en los centros universitarios del siglo XVIII, provocando la risa de graves doctores y sesudos catedráticos. Sin duda nuestros abuelos

tenían más sencillez é ingenuidad que nosotros, ó afectaban menos el respeto á las formas sociales y á la seriedad académica.

## III

La víctima segunda del *Vejamen* fué D. Pedro Valdés, modelo de tacañería, aún más que Piñar, y mal dotado de facultades intelectivas, si la sátira no exagera.

«El primero que al Grado se ha venido es un niño movido, don Pedro de Valdés ó don Perico... mas que ¿juzgan que digo que es borrico sólo por ver ya puesto el consonante...?»

Con frases muy diversas salen á relucir el poco talento y la mucha avaricia del vejado.

«... Teólogo magrujo,  
en su carilla de don Pedro empujo;  
pollinejo novel, que en dar corcovos  
excede mucho de los otros bobos.»

Valdés «es la quinta miseria».

Con mucho dolor de su alma avariciosa y «mucha cólera, vomitó los *doscientos pesos* del Grado!» (Y para aquel tiempo no costaba poco graduarse en una facultad.)

«Don Pedro, bien manifiesta  
ser tu miseria á destajo,  
pues tanto á guardar se apresta,  
que aun en los dias de fiesta  
se conoce su trabajo.»

El *Vejamen* lo compara con el «Gran Tacaño», de Quevedo. «Es Valdés el mejor aprendiz del Licenciado Cabra.»

«... Yo le ordené sangrar un día séptimo de luna, y comenzó á decir á voces: guarda el cuarto, guarda el cuarto, y lo guarda más que lo dice.»

«En creciendo la luna  
guardas los cuartos,  
que aun en creciente muestras

ser un menguado.  
 Buenas prendas malogras  
 por tu miseria;  
 como el cuarto se guarde,  
 todo se pierda.»

«Desde Junio ha estado discurriendo Valdés no gastar un cuarto, y le ofreció al maestro de ceremonias cederle todas las propinas que en su vida pudiera ganar asistiendo á grados, si le dispensaba hacer el depósito entonces; pero el maestro de ceremonias le dió, en contestación, una cédula con esta quintilla:

«Deposita de contado  
 tu miseria singular  
 lo que no está devengado:  
 primero lo has de ganar,  
 y primero eres ganado.»

#### IV

El P. López salta á la arena de *Vejamen*.  
 ¿Cómo era éste graduando?

«...Es su mayor contento  
 tragarse las aldabas del convento...  
 ...Siendo refitolero,  
 de frailecillo se hizo racionero...»

Inquieto, nervioso, travieso, este doctor granadino era, cuando muchacho, la piel del diablo. Y aquel niño indisciplinado, al llegar á hombre, parece la vera efigie de la santidad. En su infancia, no había manzano en el Xaragui granatense que no despojase de sus doradas pomas, y en su edad viril, anda á pleito con el manzano del celestial Paraíso.

Su elocuencia sagrada es una borrasca deshecha. El bajel combatido por las olas, rodando de tumbo en tumbo, no representa bien al P. López cuando se zambulle en el púlpito, para levantarse luego bruscamente; no hay jarcias ni velas tendidas como sus brazos y mangas; ni huracanes que mujan como sus sonoros resoplidos; ni lluvia y torbellino semejantes

á su locuacidad: habla y manotea y gesticula sin cesar; es un orador que suelta siempre el trapo.

«Si tus gritos sin consuelo  
y discurrir sin segundo  
se juntan, yo me recelo  
que nos has de echar del mundo  
para llevarnos al cielo.»

Hombre que tratándose de pan (material ó espiritual) obra con pasmosa lentitud, el P. López, en la «*mesa* y en la *misa* es *posma* que *pasma*».

Siendo corista, asistía al P. Morales, que colgó del techo un cantarillo de miel, para que el muchacho no se regalase con el sabroso néctar. Pero López, travieso y goloso como niño, se encaramó en una silla y se dió trazas para abrir en el cántaro un agujero, por donde chupó la miel hasta apurarla del todo. Pero el atracón le dió sed tan rabiosa, que tuvo que beberse encima una cántara de agua, poniéndose el muchacho, con tanto líquido, «más largo que tomiza de llueca».

El P. M. Morales, en castigo de su travesura, le dedicó estas seguidillas:

«Si el cántaro lo chupas  
por mala parte,  
chupa más, que ya pagas  
el *quid peccasti*.  
Si el alma le sacastes  
por el asiento,  
puede ser te suceda  
á ti lo mesmo.»

## V

Al P. López sigue D. José Camporredondo, hombre de pocas narices y mucho estómago.

«...Aqueste don José, cuya carilla  
con su nariz chatilla  
parece gazconcillo, que *há portadu*  
*el totili mundi aquí abreviadu*:

li Catalinillu  
 con su zarandillu,  
 lu Rey di Polonia,  
 tutti li Franconia,  
 il pierrri rabiosi,  
 cusi lindi, cusi galani, cusi curiosi...»

¡Qué grado más desgraciado! (exclama el autor del *Vejamen*). «¡Dos bizcos, dos frailes y un chato! ¡Y á esto me convida V. S., donde no sabe si saldré con vida! Porque si por mi santiguada he podido salir de dos frailes y de dos bizcos, ha sido milagro y no es fácil tener el milagro *asido*; con que si en el *darro* sucio de las narices del Sr. Camporredondo ahora *me meto, me mato* de seguro...»

Las cañerías de agua del Darro ó del Genil reciben, en Granada, el nombre de *darros* ó *darrillos*, y por eso las narices chatas y mal olientes de Camporredondo merecen el nombre de *darros*.

«Érase un hombre mal desnarigado,  
 érase una nariz que no se era,  
 érase una nariz tan extranjera  
 que en Roma ni en Guinea se ha encontrado.

Érase una nariz que aún no ha soñado  
 amagar de nariz, nariz tan fiera  
 que en la cara de *Gestas gesto* fuera,  
 aunque *Gestas* no fuera condenado.

Érase una nariz tan nunca usada  
 que el mal francés hacerla no ha podido;  
 peor que carcomida, que achatada,  
 peor que de difunto ya podrido;  
 érase, en fin, nariz tan condenada  
 que le fuera mejor no haber nacido.»

El chato del soneto (imitación de Quevedo) tenía una cosa grande y larga: la cavidad estomacal, difícil de llenarse.

Fué un día Camporredondo, con unos *concolegas* á unas viñas á comer uvas, y fué tanto lo que tragó nuestro graduando que «él sólo vendimió dos marjales, convirtiendo en lagar su estómago».

«Cuando le llamo lagar  
 bien su estómago dibujo,

pues veo en él vendimiar;  
mas la tuerca has de apretar,  
porque se sale el orujo.»

## VI

«D. Pepito de Torres» es otro de los vejados.  
El diminutivo corresponde á lo pequeño de su figura.

«Pizca de colegial, ¿quién te ha traído  
donde tú no eres visto ni aun oído?  
¡Miren qué cucaracha!  
Ni aun cuerpo tiene donde tenga tacha.»

El *Vejamen* se burla de la *borla* del doctorcillo.

»Virla... El grado de doctor que fué  
Borla... De insignes cabezas, hoy está  
Burla... En esta cabecita, que será  
Verla... Una nada que es lo que se ve.»

Si tan chico es el doctor D. Pepito, también es valiente y  
«asentado, y dice que cuando sale de noche, nunca va solo,  
porque su capa, su espada y él son *tres*; y él es un *tris*, y él  
es un *tras* con todos sus *tras-tes*».

Es igualmente conceptuoso, ó sea el «seneguista de su  
casa, porque todo cuanto dice es con un concepto y el es-  
parto».

Pidió el menudo y sentencioso graduando á su doctor en  
medicina que le permitiera tomar baños; pero el doctor no le  
dió licencia para zambullirse en mar ó río, temiendo se di-  
solviere ó naufragase.

—¿Quiere usted, doctor, que me bañe en una garapiñera,  
ya que en otra parte no lo cree prudente?

Y el médico le contestó:

«En la garapiñera,  
niño, no entres,  
que aunque se cuaje el baño  
ahogarte puedes.»

También el extracto del doctor era enamorado; pero su figura raquítica se oponía al éxito de sus pretensiones amorosas.

D. Pepito galanteaba á una señora que, enfadada con los requiebros y baboserías del jovenzuelo, le dijo una vez:

—¿Piensas, niño, que yo soy ama de leche?  
¡Pobre doctorcillo!

«Siendo niño de leche,  
cualquiera juzga  
cuanto más tú te arriscas  
que pides chupa.  
Al mirarte tan verde  
y chiquitillo,  
qué mucho que te digan  
haz Pe-pe-pino?»

## VII

D. Gabriel de Bustamante era lo contrario de D. Pepito.

«Porque él alcanza en todas ocasiones  
con sus manazas los nidos de aviones.»

Cuando fué colegial le decían:

«Una pieza de paño y otro tanto  
le ha entrado en ese manto.»

D. Gabriel es, mal comparado, «un bravo *peje*», y D. Pepito «su *paje*».

Escritor incansable, trabaja con la pluma más que con la inteligencia. Cuentan que está «escribiendo un tomo que intitula *La mescolanza*, y en él se dice que trata de todas las cosas y de otras muchas más, y sobre este asunto está siempre pensando, y si se *ceba-da* en lo que piensa; y yo le pienso cargar en estas seguidillas:

«Los oscuros conceptos  
de tus escritos  
vienen con la materia  
como nacidos.

Y en lo largo y tendido  
de tu parlata,  
bien se ve los consultas  
con la almohada.»

El *enciclopédico* escritor *de omni re et quibusdam aliis* tenía por gala y adorno predilecto una «corbata con encajes de ojo de perdiz», y un día, haciendo un esfuerzo violento, rompió su prenda amada, y lloró tanto su desgracia que la sintió «más que el año pasado la pérdida de Rota». Vino entonces á Granada un napolitano vendedor de encajes, y en busca de éstos se dirigió Bustamante á la tienda; pero encontrando en el camino á un amigo suyo, tan bromista como conocedor de la lengua italiana, le preguntó cómo había de pedir los encajes de ojo de perdiz. El chusco le dijo con toda seriedad:

—Pide al napolitano encaje *di occhio di perdulche* (que significa, según el *Vejamen*, un orificio secretorio colocado en las posaderas).

El doctor Bustamante, echándola de lingüista, llegó á la tienda del encajero, que encontró con una dama (esposa del mercader), y con la mayor finura y gracia posible le dijo á la señora:

—*Damicella, una terchia di encaches di occhio di perdulche.*

Y el italiano, muy irritado con aquella desvergüenza, le preguntó:

—¿Che parla espagnole marrano?

Repitió D. Gabriel su frase, y el encajero, empuñando la vara de medir, quiso medir el *perdulche* y alrededores á nuestro graduando; pero no pudo hacerlo gracias á la agilidad de piernas del chasqueado.

«¿Siendo español jinete,  
fuiste tan lerdo  
que al pedir el encaje  
truecas los frenos?  
*Occhio perdulche* pides  
á la italiana?

.....  
.....

## VIII

El *Vejamen* la toma ahora con D. Tomás Harana, joven malagueño, muy delicado de facciones y muy delicado de nervios.

El satírico coplero ensalza, burlescamente, la belleza femenina del muchacho.

«Con su bonito rostro me turbara  
si fuera en hembra tan bonita cara.»  
«... No hay para don Tomás mayor quebranto  
que andar sin aquel manto,  
pues tomara el haberse vuelto niña  
por andar con el manto y la basquiña.»

De las riberas del Guadalmina vino á las del Genil este «vano y bonito D. Tomás», que suele pelarse las barbas por andar con una *es-cara-pela*.

En el colegio recordaba el tipo del «Licenciado Vidriera». Su exquisita sensibilidad padecía con el ruido más leve. No quería que tocasen la campana porque le lastimaba los oídos. Tenía en su habitación un llamador forrado de paño. ¡Y aún se crispaban sus nervios!

«Aunque es tu cara bonita,  
en ella, Harana, he hallado  
que á hombre y á mujer imita;  
porque no estando rapado,  
es su cara hermafrodita.»

## IX

Entra en danza el Sr. D. Alonso Urrea Jiménez y Canal, muy largo de apellido, pero no de saberes y talentos.

«Anduvo con manquera  
desde que fué cerrado de mollera...  
... según los años que mi musa enhila,  
*treinta* ha que lo llevaban á la pila;

mas es sujeto de feliz memoria,  
y muy versado en una y otra historia.»

Para este doctor en historias viejas y en báquicas expansiones, «el mejor *lugar* es el *lagar*, y en viendo *pisar* se le quita todo *pesar*».

Además goza de un temperamento suave y manso, que no se altera jamás, aunque le disparen todos los cañonazos del más rudo de los vejámenes.

«Aunque se oiga vejar,  
y aunque le dé con ortigas,  
su paciencia es singular;  
bien sé no se ha de alterar  
ni *conmigo*, ni con *migas*.»

¡Cuánto, dicho sea entre paréntesis, gozaría el concurso académico oyendo los pueriles equívocos y paranomasias «conmigo y con migas, pela las barbas y es-cara-pela, cebada, peje y paje, es-parto, borla y burla, mesa y misa, pasma y posma», y otras figuras por el estilo!

El Sr. D. Alonso Urrea, demostrando que era «cerrado de mollera», enderezó á un pariente suyo una carta con este sobrescrito: «Á D. Juan de Urrea, tío mío, clérigo de missa, que vive en la calle de Lucena, en su casa». Y añadió esta nota en el sobre: «Es del Sr. D. Alonso de Urrea Ximénez y Canal, su sobrino, Colegial Real.»

Un día (prosigue el autor del *Vejamen*) «le ordené á don Alonso, que estaba enfermo, unas ventosas por detrás de cintura abajo, y me dijo: Mande usted que me ventoseen por delante, que por detrás yo me sé ventosear».

«Si en Salamanca son toros  
los que corren por los grados,  
estamos acá en costumbre  
de que se corran los gansos.»

## X

El P. Muessas viene detrás de D. Alonso Urrea Jiménez y Canal.

Padre Prepósito de los clérigos menores, de carácter tímido y cobarde.

«Cuando va caminando,  
aunque sea en estío, va temblando.»

Cualquier sombra le pone los pelos de punta. Le horroriza la oscuridad, aunque debería estar familiarizado con ella, porque suele pasar la noche estudiando, para quedarse á oscuras, como antes de revolver los libros.

Su retrato es éste:

«Cara cuadrada, con poblado pelo,  
amigo de cocina y refectorio,  
redondos ojos, corto de tozuelo,  
que á oscuras anda á gatas, es notorio;  
que es algo marrullero, lo recelo;  
y así, para dar gusto al auditorio,  
Camporredondo, déle usted lo chato,  
y al punto diré á Muessas: ¡Ese es gato!»

## XI

Y llega el décimo y último graduando.

Tal es el P. Flórez.

Su semblanza está sin duda en las hojas primeras del *Vejamen*; pero como faltan en el ejemplar de nuestro uso particular, fuerza es sacar de alusiones, comparaciones y referencias, los rasgos característicos de este doctor.

Se lee en el *Vejamen* que de esta *ensalada* de doctores granadinos se quejan las niñas

«pues de ella ha resultado  
el que Piñar con Flórez las ha *aojado*...»

Para curarlas del mal de ojo, á guisa de albéitar ó médico, es muy útil la receta siguiente:

De la gran bestia del Sr. Bustamante.....	2 libras.
De los cascos del P. M. López.....	1 onza.
De los ojos de cangrejo de Piñar.....	2 escrúpulos.
De la raíz y flor de <i>peonia</i> , que es la flor del P. FLÓREZ.....	2 puñados.

De esto, destilado por el baño de María (ó de Marica) del Sr. Harana... sale un licor excelente contra el mal de ojo.

Escribe Senerto que contra esa pícara enfermedad es útil atar á la frente del *aojado* una tira ó pellejo de burro, y «para eso ahí está el pollino de Urrea». (Sic.)

«Y si más quisieren remedios de viejas, porque en las viejas hallen su remedio, una higa de azabache es remedio de vieja, y aquí la tenemos en el P. Torres, que todo él es una higa, aunque no vale un higo.»

Y si todavía no fuere bastante eficaz el medicamento, pueden «cortar las hilachas» al P. Torres y á D. Carlos Piñar, que han hecho mal de ojo á las muchachas. Las hilachas sobre ascuas producen un sahumero que cura ese mal á los enfermos más rebeldes á las higas de azabache y al pellejo de burro.

Flórez debía ser *bisco* (¡qué ojos para *aojar!*), pues el *Vejamen* lo compara con Piñar. Por eso dice al principio:

«Ya que á *un bisco* he vejado,  
con otro encuentro...»

El primero, Flórez (cuya semblanza falta en mi ejemplar), y el segundo (primero de nuestra serie), D. Carlos Piñar.

Flórez se parecía á D. José Camporredondo en lo *chato*.

«Don Josef mío, no te escandalices  
porque te demos humos de narices,  
que ahí los tendrás peores  
con ese padre Flores,  
que, pues está con humos de maestro,  
sahumará á diestro y á siniestro.»

Con este doctor termina la serie de los graduandos satirizados en este *Vejamen* universitario. ¡Diez sacristanes ó doctores en ciencias eclesiásticas!

«¡Diez sacristanes juntos! ¡Yo me aterro!  
¿Quién no dirá que aquesto es un entierro?»

Sobre los diez teólogos lanza esta pulla final:

«Crean, señores, que estoy en este grado  
con notable cuidado  
con diez *tolongos* (*teólogos* dijera  
si la conciencia no me remordiera...)

El *Vejamen* empieza y acaba con el P. Flórez, el *aojadór* ó hechizador de las niñas. Pero la endeble musa del anónimo coplero se debía sentir magnetizada también por los ojos de fuego de los doctores maltratados, pues así lo indica en pedrestres seguidillas:

«También del mal de ojo  
 juzgo á mi musa  
 por eficaz remedio,  
 pues es tan ruda.  
 Tomen de estos remedios,  
 y no se dejen  
 que con el mal de ojo  
 las halle el viernes.  
 Porque si comen truchas  
 ú de pescada,  
 quedarán sin remedio,  
 y aun de la agalla.  
 Y si empecé el *Vejamen*  
 con Flórez, salga  
 también con él, diciendo:  
 Salud y gracia.»

Si es medicamento seguro del mal de ojo la *ruda*, ruda es, y mucho, la sátira del escritor que en la Universidad granadina lanzaba este *Vejamen* á la faz de diez doctores en sagrada teología.

*¡Quantum mutatus...!*

M. GUTIÉRREZ.

# MIGUEL ANGEL BUONARROTI

---

Causa asombro y hasta parece á veces imposible que la inteligencia humana alcance tan portentoso grado de desarrollo y perfección en algunos individuos, que en ellos se encuentren concentradas aptitudes para toda clase de investigaciones, siéndoles dado resolver cuantos problemas se les someten, aunque éstos entrañen la mayor suma de dificultades. Es fenómeno que se repite con rara frecuencia, pero cuando aparece suele estar en razón directa con las grandes crisis de la vida de los pueblos. Diríase que la naturaleza quiere contribuir á las evoluciones sociales, y de modo claro y ostensible, haciendo gala de su omnímodo é incontrastable poder, iluminar con los destellos de aquellas privilegiadas inteligencias el sendero de la civilización y del progreso.

Por esta causa, cuando la Europa de los siglos XIV, XV y XVI, rotos ya los toscos y á la par mezquinos moldes en que hasta entonces viviera aprisionado el sentimiento estético, al volver la vista atrás, al desterrar la rigidez hierática del bizantinismo y austeridad simbólica del arte gótico y arrojar se con indecible júbilo en brazos del sensual clasicismo greco-romano como símbolo el más adecuado á la expresión de lo artístico y lo bello, vió desfilar ante sus ojos aquella numerosa pléyade de atletas, ya que no gigantes del arte, que con los nombres de Dante, Nicolo Pissano, Petrarca, Cola de Rienzi, Boccacio, Giotto, Brunileschi, Donatello, Ghiberti, Fra Angélico, Orcagna, Peruggino, Vinci, Rafael y otros cien, llenaron de asombro, no sólo á las generaciones de su tiempo, sino que inmortalizaron con sus figuras los anales de la histo-

ria de sus días. Formando parte de ese núcleo de artistas que, nacidos al calor del Renacimiento, contribuyeron á la evolución trasformativa de la Europa de aquellos siglos, entre esas asombrosas figuras que inscribieron su nombre en el dorado libro de la fama destácase entre todas, majestuosa, la de Miguel Ángel Buonarroti, á quien sin vacilación alguna y duda de ningún género podemos aclamar como *coloso del arte*. Privilegiado talento, genio excepcional, encarnación viva de las tendencias neoclásicas, asombro de propios y extraños con su triple carácter de pintor, escultor y arquitecto, ha legado á la posteridad un nombre imperecedero, al que siempre irán unidas las ideas de fuerza, grandiosidad y belleza.

Nacido en Capresse, territorio de Arezzo (Toscana), en 6 de Marzo del año 1475, de familia de escasa fortuna, si bien de noble é ilustre abolengo, entre cuyos ascendientes, según asegura Condivi, contábanse los Condes de Canosa, fué dado á criar á una mujer de Settigdano, pueblecillo compuesto en su mayor parte de tallistas de piedra y de canteros, dando lugar esta casual circunstancia á que Miguel Ángel repitiera en muchas ocasiones que *con la leche de su nodriza había mamado el arte de la escultura*.

Escaso es el número de artistas que al llegar á esa edad en que se manifiestan las inclinaciones, no hayan encontrado ruda y tenaz oposición, por parte de sus progenitores, al desarrollo del ideal que su mente les sugiriera, y bien sea porque las necesidades de la vida á ello les obligara, bien porque, desdeñando como oficios mecánicos el arte de la pintura ó la escultura, en vez de coadyuvar al desenvolvimiento de los sentimientos estéticos que en el alma de sus hijos germinaran, prefirieron para ellos, en la mayoría de los casos, ya la carrera de las armas, ó bien la carrera de las letras, viéndose en muchas ocasiones militar en las filas de este ó aquel caudillo y pelear como denodados adalides, ó enviados á los centros docentes de su época, á engolfarse en disquisiciones teológicas ó en el estudio de las humanidades, á quienes no habían de tardar mucho en trocar los libros ó la espada, por el pincel y los colores, el martillo y los cinceles. Y esto, que casi podemos sentar como tesis general, sucedió con el último de los

hijos del antiguo Podestá de Chiusi y de Capresse, Ludovico Buonarroti, quien, desatendiendo las inclinaciones del inmortal autor de las Sibilas y Profetas, que pregonan su fama desde los lunetos de la Sixtina, decidió enviarle á Florencia y dedicarlo al estudio de la gramática bajo la dirección de un tal Francesco da Urbino.

Que debieron ser muchos y rápidos los progresos del alumno, en la única escuela que en su vida pisara, nadie se atreverá á ponerlo en tela de juicio, tratándose de un ser privilegiado, el cual, á las dotes que como pintor, escultor y arquitecto le adornaron, había de unir las de consumado músico y excelente poeta. Pero si pudieron arraigar en él los principios inculcados por Urbino, debieron hacerlo con bien escasa fuerza, sintiéndose siempre arrastrado por su pasión á las artes del diseño, de las que había dado no escaso número de muestras. Comprendió, por fin, su error el antiguo Podestá, y aun no muy de su grado, consintió en que su hijo abandonara los estudios y entrara como aprendiz en el taller de los pintores á la sazón más en boga, los hermanos David y Domenico Ghirlandajo. Sucedió esto en 1488, es decir, cuando el novel artista contaba escasos catorce años de edad.

Mostróse desde los comienzos el genio de Miguel Ángel, y tales y tan rápidos fueron los progresos en el arte de Apeles del joven alumno, que poco tardó en hacerse superior á sus compañeros y aun á su propio maestro, en quien, si la admiración crecía hasta el punto de repetir que sabía menos que el discípulo, y que, según frase de César Cantú, *Ghirlandajo perdonara las correcciones que al retocar los contornos de sus dibujos hacía Buonarroti*, no todos los condiscípulos vieron con igual agrado la supremacía del recién llegado, y en especial uno de ellos, llamado Torriggiano, quien, so pretexto de chanzonetas y burlas contra él dirigidas, dió tan fuerte golpe en el rostro á Miguel Ángel, imprimiendo huella tal en él, que con aquella marca bajó al sepulcro el inmortal autor de los frescos de la Sixtina, quien, lejos de guardar encono á su agresor, á pesar de sus juveniles años, perdonó generosamente la ofensa recibida, y del mismo modo que supo usar de magnanimidad en semejante caso, formóse el propósito de vencer

en adelante á sus émulos tan sólo á fuerza de constancia, laboriosidad y aplicación. Propósito laudable y digno de los elevados sentimientos que su alma atesorara.

\*  
\* \*

En las distintas fases de la vida artística de Miguel Ángel hay transiciones que no pueden explicarse con facilidad. Abandonados los estudios á que desde temprana edad le dedicaran, vémosle llegar henchida la mente de bellas ilusiones al taller de Ghirlandajo, aprender su arte predilecto, entregarse á él con entusiasmo, ayudar á su maestro en los frescos de Santa María Novella, dejando en ellos bien marcadas huellas de su genio, y al cabo de dos años de asidua labor, sin causa alguna ni motivo que lo justifique, trocar los pinceles por el cincel, y abandonando por completo la pintura, entrar de lleno en la escultura, frondosa rama del arte que tantos triunfos le tenía preparados y en la que tanto debía descollar. Qué causas pudieron influir en este cambio es lo que no sabemos ni nos ha sido dado averiguar.

Huérfano el arte escultórico florentino de los irremplazables maestros Ghiberti y Donatello, corría sin duda alguna á su decaimiento y postración, si vigorosa mano no impedía tan inminente riesgo, y comprendiéndolo así, un hombre, al que la posteridad ha sabido rendir debido homenaje de gratitud y rodear su nombre de reverente aureola, fué quien tomó á su cargo la realización de tan ardua empresa. Lorenzo de Médicis, apellidado *El Magnífico*, ansioso de que tan importante rama del arte se sostuviera al nivel á que aquellos genios la habían elevado, imaginó como remedio para contrarrestar aquel mal, la creación y sostenimiento de una escuela donde pudiera fomentarse y desarrollar la afición y el estudio de la escultura.

Á esta escuela, sin saber por qué, si bien opinamos que guiado por secreto instinto, acudió Miguel Ángel Buonarroti, y apenas dados en ella los primeros pasos, revelóse, cual sucedió en el taller de Ghirlandajo, el genio creador del inmortal artista. Ocupado como principiante en restauraciones de

escasa importancia, pudo, en cierta ocasión, proporcionarse un trozo de mármol, que trocado tras breve espacio de tiempo, en satírica mascarilla de fauno, y presentada al de Médicis, plúgole tanto, que bien pudiéramos decir fué dorada llave que al artista, de no cumplidos diez y seis años, le abrió las puertas del palacio y granjeóle la intimidad del opulento magnate florentino, quien, presintiendo con sagaz instinto el genio del hijo de Capresse, quiso retenerle á su lado, brindándole su protección y valimiento.

Si es cierto que el genio se abre paso doquiera que se encuentra, y no es menos cierto que ayudado por generosa mano adquiere grandes vuelos y recorre triunfante el derrotero que el destino le tiene señalado, imagínese cuál no sería el desarrollo y marcha del de Miguel Ángel durante los tres años que permaneció al lado de Lorenzo de Médicis, ayudado por su poderosa influencia en la corte florentina, emporio á la sazón de las letras y las artes, y en no interrumpido contacto con los hombres más conspicuos de su tiempo. Aquel espíritu que, como más adelante tendremos ocasión de apreciar, había de verse tan combatido y contrariado, encontrando el camino de su gloria sembrado de multitud de abrojos y punzantes espinas, pudo nutrirse y robustecerse durante los tres años referidos, dedicándose al constante estudio del arte clásico, á la contemplación y copia de los frescos que Masaccio dejara de su mano en la iglesia del Carmine y al análisis de la estructura muscular del cuerpo humano, la ciencia anatómica, hasta entonces casi desconocida, estudio para el cual prestóle lugar el hospital de Sancti-Spiritu, cuyo prior facilitó constantemente la entrada en él á Buonarroti.

Más ¡ay! tan bonancible tiempo había de pasar veloz, apareciendo en el horizonte densas nubes precursoras de horribles tempestades desde 1492, en que para siempre dejó la tierra el hijo de Pedro de Médicis y de Lucrecia Tornabuoni. La muerte de Lorenzo el Magnífico fué el primer abrojo en que al comenzar su gloriosa carrera posó la planta el artista florentino, cuya dolorida alma lloró la pérdida del magnate, no sólo con el llanto que acompaña á la fosa el cadáver de entusiasta protector, sino con el sentimiento con que se vier-

ten lágrimas sobre la tumba de un ser querido. Avecindábanse grandes y graves acontecimientos: el sucesor de Lorenzo *El Magnífico*, su hijo Pedro de Médicis, desde su advenimiento al poder, puede decirse que le tenía ya minado, contribuyendo á su inevitable caída, por un lado la contraposición de carácter con el de su padre, por otro la preponderancia con que, merced á sus desaciertos y ruines pasiones, había contribuído al desarrollo de las ideas democráticas y entronización del partido popular, y por fin, las exageradas predicaciones del exaltado dominico Fray Jerónimo Savonarola, cuyos ilusos adeptos hicieron, sin darse cuenta, la causa del ambicioso Carlos VIII de Francia.

Miguel Ángel, cuyo amor y respeto al nombre de Médicis fué culto no interrumpido durante su larga vida, dió en semejantes circunstancias patente prueba de esa misma estima, y acallando sus ideas, sus tendencias y propias convicciones, eludió alzarse contra el hijo de su Mecenas, y para no aparecer sospechoso á los suyos, ni mostrarse ingrato con quien tantas veces estrechara su mano como amigo, decidió abandonar á Florencia, pasando á Venecia y más tarde á Pádua, donde halló benévola acogida, distinguiéndole en sumo grado, Aldovrandi, uno de los miembros del Consejo de los diez y seis.

Calmada la escisión, tornó Buonarroti á Florencia en 1495, y por esta época se cuenta que, habiendo esculpido una estatua de Cupido entregado al sueño, pareció tan hermosa á cuantos la admiraron, que no faltó quien aconsejase al artista que la transportara á las cercanías de Roma y la enterrase en una viña en la cual se sabía que no tardarían mucho en hacer algunas excavaciones en busca de objetos antiguos. Llevó á efecto Miguel Ángel este plan, pero no sin romper antes y guardar en su poder uno de los brazos de la estatua. No se hizo esperar mucho el comienzo de las excavaciones proyectadas, y en ellas se encontró la obra de nuestro artista, que, presentada á conocedores, aficionados y peritos, no titubearon en atribuirle remoto origen y como tal fué vendida por 200 escudos romanos al Cardenal de San Jorge, Raffaello Riario, si bien Miguel Ángel, amante de la verdad y

opuesto á toda superchería, aunque otra cosa supone Vasari en este asunto, no tardó en sacar de su error al príncipe de la Iglesia, mostrándole el brazo de la estatua que había guardado en su poder y que se adaptaba perfectamente á aquel dios del amor, que se tenía por obra de antiguos días.

Este episodio contribuyó en gran manera á aumentar la naciente reputación del artista florentino, la cual fué adquiriendo mayores vuelos á medida que llevaba á cabo nuevas obras escultóricas. Estando en Roma, de 1496 á 1501, su cincel dió vida á la hermosa figura de *Bacco ebrio coronado de pámpanos con una copa en la mano y un sátiro á sus pies*, llevando también á feliz término el incomparable grupo *La Pietá*, encargo hecho por el Cardenal de San Damián Juan de la Grolaye de Villiers, cuando Buonarroti apenas había llegado á los veinticinco años de edad, cuya obra puede contarse como la más expresiva y sentimental salida de sus manos (1). Acostumbrados al predominio de la grandiosidad y lo extraordinario en la mayor parte de las concepciones del artista objeto de estas líneas, cuando nos es dado contemplar y fijar la atención en el patético grupo formado por la dolorida Madre sosteniendo en su regazo el inánime cuerpo del Hijo idolatrado, comprendemos más y más el valor que atesora el genio inmortal del escultor florentino, que del mismo modo esculpe con su cincel lo real y tangible de la vida, que interpreta los delicados sentimientos de amor y de ternura que encierra el corazón amante de una madre. ¡Qué expresión la de María! ¡Qué claramente se traducen los punzantes dolores de su alma!...

Nunca ocioso, durante su permanencia en Roma, á más de los citados trabajos, dió cuerpo á otros, entre los cuales se cuenta el Adonis que hoy guarda religiosamente el Museo degli Uffizzi, y quince estatuas, encargo del Cardenal Picolo-

---

(1) Ésta es, al parecer, la única obra del artista florentino que lleva su firma. Repítase la anécdota de que, estando unos milaneses contemplándola, hubo de preguntar uno de ellos quién era el autor de aquel portento, á lo que le contestaron delante de Miguel Angel, para ellos desconocido, que la había cincelado el milanés Gobbo. Picado el amor propio de Buonarroti, y para que en lo sucesivo no cupiese error en quien su trabajo contemplara, cuando llegó la noche, en el silencio de ella, á la tenue luz de una linterna y provisto de los enseres de su arte, grabó al pie del grupo magistral estas palabras: *Michael Angelus Buonaratus Floren.*

mini para la Biblioteca del Duomo de Siena, cuyo paradero nos es hoy del todo desconocido. Deseoso de volver á su patria, en 1501, cuando la expulsión de los Médicis era un hecho y la muerte del impetuoso Savonarola había dado tregua á la persecución de las suntuosas artes del Renacimiento, volviendo Florencia á los días de su pasado esplendor, regresó á ella Miguel Ángel, y con febril actividad esculpió en solos diez y ocho meses la estatua de David, que hoy puede contemplarse á la puerta del Palacio Viejo de la ciudad del Arno.

Decidido por el Consejo de magistrados de la misma en 1503 la decoración de la sala donde celebraban sus reuniones y encomendada la obra á Leonardo de Vinci, en la plenitud entonces de todas sus eminentes facultades, ocurrióseles la idea, cuando ya tenía bastante avanzado su trabajo el inspirado autor de *La Virgen de las Rocas*, que uno de los muros corriera á cargo de este artista, debiendo encargarse de la pintura del otro, el antiguo discípulo de David y Domenico Ghirlandajo. No llevó éste á término su obra (1), pero los cartones preparados para ella, que desaparecieron hechos trizas en los días aciagos por que pasó Florencia en 1512, y á decir de Vasari, á manos del envidioso Baldinelli, le valieron, según asegura conocido historiador (2), la reputación de dibujante de primer orden, siendo objeto de estudio para todos los artistas contemporáneos.

La estatua de Cupido entregado al sueño, la de Baco, el grupo La Pietá, el David del Palacio Viejo de Florencia, otro David fundido en bronce, destinado por la Señoría al Mariscal de Gie; la comenzada estatua de San Mateo, única de las doce que por acta de 25 de Abril de 1503 se había comprometido á tallar para la iglesia de Santa María delle Fiore, y los bajos relieves de la Madona y el Niño Jesús, obras todas

---

(1) Eligió como asunto un episodio de la guerra de Pisa: el momento que los soldados florentinos, estando bañándose en el Arno, son sorprendidos por la caballería francesa. De los fragmentos del cartón que había de servir para la pintura de este asunto ha llegado por ventura hasta nuestros días el grupo principal que, copiado por Rafael Sanzio y reproducido por el buril de Marco Antonio y Agostino Veneziano, es conocido con el nombre de *Gli arrampatori*.

(2) César Cantú.

de inestimable mérito, fueron causa de que de Buonarroti se dijera que sobrepujaba á los modernos y parecía igualarse á los escultores de la antigüedad. Comprendiéndolo así el impetuoso Julio de la Rovere, que por entonces regía la Iglesia con el nombre de Julio II, encargóle la construcción de un mausoleo en el cual reposaran sus restos mortales, que eclipsara por su grandiosidad y magnificencia á cuantos monumentos hasta entonces se hubiesen construído y *que estuviera en relación con el genio del Pontífice y del artista* (1), debiendo verse de todas partes, de arquitectura colosal y acompañado de cuarenta estatuas. Miguel Ángel, apenas llegado á los seis lustros, comprendiendo la idea del Pontífice, dióle forma, presentando al Santo Padre el plano del más gigantesco panteón que el arte moderno haya podido concebir; pero vicisitudes aún desconocidas hicieron que tan grandioso monumento no llegara á su terminación, quedando reducido á las exiguas proporciones del que hoy aparece adosado á uno de los muros de la iglesia de San Pedro *ad vincula*. La prodigiosa estatua de Moisés que debía coronar el mausoleo, es por sí sola bastante para colocar á su autor á la cabeza de los escultores del mundo moderno. No cabe en ella más grandiosidad ni más sublime expresión, y aparte ciertos detalles, que la admiración que inspira la efigie del legislador del pueblo hebreo, no permite tener en cuenta, su imponente actitud, la severidad de su rostro, lo grave de su postura, lo penetrante de su mirada, la magistral manera como se encuentra armonizada la parte material del hombre con los sentimientos del intérprete de la voluntad divina, hácennos estremecer ante aquellas tablas de la ley que, con su actitud y con su gesto, el enemigo de los Faraones, nos invita á acatar como dictadas por el mismo Dios en la cumbre del Sinaí.

Las demostraciones de afecto del Pontífice, las frases laudatorias que al artista se prodigaban y el incesante aumento de su reputación crearon á Miguel Ángel no mermado número de envidiosos émulos, que no escasearon medios de poner obstáculos á su triunfante carrera, contribuyendo á sem-

---

(1) César Cantú.

brar el camino de su vida de aquellos abrojos y punzantes espinas á que en párrafo anterior hemos aludido, y que contribuyeron en mucho á que el carácter del artista, de suyo taciturno, se trocase de día en día en misantrópico y adusto. Contribuyó no poco á ello el indómito y altanero carácter del Papa Julio II, aguijoneado por la perfidia y mala fe de Bramante, y tantos y tales fueron los disgustos de Buonarroti, que se vió obligado á huir secretamente de la Ciudad Eterna, buscando seguro asilo, fuera de los dominios del turbulento Pontífice, en su ciudad natal. Pero Julio II, que no ignoraba la valía del fugitivo artista, envió distintos correos en su busca, hízola cuestión de Estado y dirigió *Breves* amenazadores á la Señora de Florencia para que obligase al artista á volver á Roma. Todo fué inútil; Miguel Ángel resistióse lo mismo á los halagos que á los anatemas, seducido por los ofrecimientos de Solimán *El Magnífico*, para marchar á sus Estados y construir un puente que pusiera en comunicación Constantinopla con el barrio de Pera; mas vencido al fin por las continuas solicitudes de diferentes personajes, consintió en volver al servicio del Papa, quien le recibió en Bolonia, recientemente reconquistada por las armas pontificias, colmándole de satisfacciones y beneficios (1).

No se contentó con esto tan sólo Julio II; pidió al artista que fundiera una estatua que le representara para colocarla antes de su marcha á Roma en una de las plazas de la ciudad que había vuelto á su dominio, y el fogoso artista en diez y seis meses modeló la efigie del guerrero Pontífice, dándole tal actitud que el de La Rovere, en tono chancero hubo de preguntarle: «¿Tu estatua da la bendición ó la maldición?...»

---

(1) Refiérese la anécdota, que al doblar Miguel Ángel su rodilla ante Julio II y decirle que había abandonado á Roma presa de la mayor indignación, como el Pontífice no respondiera, atrevióse á decir uno de los prelados que le acompañaban estas palabras: «Padre Santo, perdonadle; ha pecado por ignorancia; estos pintores todos son así...» Lo cual, apenas oído por el Papa, contestóle con indignación: «Si aquí hay algún ignorante, vos lo sois, sin duda alguna, no saliendo de vuestros labios más que tonterías, sandeces é insultos. Idos, idos enhoramala... Y se añade, aunque cuesta trabajo dar crédito á ello, que resistiendo el prelado la orden, tuvo Julio II que valerse de sus propias manos para hacerla cumplir.

«Amenaza á este pueblo para el caso que no sea prudente», aseguran que contestó Buonarroti.

Las distinciones y demostraciones de afecto de que fué objeto por entonces el artista que en estas líneas nos ocupa, dieron nuevo motivo á sus detractores para seguirle mortificando, y Bramante entre ellos, con perversa intención y aun con más bajos sentimientos, según aseguran unánimemente Vasari y Condivi, indujo al Pontífice á que obligase á Miguel Ángel á pintar al fresco la bóveda de la capilla Sixtina, con la esperanza de que allí acabara su reputación artística, ya que Buonarroti era más escultor que pintor y no había apenas vuelto á manejar los pinceles desde la salida del taller de Ghirlandajo. ¡Inútil empeño!... ¡Quimera vana!... El genio colosal del perseguido artista supo chasquear tan pérfidas intrigas, y lanzándose á tan atrevida empresa con la fe y entusiasmo que acompañaron á cuantas obras emprendiera, legó á la posteridad la más hermosa página del arte en los días de su renacimiento. Esta obra, única en su clase y llevada á cabo en dos épocas distintas, no, como suponen la mayor parte de los biógrafos que han copiado el error de Vasari, en veinte meses (1), representa nueve asuntos del Antiguo Testamento en la parte plana del techo y en las bovedillas y lunetos los Profetas y las Sibilas.

Después de la muerte de Julio II, su sucesor León X, queriendo dotar á Florencia de monumentos que patentizasen á venideras edades el lustre de la casa de Médicis, encargó á Miguel Ángel los planos de la Biblioteca Laurentina, en la cual debían conservarse los inestimables códices y preciosos manuscritos reunidos por Cosme de Médicis y Lorenzo *El Magnífico*, la decoración de la iglesia de San Lorenzo y la fábrica en ella de los mausoleos de su hermano Juliano y de su sobrino Lorenzo.

Puso el artista manos á la obra, pero no pudo llevarla á

---

(1) Basta para deshacer este error citar tres fechas. La pintura del techo de la Sixtina se comenzó en 10 de Mayo de 1508: la impaciencia de Julio II hizo que la capilla, aún sin terminar la pintura de su bóveda, se abriera al público en 1.º de Noviembre de 1509, celebrando el propio Pontífice el santo sacrificio de la misa, no terminándose la obra hasta el año 1512.

término por haberle sorprendido durante sus trabajos la muerte del Pontífice, ocurrida en 1521. Sucedióle Adriano VI, y durante este pontificado, dejando los trabajos que en su patria le retenían, pasó á Roma, en donde esculpió otra maravilla del arte escultórico, el hermoso simulacro del Hijo de Dios en la cruz, que hoy se conoce con el nombre de *El Cristo de la Minerva*, produciendo tal admiración esta obra dentro y fuera de Italia, que valió á su autor laudatoria carta del Rey Francisco I de Francia, firmada y fechada á 6 de Febrero de 1546 en Saint-Germain-en-Laye (1), pidiéndole permiso para que El Primaticio, sacara el vaciado de la figura del Crucificado y del sin igual grupo La Pietá.

Pasaron bonancibles para Miguel Ángel los años del reinado de Adriano VI; pero apenas su sucesor Clemente VII hubo subido al solio pontificio, como miembro de la familia Médicis, quiso que el artista cuya es la vida que en este estudio nos ocupa, volviera á Florencia y se encargara de nuevo de los interrumpidos trabajos de la Biblioteca Laurentina, ocupándose al propio tiempo de las estatuas que debían figurar en el mausoleo de su antecesor y agnado León X; mas los graves acontecimientos que por entonces tuvieron lugar en la ciudad vecina al Arno, obligáronle, muy á su pesar, á abandonar el cincel y ocuparse en trabajos bien ajenos al apacible cultivo del arte de la escultura.

SILVERIO MORENO.

(Continuará.)

---

(1) Conservada hoy en el Museo de Lille.

---

# EL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA VID

(PROVINCIA DE BURGOS)

HOY COLEGIO DE LOS RELIGIOSOS AGUSTINOS DE LA PROVINCIA  
DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS DE FILIPINAS.

---

## I

En la ribera izquierda del caudaloso Duero, en el estrecho valle descendiente del monte de la Vid, como á quince kilómetros del Oriente de la histórica Aranda y como á dos de la estación á que da su nombre en el ferrocarril de Ariza, yérguese, tal como en sus mejores días, la imponente y gallarda mole ascética del antiguo señorío abacial de *S. Marie de Vite* que, para monjes Premonstratenses, fundóse en tiempos de Alfonso VII.

El monasterio de *Santa María de la Vid*, merced á la diligente solicitud de los reverendos padres Agustinos Calzados, misioneros y conquistadores evangélicos (1) del tan hermoso como, hasta hace muy poco, mal apreciado y peor perdido imperio de las islas Filipinas, no yace en ruinas ni se han cebado en su monumental creación histórica y artística el abandono, la rapacidad desamortizadora ó la apática indiferencia aristocrática, bajo cuyas mansas devastaciones se han destruído tantos gloriosos recuerdos y consumado irreparables pérdidas con que el genio de nuestros mayores poblara la Nación de esos gigantes de granito que, produciendo su

---

(1) «... hizo que al archipiélago Filipino no se le concediese importancia alguna, tanto que, á no ser por las reiteradas instancias de las órdenes religiosas que allí evangelizaban, hubiera sido abandonado y se hallaría hoy respecto á cultura y civilización á igual altura que las tribus malayo-mahometanas que habitan las islas de Joló.»—Fernando Villamil, en su artículo «La Marina en Filipinas», publicado en *El Liberal*, de Madrid.

vista la mayor admiración, son para el filósofo causas de abundantes reflexiones; conventos en que, si bien se cobijaban las severas virtudes del asceta, eran asimismo como reparos ó defensas militares de un carácter legendario y misterioso, especialmente si las contemplamos sobre las fronteras del nascente estado de los reyes de Asturias y León, formando como una trocha en las márgenes del Duero y Pisuegra, para hacerlas infranqueables á las armas mahometanas, mediante construcciones ribereñas en diversos puntos estratégicos, entre los que tenían muy preferente lugar en la ingeniería de la guerra y uso utilísimo los monasterios, que siendo centros del saber y templos de la oración, eran á la vez murados alcázares y castillos fortísimos, desde dondealzada la Santa Cruz se rechazaban ó contenían las desoladas embestidas de las huestes de los sectarios del Alcorán, y bajo cuyos muros amparábanse grupos de todas suertes y clases sociales, que, dirigidos por los monjes (1), roturaban campos, construían calzadas y puentes y fundaban villas y escuelas, á la vez que vigilantes acudían á rechazar las algaradas del odioso enemigo de su Dios y de su patria, cuando no entraban por campo contrario, alongando el poderío de sus reyes para llegar á la reconquista suspirada.

La fuerza material de las armas era entonces la ley dominante de aquellas monarquías nascentes y nada podía oponerse á su impulso: de ahí que la guerra formase como la fase principal de su carácter genérico y de su estado material y psicológico, siendo preciso á los contendientes asegurarse sobre el teatro de los sucesos y crearse elementos de resistencia contra el enemigo. Tratábase de la existencia de una raza, del instinto de conservación y nacionalidad amenazada, del esfuerzo supremo de dos civilizaciones totalmente distintas, el imperio de la Cruz ó de la Media luna; de Jesús ó Mahoma, el evangelio ó el fatalismo, el Oriente invasor y contenido en los campos Cataláunicos y el Occidente regeneran-

---

(1) Puede, para convencerse de este espíritu de la época, verse, entre otros muchos, en la *Historia ó Compendio historial de la Rioja*, por D. Domingo Hidalgo de Torres de la Cerda, el cap. VI la vida de Santo Domingo de la Calzada.

do el mundo por la solidaridad humana que se revelaba hasta en el mismo feudo. Con elementos tales, en medio de luchas titánicas y en tan caótica sociedad, no es de extrañar, pues, que el monasterio se metamorfosease en fortaleza, y el monje, teniendo que intervenir en los consejos de guerra por su elevación sobre el nivel intelectual de las otras clases sociales, tomase alguna vez también parte muy decisiva y gloriosa en la no interrumpida fatiga militante.

Recuérdese el airado reproche que nuestro Romancero pone en labios de Ruy Díaz de Vivar, dirigido á D. Bermudo:

«¿Quién vos mete, dijo el Cid,  
en el consejo de guerra,  
fraile honrado, á vos agora,  
la vuesa cogulla puesta?»

Subid vos á la tribuna  
y rogad á Dios que venzan,  
que non venciera Josué  
si Moisés non lo ficiera.  
Llevad vos la capa al coro,  
yo el pendón á las fronteras...»

Á lo que el honrado fraile replica encolerizado:

«Home soy, dijo Bermudo,  
que antes que entrara en la regla,  
si non vencí reyes moros,  
engendré quien los venciera;  
y agora, en vez de cogulla,  
cuando la ocasión se ofrezca,  
me calaré la celada  
y porné al caballo espuelas...»

Y sin remontarnos á los días del trato de la toma de Cuenca, son buenos ejemplos, entre otros, el del franciscano Ximénez de Cisneros, que tan eminentes servicios prestó á su patria, no despojándose la pesada armadura de hierro con que cubrió el hábito tosco de los humildes hijos del poseído del frenesí del cielo, del autor de *Amor de caritate*, del divino San Francisco de Asís, hasta la rendición de Orán, ó del *humilde* presbítero D. Pedro de la Gasca, que no dejó de encima los arreos militares entre tanto y tan y mientras no sosegó

el Perú, ni el del Obispo de Zamora, Acuña, que no dió sosiego á su lanza y bridón hasta que, rotos los *comunes* en el trance de Villalar, dieron los *caballeros* con el patriota y batallador prelado en el castillo de Simancas.

De todo ello dedúcese lo que venimos apuntando y que exculpa al menos las antinomias rayanas en barbarie que observamos al estudiar aquellas épocas, y más por lo que en muy particular se refiere al monasterio de la Vid y sus monjes, á los que acudían frecuentemente los reyes, primates ó ricos hombres del reino en demanda de consejo, cuando no de ayuda, siguiendo la práctica y ejemplo de D. Alonso VII el Emperador, que tenía á los santos varones muy *recomendadas las cosas de la guerra* (1), sin dejar de visitarles antes de tomar empresa grave ó resolviera acometer aventura grande ó arriesgada hazaña, como hizo cuando intentó tomar á Coria (2), siendo indiscutible que hubo algún abad (3) que, sin perder su «olor de santidad», fué tan piadoso y honrado fraile como excelente y peritísimo guerrero, símbolo completo del patriotismo que así se identificaba en la fe y el valor, la religión y la milicia, dentro y fuera del monasterio, en el que en tan alto grado estaba impreso el carácter de aquel período histórico.

Desde entonces, sabido es de no pocos que por tan providencial ayuntamiento del espíritu religioso y el entrañable amor á la patria, data nuestra épica y gloriosa caballería, que, aspirando á resumir todo lo bello, honroso y digno de la humanidad semioeval, absorbe su dirección, y más especialmente cuando reuniendo los privilegios del clero y nobleza, surgen prepotentes y providenciales las órdenes de caballería y otros institutos similares, cual si al conjuntarse el astro del día con la luna, el instante de tan solemne como misteriosa unión cubriese nuestro bendito suelo de héroes para realizar

---

(1) Pergamino núm. 14 del Archivo rectoral del hoy Colegio.— *Chronica del Orden Fremonstrense*, sin portada.

(2) Este Rey concedió al monasterio el diezmo del botín de la toma de Coria en 1130.

(3) Fray Cipriano Infante, que se encontró y peleó en la batalla de las Navas de Tolosa.

el tipo acabado de generosidad y de aquel ideal que los elevó sobre el nivel de los demás, no ya solamente por el uso de las armas y brazos de gigantes, sino también en el orden moral; raza de denodados patricios henchidos de santo temor de Dios, principio de verdadera sabiduría, llenos de fortaleza y de templanza, fortificados en una fe inquebrantable, que proclamaban patronos tales como al pacífico pescador del lago de Genezaret, el apóstol Santiago, que, como hijo del trueno, ayuda y combate á la cabeza de las mesnadas y al lado de reyes y capitanes á quienes toma la delantera en las batallas, y sobre todo y ante todo insignes varones que, abrasados en ardiente caridad imprimieron los rasgos más salientes que aún hoy caracterizan á nuestro pueblo, rasgos que afortunadamente y de un modo maravilloso desarrollan en nuestras tristísimas contradicciones y amarguras del presente sus energías viriles, bien que repugne confesarlo al espíritu mercantil y profano que, cual Judas avariento, quiere destruir en la tierra todo lo poético y celeste. ¡Como si no fuera preciso, para llevar á cabo tareas colosales y cumplir deberes inmensos, hombres y pueblos entusiastas, piadosos é infinitamente creyentes al nivel de tal magnitud! Es imprescindible no olvidar que toda acción elevada, todo propósito honorífico y empresa noble provienen del cielo, y que los que á él vuelven la espalda no les será dado elevarse ó distinguirse notablemente, transmitiendo á los suyos un nombre respetable y esclarecido.

Si porque tal pensamos, y así firmemente creemos, se nos motejase de idealistas románticos y como huéspedes incómodos de ogaño por nuestro amor á lo bueno de antaño, sea en buen hora, pues ello no empece nuestra esperanza de que, gracias á *lo heredado* de nuestros ilustres ascendientes, especialmente su fe ardentísima, nuestra patria, que lo fué siempre de santos, sabios y héroes, será señalada en todas las evoluciones y contingencias futuras de los pueblos como NACIÓN PROVIDENCIAL, en cuyas energías inagotables debe esperanzarse la humanidad corroída por los calculistas de la riqueza, que no ofrecen más heroica leyenda que la explotación del trabajo, con la cábala y el tráfico, que si bien, nuevos Midas, podrán convertir

en oro cuanto toquen, no por eso, al despreciar el canto de Apolo y las bellezas del espíritu, dejarán de enseñar á la postre sus orejas de pollino.

## II

Siendo, en nuestro concepto, de inspiración divina algunas creaciones monumentales de la Edad Media, es necesario no sólo ver en sus comienzos la mano providente de Dios, si que también familiarizarnos con el milagro.

Los epígrafes ó inscripciones suelen, sin entrar en los detalles que el arqueológico reserva á las inscripciones en general, indicar el destino de un edificio, su futuro empleo y aun la razón de la fundación, no siendo extraño conocer por medio de estos cortos monumentos escritos en los hermosos templos, santos monasterios ó soberbios alcázares, la razón de su hermosura, santidad ó soberbias fábricas.

*Hic iacet Venerabilis**Genere regalis, virtute decorus religione.*

PERPICUUS. QUI OB INSIGNEM SANC-  
TIMOMIAN STO. DOMINICO PATRIARCHÆ  
PRISI VIRTUTIS RUDIMENTA DEDIT. ¿QUID  
AMPLIUS? ETIAM HUIUS GRATIA AL-  
PHONSUS 7 ET ALPHONSUS 8 HISPANIÆ  
IMPERATORES MAGNIS HÆREDITATI BUS  
ET PREVILEGIIS HUNC DOMUM ÁVXERUNT.  
ET CUM 55 ANNIS PIE ABATIAN RE-  
XISSET, OBIIT IN DOMINO ANNO 1187.  
ÆTÁTIS SVÆ 90.

*D. Dominicus Fundator et Primus huius**Monasterii abbas*

Que quiere decir:

*Aquí yace el venerable**de stirpe real, de virtud acrisolada y de religión.*

AVENTAJADO. QUIEN POR SU INSIGNE SANTIDAD, MERECIÓ DIRIGIR LOS PRIMEROS PASOS EN LA VIRTUD AL PATRIARCA SANTO DOMINGO. ¿QUÉ MÁS? TAMBIÉN POR GRACIA SUYA ALFONSO VII Y ALFONSO VIII EMPERADORES DE ESPAÑA ENRIQUECIERON ESTA CASA CON GRANDES HEREDADES Y PRIVILEGIOS. RIGIÓ PIA-DOSA Y SANTAMENTE ESTA ABADÍA 55 AÑOS, MURIENDO EN EL SEÑOR EL AÑO DE 1187 CUANDO CONTABA 90 DE EDAD.

*D. Domingo, Fundador y Primer Abad**de este Convento*

Debajo, pues, de la losa de la cual tomamos la anterior inscripción (1) reposan los restos mortales del fundador, especie de *Gerens vixillum crucis*, que merecen reputarse como cimientos del convento, echados en la época de ocupar la silla de San Pedro el Papa Calixto II y reinando en León y Castilla Alfonso VII.

Á consecuencia de varias uniones matrimoniales entre las casas reales de España y Francia, y entronizarse en nuestra patria la casa de Borgoña, se fomentaron cordialísimas relaciones diplomáticas de nación á nación, dando lugar á que los primates españoles visitaran recientemente á París, siendo uno de ellos D. Pedro González de Campdespina, que, según no interrumpida tradición del monasterio, apoyada en su libro *Becerro*, era Infante de Castilla, por ser medio hermano de

(1) Parece ser que, según el cronicón del convento, el laude de la primitiva lapida, que debió ser sustituida posteriormente, decía:

«*Hic jace*» DOMINVS PRIMVS ABBAS HUIUS ECLESIAE QUI REXIT ABBATIAM QUINQUAGENI QUINQVE ANNOS. OBIJ MCXXV.

Que quiere decir: «*Aquí yace don Domingo, primer Abad de esta iglesia, que rigió la Abadía 55 años. — Murió en la era de 1125*».

D. Alfonso VII, y «no se extrañarán de esto, dice un cronicón del convento, los muchos que saben en lo que anduvo el Conde D. Gómez González de Campdespina (1), amante de D.<sup>a</sup> Urraca, con la cual tuvo hijos, que, por ser criados en secreto, se llamaron *furtados*, siendo uno de ellos este abad, D. Pedro», quien, encontrándose en Francia en ocasión en que San Norberto se hallaba en Reims, atraído por la fama de las virtudes de varón tan venerable, fué á visitarle, en cuya visita inspiróse en la celeste gracia, se desligó de todo vínculo humano, y arrepentido de sus costumbres relajadas, hizo profesión de fe ante el santo varón, tomando de sus venerables manos el vestido blanco, todo de lana y sin lienzo alguno, del orden premonstratense, confiándole, por los años de 1122 á 1123, la misión ó apostolado de introducir en España tan ilustre instituto (2).

¡Hé aquí cuán insondables son los santos designios de la Providencia! ¡Hé aquí ya manifiesta la inspiración divina que dejamos como revelada en otro lugar! ¡Cuán cierto es que Dios puede consentir alguna vez el escándalo para con sus consecuencias edificarnos y enseñarnos el camino del deber y la virtud!

El fruto de aquellos amores de D.<sup>a</sup> Urraca con D. Gómez Salvadores, Conde de Campdespina, que fueron causa de grandes disturbios y prevueltas en Aragón y Castilla, este hijo adulterino no es sólo, quizá, el más influyente de los preclaros varones del celebrado acuerdo de *Monsacro*, si que también el escogido *virtute decorus*, «RELIGIONE» PERSPICUUS, para con sus oraciones no interrumpidas, continuadas penitencias, austera vida, enseñarnos cómo se alcanza la inefable gracia de los perdones celestiales, arraigando á la vez las verdaderas grandezas humanas, que no son duraderas ni bienandantes sin la paz del alma. De regreso á Castilla Fray Domingo, entróse

---

(1) Conocido también por D. Gómez Salvadores, caballero de esclarecida nobleza y muy poderoso en aquella época en Castilla.

(2) Los Premonstratenses no se establecieron en nuestra patria hasta 1145, pues su primer monasterio fué *Retuerta ó Fuentes Claros*, asegurando que la donación de dicho sitio se les hizo en 1146. Sin embargo, las fechas de 1122 y 23 están tomadas del libro *Becerro de La Vid*.

río arriba en dirección á San Esteban de Gormaz, cuando precisamente se hacían con fortuna guerras cruelísimas á los moros, sitio adonde acudía con frecuencia su hermano uterino D. Alonso, del que obtuvo licencia para fundar y erigir un convento premonstratense, bajo la advocación de Nuestra Señora de *Monte Sacro*, levantándole en un sitio áspero, estrecho y solitario, en el año de 1124, diez antes de morir San Norberto, y casi dos del año en que la palabra y ejemplos del Santo inclinaron su ánimo al estado religioso.

Bien escogido el lugar, caía á la margen derecha del Duero y casi enfrente del en que ahora está el colegio (1), y no muy lejos del camino de Peñaranda, siendo el primero ó uno de los primeros monasterios premonstratenses de España (2).

Si bien las obras levantadas con ayudas del Rey, una iglesia pequeña y las oficinas necesarias para cobijar en *Monte Sacro* á los varones que acudían al llamamiento y ejemplo de Fray Domingo, constituido como abad por un D. Beltrán, Obispo de Osma, hubieron de ser suspendidas y abandonadas, por traslación del que bien pudiera llamarse eremitorio, á otro sitio escogido por la Providencia divina y señalado por uno de esos acontecimientos frecuentes en aquellos siglos.

Al año y medio de estos sucesos, estando D. Alfonso VII en la antes dicha villa de San Esteban de Gormaz, con el propósito de entablar paces con D. García, Rey de Navarra, y D. Ramón, Conde de Barcelona, y en ocasión de solazarse cazando en sus montes, vino á dar, siguiendo una pieza mayor, en un lugar áspero, montuoso y lleno de zarzales y breñas, entre cuya enmarañada maleza descubrió de un modo milagroso ó sobrenatural una imagen de Nuestra Señora la Virgen María, que por estar oculta entre una parra ó vid, desde entonces se la reverencia con el título de Nuestra Señora de la *Vida* ó de la Vid.

(1) Cerca del primitivo edificio tuvieron después los monjes una calera, y hoy hay una cruz de piedra que se llama *Cruz Sacra*. Quizá, el hijo de doña Urraca llamase *Monte Sacro* al primitivo convento por el recuerdo del alojamiento de *Monsacro*, que puso fin á las discordias que alteraron á Castilla en las últimas horas de su madre D.<sup>a</sup> Urraca.

(2) En el ruidoso litigio sostenido por este monasterio y el de Retuerta sobre su antigüedad, se resolvió ser este último el más antiguo y cabeza de todos los Premonstratenses de España.

Sería esta efigie una de las tantas como los cristianos ocultaron para librarlas de toda profanación cuando los árabes invadieron la Península; mas es lo cierto que desde que se apareció al hijo de D.<sup>a</sup> Urraca dan testimonio de su divina virtud y origen sobrenatural muchos milagros.

No queremos dejarnos arrastrar por la vorágine de la escueta negación; creyentes, aceptamos el hecho, dando la importancia merecida al hallazgo, del que, sobrenatural ó no, data la fundación del monasterio de la Vid, porque D. Alfonso VII, *dotador* (1) *muy grande suyo*, ordenó á su hermano trasladar su eremitorio cerca del sitio donde se le había aparecido la imagen (2), como así lo llevó á cabo, empezando las nuevas obras en los comienzos de su reinado, año de 1126, las que concluyeron en el de 1134, en que se hospedaron definitivamente los religiosos en el nuevo edificio con la grandiosidad que los tiempos permitían, tomando por patrona y protectora á la imagen aparecida.

Cuál fuese la traza primitiva del nuevo convento pudiera deducirse por los pocos restos que por allí se conservan, pues fué hecho en triste y solitario *valle*, levantado y sumetrado por mano de los monjes como para expiar pecados y en época azarosa en que la sociedad española ya no luchaba por la vida, sino por robustecerse y vencer.

El dormitorio rodeaba á la iglesia, en la que, con el objeto de reconcentrar el espíritu en el recogimiento y meditación, predominaba el estilo adusto del románico, tan propio para el arrepentimiento. Tenía el crucero junto al ábside, casi en el centro de la iglesia, la que, sin ser un sombrío santuario de misteriosa cripta y pórtico sajón, conservaba reminiscencias de tal, bien que modificadas por el natural progreso del arte, por el triunfo de las armas cristianas, la mayor riqueza y propagación de las órdenes monásticas, como lo revelaban, según tradición, sus tres naves.

Tenían sus celdas luces y troneras en medio de los techos, como harto claro se deduce de las expresiones del abad:

---

(1) Crónica del convento.

(2) Véase el apéndice.

«Porque indignos, como pecadores, de mirar, al cielo, era demasiado gustar de su luz».

La escalera de subida que á modo de caracol venía á dar sobre la iglesia, acomodándose en ello al uso de las catedrales que se llamaban y eran regulares, de 121 peldaños ó escalones de piedra, estaba primorosamente trabajada, llegando hasta la bóveda del crucero, comunicándose con todos los pisos del edificio.

Las más importantes obras del crucero definitivo de este templo no empezaron hasta los días de Sancho el Bravo (1), terminándose en los de Alfonso XI (2), que por entonces un sucesor de D. Pedro Garciez de Lerma, caballero principalísimo de Burgos, hizo para sí y sus herederos la capilla de Nuestra Señora que hoy existe en la nave del Evangelio.

Levantábase la maciza torre al lado del edificio; era cuadrada y sus ventanas en forma de aspilleras; las campanas, que, además de llamar á los fieles á la oración, se utilizaban como voces de alerta, pues aquellos reyes y monjes no podían olvidar las algazaras y correrías mahometanas, tal como las de Almanzor, sin vivir muy prevenidos para conservar lo reconquistado y evitar la reproducción de los días infaustos de Bermudo II.

Muchas veces hizo estancia en este monasterio Alfonso VIII, denominado el Bueno, como lo prueba, entre otros, un privilegio por él otorgado en 1174 «cuando regresaba de Aragón de acompañar á su tía la Reina D.<sup>a</sup> Sancha», el cual elevó de hinojos preces fervorosas ante la imagen milagrosa de Nuestra Señora de la Vid, como siempre lo realizara en empresas tan graves como la toma de Cuenca y la batalla de las Navas de Tolosa, en la que le acompañó el abad D. Cipriano Infante, dejando memoria de su gran realeza al confirmar y ratificar las mercedes y privilegios de sus antecesores D. Alfonso VII y D. Sancho III el Deseado, cuyas mercedes otorgadas al convento fueron tantas que á la muerte de su primer abad *era muy rico*.

---

(1) 1288. Duraron treinta años.

(2) 1318. Idem íd.

El referido Alfonso, conocido también por el Noble, concedió exención de tributos y fuero ordinario á todos los colonos de las tierras cultivables del convento, mandando que el abad tuviera jurisdicción feudal y criminal sobre ellos, con privilegio de asilo y demás inmunidades eclesiásticas, que dependían, según las antiguas leyes patrias, únicamente de la voluntad del Rey, llegando á colocar con sus propias y reales manos mojones de límites, así como también las primeras piedras y cimientos del rollo señorial de la abadía de las cruces de su cementerio, marcando de este modo lo que se denominaba en el derecho canónico de entonces *medida legitima*.

Sigue recibiendo muy vastas mercedes, entre las que resaltan en primer lugar la villa de Santa María con sus términos, dehesas y molindas; grandes golpes de terrenos con privilegios para que todo el ganado que tuviese no pechase, así como también la granja llamada de San Mamés de Rayuela, sita en Rubiola y Espinosa, y entre los donantes de las gracias apuntadas y otras no menos valiosas y de cuantas figuran como principales, una D.<sup>a</sup> Elvira, hija bastarda de D. Alfonso VII, D. Sancho, el que por sus amables condiciones llamáronle *Deseado* (1), D. García Gómez y su mujer, un D. Melendo con D.<sup>a</sup> María é hijo Hermelindo; D. Gutiérrez Fernández de Castro, «gran señor, uno de los mayores y más poderosos de Castilla», hombre sumamente venerable y venerado por su edad, ilustración y experiencia, sucesor del gran Conde don Fernán Ruiz de Castro (2) y de D.<sup>a</sup> Mayor Ansúrez (3), hija del Conde D. Pedro Ansúrez, nutricio de la Reina D.<sup>a</sup> Urraca y señor de Valladolid (4), grande amigo del abad Fray Do-

(1) Según la opinión más común, dice el eruditísimo Sangrador Vitores, en su única y notable *Historia de Valladolid*, se dió á este D. Sancho el sobrenombre de Deseado por el mucho tiempo que transcurrió desde el matrimonio de sus padres hasta su nacimiento. Otros creen que se le dió ese nombre porque, habiendo manifestado gran disposición para reinar, murió pronto.

(2) Alfonso VI fué el fundador del señorío de Valladolid, que distinguió al Conde D. Pedro de Ansúrez, su privado, cuyos trabajos premió concediéndole el señorío de esta villa.

(3) Ordenó D. Sancho en los últimos momentos de su vida que la tutela de su hijo y sucesor á la corona de Alfonso VIII se confiriera al Conde D. Gutierre. (Aquí así se llama el señorío de Gutiérrez de Castro.)

(4) Pudiera ser que este D. Sancho fuera el que Vitores no sabe dónde

mingo, cuya amistad de éste con el de Castro no causará extrañeza, sabiendo que este Fray Domingo fué compañero de D. Sancho Ansúrez, sobrino del Fernández de Castro, que desempeñaba en Castilla y León los más altos cargos palatinos.

D. Sancho Ansúrez (1), á quien también la tradición quiere hacer hijo adulterino de D.<sup>a</sup> Urraca, estuvo con Fray Diego de Campdespina en Francia, donde aquél, á la vez que éste, recibió el hábito de la orden premonstratense del propio San Norberto, volviendo unidos á España, y sólo se separaron al llegar á Castilla en las orillas del Duero, donde el de Campdespina funda á *Monte Sacro* (hoy La Vid), y el nobilísimo Ansúrez el de *Fuentes Claras*, que posteriormente se llamó y fué el renombrado monasterio de *Retuerta*.

El D. Gutierre puso inútilmente todo su empeño en llevar á su residencia en Burgos á los monjes de La Vid para establecerlos en un convento de canónigos regulares lateranenses, que en los suburbios de la ciudad de los jueces y *Caput Castellæ* habían fundado sus eximios antecesores. Una sobrina de éste tan mencionado D. Gutierre y su marido don Alonso Ruiz de Guzmán; las Condesas D.<sup>a</sup> Emilia (2) y doña Estefania (3), hija ésta de D. Alfonso VI; D. Pedro de Lara, cabeza y tronco de los Laras, muerto en el cerco de Bayona; la madre de éstos tan ilustres como poderosos primos, doña Ava ó Eva Pérez de Trava (4) y un tío suyo llamado Almerico; la familia de los Amayas, tan celebrada como poderosa en Burgos; Nuño Domingo, tronco y cabeza de los Nanas y

---

colocar dentro de la familia de los Ansúrez, y dice que el Conde D. Sancho casó con D.<sup>a</sup> Elvira, tercera hija de D. Pedro Ansúrez, cuya familia se ignora.

(1) Contra lo que el Chronicón del monasterio de la Vid dice, Sangrador y Vitores aseguran que esta señora D.<sup>a</sup> Mayor, cuarta y última hija de D. Pedro Ansúrez, fundó el monasterio de Retuerta en el valle del Duero, dos leguas de Peñafiel, donde se presume sepultada.—*Historia de Valladolid*, pág. 34.

(2) Esta D.<sup>a</sup> Emilia, hija segunda del Conde D. Pedro Ansúrez, fué la mujer del famoso Alvar Jarez de Minaya, y de este tronco descienden los Condes de Lemos, Duques de Werwic y Liria.

(3) Fundadora del monasterio de Valbuena en el valle del Duero, no muy distante del Retuerta, y casada con D. Fernan García, uno de los caballeros principales de Castilla.

(4) Hija del ayo del Infante D. Alfonso, hijo de D.<sup>a</sup> Urraca y del Conde D. Ramón, nobilísima familia de Galicia, tercera hija de D. Armengol V, Conde de Urgel.

Villafrancas... no sólo se hospedaron dentro de sus sagrados muros, si que muchos en él, poseyendo sepulturas y capillas familiares, dotaron y enriquecieron al monasterio con tanta prodigalidad y extremo, que llegó á ser de los más *honrados* y más *poderosos*, así como también de los *Santos* del reino, por haberle enriquecido con singularísimas gracias espirituales los Pontífices Inocencio II, Eugenio III, Adriano IV, Alejandro III, Gregorio X y otros muchos.

Sucede en la abadía á su fundador Fray Domingo don Nuño de Lara, á éste un D. Alvar ó Alvaro, que la renuncia por enfermo, sustituyéndole Fray Cipriano Infante, el que, según dejamos consignado, acompañó a D. Alonso VIII á la batalla de las Navas, por cuyo memorable hecho concedió este monarca al monasterio la villa de Villapirle (llamada hoy de la Torre), junto á Brazacorta, como á dos leguas de distancia de La Vid. También le donó (en el reino de Toledo) la de Torre-Rey, y en Talamanca, no lejos de Madrid, prados, montes y dehesas que pertenecían al patrimonio real.

Á Fray Cipriano, que fué muy poco tiempo Prelado después de morir D. Alfonso VIII, le sucedió Fray Esteban I, y estando *vaca* (1) la abadía, se nombró después á Fray Esteban II de este nombre en los días de D. Sancho IV *el Bravo* (2). Le siguieron D. Pedro y Fray García, que alcanzaron, con el reinado anterior, el de D. Fernando IV *el Emplazado*.

En los tiempos de Alfonso XI, año de 1312, encontramos rigiéndola á Fray Juan I y Fray Juan II, el que, en días de D. Pedro *el Cruel*, abraza la causa del bastardo D. Enrique de Trastámara, que al ocupar el trono prodiga largas mercedes al convento.

(1) Durante los tiempos de Alfonso IX de León, que venció la batalla de Mérida, y de Alfonso X el Sabio.

(2) Aunque en la célebre reunión convocada por este Rey en Valladolid en el día 2 de Mayo de 1821 á los abades Cluniacenses, Cistercenses y Premonstratenses, Sangrador y Vitores, en su notabilísima *Historia de Valladolid*, pág. 105.—Valladolid, imprenta de D. M. Aparicio, no pone que asistiera el abad de La Vid y si el de Retuerta, por lo que dice el *Chronicón* del primer convento, es seguro que á aquel especie de Concilio, en que se aprobó lo declarado antes por las Cortes de Segovia, declarando en tiempos de D. Alfonso X sucesor del trono á este D. Sancho, no asistió el abad de La Vid, Fray Pedro, por ser Retuerta más antiguo.

D. Lope ó Lupo y Fray Egidio son los abades en los de D. Juan I y D. Enrique III, y con D. Gonzalo se completa finalmente la cronología de los prelados desde el año de 1124, en que se fundó el monasterio, hasta más allá de 1474; es decir, un período de cerca de cuatro siglos (1).

### III

Coincidiendo la muerte del Rey D. Fernando *el Católico* con los comienzos ó albores del siglo XVI, encontramos á D. Íñigo López de Mendoza empezando á gobernar de abad comendatario en *perpetuidad* (2) la abadía.

Este D. Íñigo, hijo de D. Pedro de Zúñiga y Avellaneda, Conde de Miranda, y de D.<sup>a</sup> Catalina de Velasco, hija del Condestable de Castilla, natural de Miranda de Ebro, fué un gran prócer, pues, electo Obispo de Coria, pasó á Londres de embajador; y allí defendió con tanta vehemencia los agravios inferidos á la corte de España, que aquel Rey le redujo á prisión, contra la inviolabilidad de su cargo, si bien le puso á poco en libertad.

Volvióse á España, donde se le promovió á la silla de Burgos, y aquí le encontramos en 1529, cuando el Emperador Carlos V le encomendó el sosiego del reino de Nápoles, lo que consiguió en breve, pasando en seguida á Roma por haber sido nombrado cardenal con el título de San Nicolás por el Papa Clemente VII.

De regreso á España, se dedicó á reformar el clero y visitar toda su archidiócesis con especial solicitud apostólica.

---

(1) En el monasterio, según antigua tradición, se educó Santo Domingo de Guzmán, bajo la dirección del fundador y de otros piadosos y sabios religiosos. Sabido es que el Santo nació en Caleruega, pueblo muy próximo al convento, al que encomendó la dirección de la niñez del Santo su padre el noble D. Félix de Guzmán. Esta familia gozaba de enterramiento y tuvo una capilla en la iglesia del monasterio.

Después, el glorioso fundador de la orden de Predicadores de su nombre perfeccionó sus estudios en la Universidad de Palencia, que fundó Sancho III y trasladó á Valladolid, y no á Salamanca, como algunos suponen por D. Fernando el Santo, año 1240; murió este Santo en Bolonia, 1121.

(2) Véase el apéndice.

Este eminente purpurado, en los diez y nueve años que gobernó la abadía, quizá usando hacer fueros de grandeza, labrar fúnebres y suntuosas moradas para él y los suyos, puso su solicitud y miras en la pequeña capilla que en 1420 y tiempos del Rey D. Juan II había dado el monasterio á sus ilustres progenitores, determinando al efecto construir ó reedificar, no sólo la iglesia, si que también todo el edificio, del que se declaró patrono é insigne protector, ordenando començasen las obras, que debían ser costeadas por su munificencia y la de su hermano el Conde de Miranda D. Francisco.

Hemos podido formar idea muy remota de cómo estaba fabricado el antiguo, en donde debió atenderse mucho menos á la hermosura de su habitación que á la fortaleza y seguridad de ella, pues como habría que luchar, ora con los alárabes, ó bien malhechores y facinerosos, restos del pillaje y limo de la guerra, no procuraron los monjes, sus fundadores, mirar al bien parecer, sino al mayor provecho y más sana humildad; al llegar el tiempo en que va á novarse la esencia y el modo de ser la nacionalidad española, era natural que el gusto arquitectónico sea otro por cambiar de inspiración.

Rotas las poéticas tradiciones de la Edad Media que engendraron las arquitecturas románica y la ojival ó gótica, tan propias del arte cristiano; de robusto alcázar, entre asceta y guerrero, entre templo y fortaleza, entre altar y bastión, levantado como perenne testimonio de la fe cristiana y amor maravilloso á la patria por aquellos monjes que, á la vez que elevaban sus fervorosos rezos al Altísimo, tenían que defender los hogares amenazados, el monasterio de *La Vid* debió pasar del estilo rústico, llamado primario, levantado en la linde de la frontera de reinos, que ahora forman provincias de un gran pueblo, una nueva reacción artística, que aunque conserve remembranzas de la llamada *obra nueva*, de anteriores centurias, sea la reveladora de la aproximación del arte á la meta ó punto nuevo con los arquitectos Juan Bautista de Toledo, el que trazó El Escorial, y Juan de Herrera, que le concluyó. Sebastián Oria, antecesor de los dos grandes maestros, trazó las obras del nuevo Monasterio de La Vid, y trabajando en ellas le sorprendió la muerte en el año de 1542, causando

gran tristeza y no pequeña contradicción al D. Íñigo, por desconfiar encontrase quien sustituyera al arquitecto favorito de la ilustre y poderosa casa de los Condestables de Castilla (1).

Al fin se decidió encomendar la continuación y remate de las obras á Pedro Rasines, cumpliendo con ello los deseos de Oria, tío del nuevo Xumetra director.

Pedro Rasines, Raximes ó Ragimes, que de los tres modos se encuentra escrito, era gran maestro, y de su pericia y arte ha dejado obras tan excelentes como la iglesia parroquial del apóstol Santo Tomás de Haro y el convento de Nuestra Señora de la Piedad, con la que fué casa palacio de los Condestables de Castilla en la villa de Casalarreina (2).

Rasines, á la vez que levantaba los claustros, dormitorios, celda é iglesia del nuevo edificio, echaba sobre el Duero el puente de *La Vid*, hermosa fábrica de doce ojos que une á Soria con Aranda, costeado también por el Cardenal y su familia.

En las obras del monasterio empleáronse cincuenta años, y dióse feliz remate de ellas en el año de 1572, rigiendo la Abadía D. Fray Jerónimo Calderón.

Entonces se sepultaron en la capilla mayor los restos del Cardenal patrono con los de los Condes de Miranda, depositados hasta esa fecha en el monasterio que con el nombre de *Domus dei* tienen en la Aguilera, muy cerca de Aranda, los PP. Franciscos descalzos (3).

(1) Es muy de notar que sea un individuo de la esclarecida familia de los Hurtados de Mendoza el reparador del monasterio de La Vid, fundado por el abad D. Pedro *furtado*, según la tradición, y esta nobilísima casa se conoce que desde entonces no dejó de tener sobre el santo monasterio algo así como patronato ó protección.

(2) En 18 de Julio de 1564 el Cabildo y Ayuntamiento de Haro se convinieron con Pedro de Rasines, natural de Résines, maestro de cantería, para que éste hiciese la obra de la iglesia de Santo Tomás en el término de ocho años, con nueve capillas, una torre y capilla de coro para el servicio de dicha iglesia, y capilla del órgano y escaleras para coro y torre y capilla para la pila bautismal—actas del archivo municipal de Haro—de la que en lo antiguo fueron señores los Condestables de Castilla.

(3) En este santo monasterio se conserva en el día el sepulcro y cuerpo de San Pedro Regalado, santo patrono de Valladolid, su ciudad natal y en la que fué bautizado en la iglesia de San Salvador, siendo asimismo patrono del arzobispado. Murió en 1456. Inocencio XI pidió la bula de beatificación, y Benedicto XIV le canonizó en 1740. Hae poco Valladolid y su arshidiocesis ha celebrado una solemne, piadosa y entusiasta romería.

En el centro de la capilla hicieron hueco para los huesos de D. Pedro de Zúñiga y Avellaneda (1), segundo Conde de Miranda, casado con D.<sup>a</sup> Catalina Fernández de Velasco, hija del primer Condestable de Castilla y segundo Conde de Haro y de D.<sup>a</sup> María de Mendoza, que á su vez era hija del simpar Marqués de Santillana. Próximos colocaron los huesos de doña Catalina de Velasco, hija del segundo Condestable de Castilla y tercer Conde de Haro, D. Fernandino González de Velasco, casado con D.<sup>a</sup> Juana de Aragón, hija bastarda del Rey Católico D. Fernando V, quien lo hizo ante el sitio de Baza y fué primer Duque de Frías.

En el lado de la Epístola y lo más cerca del altar mayor, pusieron piadosamente también al tercer Conde de Miranda, D. Francisco de Zúñiga, mayordomo mayor de la Emperatriz D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal, caballero del Toisón de Oro y compatroño del monasterio, á la vez que lo era su hermano D. Iñigo, con el que en el año de 1539 acompañó el cuerpo de la referida Emperatriz á Granada. A este D. Francisco, grande amigo del Duque de Gandía San Francisco de Borja, con sus abuelos D. Pedro de Zúñiga y D.<sup>a</sup> Catalina Fernández de Velasco, primer Condestable de Castilla y Conde segundo de Haro, yerno del Marqués de Santillana (2), les dieron sitios preferentes en el lado del Evangelio con los restos mortales del cuarto Conde D. Francisco (3), *gran músico* y padre de D. Juan de Zúñiga, Presidente que fué de Castilla y Virrey de Nápoles en el año de 1586.

Las nuevas obras que, por lo relatado, más que de repara-

(1) El sepulcro de D. Pedro de Zúñiga está en la capilla mayor al lado del Evangelio, pero cerca de la puerta del panteón ó antigua sala capitular, que da acceso á la iglesia: Por fin este sepulcro, que tiene su escalinata para descender á él, no fué ocupado por los restos de D. Pedro; hoy estálo por los del P. Celestino Mayordomo, donde se colocaron los de Zúñiga.

El D. Pedro de Zúñiga era abad ó prior comendatario de los Canónigos Agustinos de San Isidro de León, y nació en 1590.

Al asistir á la inauguración de la capilla mayor y crucero de la iglesia de la Vid, designó y construyó para sí la mencionada sepultura. Pero á su muerte los canónigos de León no permitieron se separase de ellos el cuerpo de varón tan ilustre y querido, y por esto fué enterrado, pues, en San Isidro de León, y esto explica satisfactoriamente el no estar enterrado en La Vid.

(2) Véase el apéndice.

(3) Así se leía en el antiguo laude de este prócer, y sería curiosa una biografía sobre este P. franciscano.

ción, deben ser consideradas como de nueva planta, puesto que el ánimo de los poderosos Condes de Miranda fué edificar un grandioso monumento, que siendo á la vez monasterio les sirviese de panteón, dieron comienzo por los años de 1522 á 1524, primeros de la abadía de D. Iñigo.

El maestro Rasines, cumpliendo los deseos del Cardenal, modificó muy poco ó nada los planos de su tío el arquitecto Oria, siendo reconocidos y aprobados por dos veces, una en el año de 1524, por los maestros de la catedral y ciudad de Burgos, los más notables de la España de entonces, llamados Bartolomé de Pirienda (1), Juan Vizcaíno, Juan Vallejo y Juan Rasines, y la segunda y última vez en 1547, por los mismos maestros y canteros, de orden de D. Juan de Núñez, abad de San Millán de Lara, dignidad de la catedral de Burgos y familiar del Arzobispo D. Diego.

Aquellas obras se encuentran en nuestros días tal como en los que se llevaron á cabo, no sólo por el Arzobispo D. Iñigo, su hermano D. Francisco, y más especialmente por D. Juan de Zúñiga, y las que las exigencias de los tiempos impusieron á los ilustres antecesores del hoy Duque de Alba, si bien hay que tener muy en cuenta la suntuosa reparación moderna á que sometieron el antiguo monasterio los Rvdos. PP. Agustinos cuando, salvándole de ruina cierta y mísera destrucción, le convirtieron en colegio eximio de sus misiones en el remoto Oriente. Obras y colegio que vamos á diseñar.

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

(Continuad.)

---

(1) Pirienda ó *Piredonda*, arquitecto vecino de Lerma, debe de ser el que Llaguno llama, como nosotros, Pirienda, el que en 1542 y 1547 visitó ciertas obras de la catedral de Burgos é informó sobre la construcción de su cimborrio actual. Juan de Vallejo, por el mismo tiempo, trabajaba en la dicha catedral, y es tenido por discípulo del maestro Francisco de Colonia. Juan Rasines ó Rasines, según Pirienda, era uno de los oficiales más doctos y más peritos de aquel tiempo «en la dicha arte de cantería y ximetría». La celebridad y competencia de tales maestros convencen de la importancia que á las obras de La Vid daba D. Iñigo.

# EL MISERIOSO <sup>(1)</sup>

---

Había concluído la vendimia y cociendo estaba con la *madre* el mosto abundante.

Lo de menos es en Villamedrada el vino, y lo de más sustancia las algarrobas, el trigo y la cebada; pero de siempre se había venido viendo verdear cuatro viñas en el «cerro de la andadura» y no es el charro hombre que cambia de costumbres.

Con Octubre empezó, pues, la faena de arar la tierra para extender la semilla en los hambrientos surcos, y el tiempo *amoroso* ayudó la labor ablandando la tierra que secó el verano y desarraigando el amarillo rastrojo de la pasada cosecha.

El campo en Octubre tiene una cara especial, y el campo de Villamedrada especialísima.

Viene la carretera de Salamanca bajando, bajando; cruza el pueblo por la calle—llamémosla así—de la Calzada y sube otra vez por el lomo de la cuesta grande, remontándolo para dar vista al molino y seguir después cortando la alameda hasta quedar allá muy estrecha bajo la bóveda de los árboles en dulce y tranquila sombra.

La masa verde obscura del monte de Santibáñez corta los vuelos á la vista, ya bastante limitada por las corcovas de la tierra, que va levantando aquí y bajando allá, el fondo del paisaje y las copas de las encinas; con estas bajadas y subidas de las quebradas del terreno cambia el color de la masa, que ahora parece verde aceituna en lo que solea la luz, y más allá tira á negra, ó al menos á «siena» tostada, allí donde un recodo muestra un buen golpe de árboles ó donde la ladera sombrea los jarales.

---

(1) Del precioso libro publicado recientemente por nuestro distinguido colaborador Sr. Berrueta.

Donde acaba el monte comienza el árido secano, las tierras de tartalera, las heredades de Villamedrada, partiditas en trozos, sin otro incidente que llame la atención que las parejas de bueyes y los pacientes labradores que van labrando la tierra para hacer la cama á las algarrobas y al trigo, y las durmientes canciones, que parecen encerrar las virtudes del beleño y los olores del tomillar.

En cambio, del otro lado se enlaza la sombra de las encinas con la presuntuosa gallardía de los olmos de la arboleda de Zorita, lejana todavía, y algo se prolonga la fronda deliciosa para cortarse de pronto y dejar el campo otra vez á lo desnudo de los surcos, que se cruzan ó se enlazan ó se juntan en original tablero de ajedrez.

No es escasa la belleza que resulta de este «troppo variar» tan alpestre y tan amable, ó al menos así parece al castellano neto que *siente* una naturaleza llana y extensa, sin montañas excelsas ni valles abismados, y no se necesita ser kantiano para creer en este subjetivismo tan sencillo.

En el fondo de la cuenca, que forma como un barco señalado bien claramente por la blanca carretera, se ve la torre cuadrada de Villamedrada y las casas del pueblo, con ese color tan característico de la mezcla de piedra gris, pizarra obscura y barro ferruginoso.

Aquello que á la izquierda parece un corral es el campo santo, y aquello que á la entrada del pueblo parece un cementerio es un corral convertido en tal cosa por el sencillísimo argumento de «á la casa quítale el techo y cáatala corral hecho».

Bien surcados están los cerros de «la raya» y no es cosa tan fácil la labor, pues al subir va el arado al aire y sólo al bajar viene rasgando la corteza que las lluvias del otoño han refrescado.

Un golpe de viñas adorna el lomo del cerrillo más empinado y en la falda la llanura de las verdes eras, de mil yerbecillas distintas alfombrada, ofrece banquete sin tasa á los bueyes, que al caer la tarde vuelven del trabajo, y á las ovejas que por los cerros no sembrados van bajando.

Á lo largo, la reseca carretera cruzando el pueblo por la

mitad y subiendo después por ambos lados en cuestas respetables que remonta por una parte para dar vista á Salamanca y por otra á la alameda de Zorita, y viniendo á pintar un paréntesis en blanco en medio del sabroso párrafo que los ojos leen en los campos que el hombre labora y en los más hermosos que deja por trabajar.

Allí estaba el señor Juan Vicente montado en un potro de tres años, por cierto por domar, presidiendo la faena de seis parejas de bueyes que andaban arando; al frente de una de ellas iba Isidoro, muchacho de quince años, hijo de Juan Vicente. Es la historia que, por fortuna, no es rara por aquí.

Como hijo de labrador que tiene más de tres parejas, ó coge más de cien fanegas, el muchacho fué *pa estudiar*, tal vez por aprovechar cuatro libros viejos (el *Gury*, su *De locis* y una de esas bibliotecas predicables que tanto estrago hacen en los púlpitos); estuvo en el Seminario de Ciudad Rodrigo cuatro años de *humanidades*, y el muchacho, que no había nacido para obispo, gastó 5.000 pesetas en vano, hasta que su padre se convenció de lo que debían convencerse tantos y tantos: de que había nacido el chico para labrador.

Compróle dos parejas más y lo que éstas labraran, y á vivir, es decir, á arar, aricar, binar, arrastrar, acarrear, trillar, tornar, limpiar y... vuelta á empezar. Levantarse con el día, salir al campo cantando ó gruñendo, que esto no es esencial, hacerse amigo del sol y del cierzo, del hielo y de la niebla, del agua y de los truenos, comer mucho pan y mucho tocino y no poco chorizo, beber largo y tendido, bailar los domingos por la tarde y jugar á la pelota ó la *calva* por la mañana, confesar con el señor cura lo flaco y en Salamanca lo gordo, echar el ojo á la tierra que el día de mañana ha de llevar la Fu'ana, casarse luego con ella, tener cuatro ó catorce muchachos, ser alcalde ó juez municipal, y terminar la *Iliada* ó la *Odisea* en aquel campo santo que, junto á la iglesia, ostenta una cruz y un árbol alto y melancólico, á cuya sombra tranquila descansan los restos de muchas pasiones, más que amorosas, eróticas, de muchas intrigas, más que nada envidiosas, de muchos afanes por un par de bueyes ó por un jaco matalón.

El padre de Juan Vicente se había casado con su mujer porque ésta tenía una *quiñonada* junto á las tierras que él tenía; el señor Juan Vicente logró casarse con la dueña de las *quiñonadas* vecinas, é Isidoro quería casarse, como es muy natural, con la hija de Indalecio, el dueño del predio cercano; con lo cual, la hacienda paterna se arreglaba por el mismísimo procedimiento que se han desarreglado algunos reinos.

## II

Amaneció un domingo de fin de Octubre, ni claro ni lluvioso, más bien dormilón.

La gente, hecha á madrugar toda la semana, esperaba en las puertas de las casas ó en los troncos tumbados en las calles la hora de la misa, mientras el sacristán iba tocando la una, las dos, las tres, con pesadez notable.

Dió la campana *las muchas*, y los hombres, que arrimados á la pared de la iglesia tomaban el cacho de sol que las nubes despreciaban, fueron entrando perezosos con la *anguarina* echada los viejos, de blusa otros y de chaquetilla los más.

Ya allí estaban las mujeres sentadas en el suelo delante de las *candelarias*, atizando y encendiendo las velas y los hachones que, según vieja y sana costumbre, arden en recuerdo de los muertos, y son el más vivo y fervoroso de todos los obsequios materiales en sufragio de las culpas de los hombres.

Parece aquello un día de difuntos al que no está acostumbrado á verlo todos los días.

En los bancos señalados con el nombre de la cofradía van tomando sitio los hombres del lugar, empezando también por orden de antigüedad y quedando atrás, muy cerca de la puerta, los mozos menos piadosos y los muchachos que han de tocar la campana para hacer señal.

Del lado del Evangelio se colocan los chicos de la escuela con el señor maestro á la cola, sentado, muy sentado en un sillón de vaqueta con cada clavo como un puño.

No están muy quietos ni muy devotos los muchachos; pero vaya usted á saber si estarán más, aunque no se muevan, los

charros de los bancos, ó si pensarán en las ovejas ó en los surcos más que en los consejos del señor cura, que explica con sencilla y hermosa predicación los hermosos y divinamente sencillos pasajes del Evangelio.

De vez en cuando un eructo de charro bien almorzado, un jay ánimas benditas! de una viuda, un berrido de un muchacho, rompen el relativo silencio que dejan las oraciones á voces del señor cura y las respuestas á gritos del monaguillo, que con un oído está á los amenes y con otro al *Quico*, que desde el banco le hace unas señas poco tranquilizadoras para ventilar al salir de misa no sé qué cuestión pendiente sobre quién sostiene mejor en la barba el palo del apagavelas.

Lo demás de la misa no ofrece cosa de contar, como no sea el que *echa* la epístola y está á punto de echar con ella la garganta; y el oído que ponen las tías para averiguar los años de la Fulana, que aquel día se *apregona* ó se *descalabra*, que de ambós modos expresan un mismo concepto.

Algún que otro pescozón se reparte á los muchachos que no se están quietos y alguna impaciencia por la subasta se revela al final.

\*  
\* \*

Uno de ayuntamiento, á falta del señor alcalde, que está «*pa tierra* de Ledesma», sirve de núcleo para un corro que se forma en seguida con objeto de subastar el estiércol de las ovejas para toda la semana.

Los tíos, con gran solemnidad, están de pie con los brazos invariablemente cruzados, y los ojos mirando al suelo, con el cigarro en el mismo borde del labio y la gorrilla echada un poco sobre los ojos.

—Vamos, á ver si esta semana sube más la cosa, que si no poco engorda el concejo; conque *arrimai*, muchachos, y no haiga cuidao.

—Pa mí, 210—dijo el de la otra semana.

—Hombre, aunque no sea más que pa quitártelo de la boca, 250.

—Y uno—prorrumpió el yerno del señor alcalde, con una gallardía muy superior á los 250 reales.

—Trescientos y me la quedo—dijo el tío *Pinturero*, así llamado por la *fantasía* que gastaba de ordinario.

—Echa baba, mocoso—dijo el yerno de la otra vez;—yo doy uno más.

—Paeces el as de oros, siempre quies mandar; van 310—dijo el de la otra semana, y medió un silencio.

—Vamos, *animaisos*, no sos dé vergüenza, que todos somos del pueblo.

—Mirai que me voy hartando y no va á salir de mano del *Torzón*, que se va á corromper de tanto estiércol—dijo el concejal.

—Pallá abajo viene el tío *Abundancia*, que sus va á echar la pata á todos.

Subía poco á poco la cuesta de la iglesia el tío *Abundancia*, y no era, por cierto, escaso de humanidad, ni de carne ni de hueso aquel mastodonte de calzón y media bota, que, según la opinión de aquel concurso, traía cara de *arrestao*.

—¿Á cuánto habéis llegao?

—Á los 10 por cima de 300.

—Pocos ánimos—dijo el tío *Abundancia*.—Como tuvieran tanto tiento en la lengua las mujeres, no habría muchas cuestiones como la que han tenido ahora mismo la tía *Aguza-nieves* y la *Fulía*.

—Otra, ¡qué leña! ¿Se han agarrao?

—Na más que un poco. Ya venía picando estos días la tía *Fulía* á la otra sobre si el *Miserioso* dejó morir á su padre de nescidá, tuviendo él solo más *quiñones* que toos vosotros juntos y más potestá que un obispo, y la *Aguza-nieves* salía por el *Miserioso*, echándo'le á la cara lo del *Cubano*, que pa poco hace un año que vino y ya dejó rastro en el pueblo...

—Vamos, muchachos, dejaros de cuentos, que aunque se mataran las dos no se perdían las algarrobas—dijo el concejal.—¿Arrimáis más de los 10, sí... ú no?

—Voy por los 20—relinchó el yerno del otro.

—Y yo por los 21—dijo el *As de oros*.

—Pues no te lo has de llevar, codicia.

—Me paice que vusotros queréis estercar con saliva—dijo amostazado el concejal.

—Va por la última.

—Adjunto los 30 y á escardar.—Y dió media vuelta Epifanio, el de la otra semana.

—Pa que no andemos más, ahí voy con 350—dijo con concluyente ademán el tío *Abundancia*, y se quedó de gallo en la subasta.

.....

.....

Y fueron bajando la cuesta de la iglesia, echando unos para el otro barrio (no para la eternidad), otros por el *lindón* abajo, los demás por los varios carriles que á cada calle y casi á cada casa conducían.

El señor cura, el señor médico y el señor Domingo, á jugar al tresillo; el secretario, el juez y el alcalde, á armar un lío de papeles ó de pleitos en la casa del concejal; el maestro, á dar la última mano á los muchachos y meterles en la cabeza los versos de marras:

Los alumnos de esta escuela  
os dan, señor inspector,  
la cumplida enhorabuena  
y bien venida, señor.

Venís con honrado fin  
á visitar la instrucción,  
y no os faltarán aquí  
la gratitud y el amor.

.....

Y los demás vaya usted á saber adónde van; poner las calabazas en el tejado, á arreglar la leña de la *tenada*, á dar una mano de cal á la cocina, á escribir una carta que dió principio un mes antes y dará fin dentro de un mes, á echarse por cima la *anguarina* y dar una vuelta por casa de la tía *Tortovila* para ver en qué quedan, y si se *apregona* ó no la muchacha, y con qué cuenta el *Mortero pa* mantenerla, y á ver si cuadra ó no cuadra, porque la verdad es que como codicioso lo es el galán y hombre que pinta para todo y que lo mismo se pone en forma para labrar la tierra, que tiene arte para hacer una silla ó un colchón por doce perras y mantenido.

## III

Por no tener qué hacer, el señor Juan Vicente se quedó armando un cigarro á la puerta de su casa, y no tardó en saludarle, con hipócrita afecto, el *Miserioso*.

Sólo este nombre basta para biografía; miserable quiere decir cosas más gordas, más malas, para las cuales se precisa ser un perverso ó un dominado en grande escala por el vicio de la *tacañería*; *miserioso* expresa bien otra idea.

*Miserioso* es un hombrecillo de cuerpo pobre y mal criado, tal vez sietemesino, con cara menuda y triste, de hambre retrasada, que ni come, ni duerme ni sosiega de tanto pensar en guardar, no mil duros, sino dos reales; hombre para el que no hay domingos, ni pascuas, ni ferias, ni nada más que *arañar* á todas horas, en todas partes, en el pueblo, en la ciudad, en veinte leguas á la redonda, y á la larga, y en todas direcciones, y no porque le haga tanta falta, sino tan sólo porque le tiene cogido el vicio de la ambicioncilla pequeña que saborea una peseta y no tiene paladar para mil reales.

Todo eso quiere decir *miserioso*, con que el lenguaje popular, verdaderamente filosófico y sabio, representa una idea difícil de simbolizar con cuatro sílabas.

Decía Capmany, en su *Filosofía de la elocuencia*, que la mitad de la lengua castellana está enterrada; no: está dormida tan sólo, esperando á que vengan por estos pueblos, donde duerme, gentes que la hagan nuevamente despertar sin que ella se percate.

Todo eso que queda dicho era el *Miserioso* de Villamedrada, y por todo estaba á mal con todos sus convecinos, y á *peor*, si vale la frase, con el señor Juan Vicente.

—¿Qué hace pa qui el hombre?—dijo el hombrecillo.

—Poca cosa—contestó secamente el señor Juan.

—Paece que torna el aire.

—Ayer tarde cortaste una encina pallá pa la linde, que lo menos te da pa cuatro cebaderos.

—¿Y qué?

—Na, que mi alegre.

—¿Y el muchacho?

—Pa casa.

—Bueno, hombre, pues que haiga salú y desimula si he faltao.

Una mirada soberbia de Juan Vicente fué la respuesta final á esta última frase y cada cual echó á andar para su casa.

#### IV

En la casa del secretario del juzgado municipal estaban, además de él, el juez, el *Miserioso* y Tomás, su hombre bueno, y por otra parte, sentados junto á la puerta de la posesión, Juan Vicente y el alcalde, que de hombre bueno actuaba, y el médico de Corralera y el tío *Fanegas* de testigos.

Tomó la palabra, como de costumbre, el secretario, hombre versadísimo en este arte de la *liografía*, y en una especie de informe que no lo harían tan bien muchos letrados, refirió el hecho de autos, y después aconsejó á las partes como amigo que era de ambas.

El caso fué, cortando por abreviar el relato, que la cuestión le había dado mal olor al secretario y se dijo: esto hay que arreglarlo y que no pase al tribunal, porque el artículo tantos está claro y los precedentes del Tribunal Supremo no dejan escape, y el *Miserioso* va á la cárcel lo menos por seis meses.

Porque es muy fuerte eso de llamar ladrón á un hombre y mala mujer á una mujer, y delante de un público que corre luego la voz como el agua del regato por los huertos, que va de uno á otro y todos los deja mojados para rato.

Y ya tenía antecedentes penales el acusado, y en los libros de secretaría figuraba en dos ó tres conceptos y hasta en rebeldía.

En cambio, de Juan Vicente nadie había tenido nada que decir, si no era para bien y para bendecirlo por lo bien criado y generoso, que hubo año que dió para sembrar á medio pueblo.

La *inquinia* venía de atrás, desde que el *Miserioso* quiso casarse con la muchacha de Juan Vicente, una moza que daba gloria verla, y la muchacha le dijo que no había quedado ella para raspar roña.

La muchacha tampoco nunca dió que hablar á nadie, y á la cara le salía salud y la buena vida en aquel color de manzana y aquellos labios rojos.

No era *amena* á la conversación, y á cada mozo amartelado que la requebraba le soltaba un *bufido* y algo más, si el requiebro lo requería.

El caso fué que la encontró sola el *Miserioso* en el *Carril del cura*, camino del monte del Rey, según se viene del Pinar.

La muchacha traía la última fruta de aquella frondosa huerta, demasiado sombría tal vez, pero realmente hermosa y pintoresca, y venía cantando para acortar el camino:

Hoy no está mi padre,  
que está á la estación  
á poner un parte  
al gobernador.

.....

Y al pasar la barca  
me dijo el barquero:  
las niñas bonitas  
no pagan dinero...

Digo que venía sola, y no tan sola, porque al alcance estaban el médico de Corralera y el tío *Fanegas*, del Olmo, que traían un par de liebres recientes, todavía sin estirar, y una denuncia encima por haberlas cogido.

Tiró del ronzal el *Miserioso* y paró el potro después de un estirón del pescuezo y un relincho gallardo.

—Paece que vas muy sola, María Manuela.

—¿Y á ti qué?

—Que si quiés ir acompañá.

—Anda, váite á hablar con el señor médico pa que te cure las hambres.

—Pus nunca me has dao más que expresiones pa cenar, ni tu padre tampoco.

—Quítate delante *miajá*, que tú no das fama á naide.

—Ni la quito al que no la tiene.

—¿Pa quién va eso, miseria?

—Pa quien lo coja, rumbosa.

—Anda pallá, so asqueroso, que paeces á las moscas, que empuercan too lo limpio.

—Anda tú, haciendosa, que si fueras gallina no ponías un huevo en casa; no sales á tu padre.

—¿Que tiés que decir de él, repodrío?

—Na, que el día del juicio se le va á marchar cada cortina con su amo y se queda sin na.

—¡¡.....!!

—¡¡.....!!

.....

Poco más ó poco menos, éste es el asunto al que quería echar tierra el secretario del juzgado, y no otra cosa pensaban unos y otros, antes que dar que decir á las gentes y que ganar á los curiales.

—Me da mal olor esto y os conviene á todos acabar aquí y no ir á Salamanca. El *Miserioso* fué el que primero insultó y le puede salir *por la torta de un pan* y á nadie le conviene andar en lenguas pa después quedarse sin un canto pa meter una cuña á los aperos; conque á mediar aquí de buena ley y á conformarse todos.

En las mismas ideas abundaron todos y el asunto entró en la segunda parte que pudiera llamarse el contrato.

—Yo doy por no dicho na ni á la muchacha ni á mí,—dijo con grosera frase y vil pensamiento Juan Vicente, con tal de que me pongan en la mano 50 duros, ni real más ni menos.

Al *Miserioso* le pareció una barbaridad de duros y se plantó en los 50 reales y salió del juzgado diciendo que tenía prisa.

Volvió á predicar el secretario en el mismo tono que antes y dijo que de allí no salían los demás sin dejar firmado el arreglo.

No se vió más solución que ofrecer el tío *Gazapo*, hombre bueno del *Miserioso*, á nombre de éste, hasta los 750 reales, para que ninguno se saliera con la suya, y así se convino, ha-

ciendo un cigarro cada uno de la petaca de Juan Vicente.

—Pues á firmar—dijo el secretario,—y como en el acta no puede decirse nada del arreglo, pondremos que, habiéndose perdonado mutuamente las ambas partes, se terminan aquí las actuaciones á 16 de Octubre de 1891.

Y firmaron todos, y quedó encargado el secretario de recoger la firma del *Miserioso* y de enterarle de todo.

## V

No era de broma la prisa del *Miserioso*.

Tenía un buey malo, hinchado hacía ya rato y que se ponía peor por momentos.

El día antes hubo consulta entre los pocos amigos interesados, por cierto, que el tío tenía, y que más le miraban á los cuartos que á la cara; se decidió á gastar dos para ahorrar cuatro, y por la noche ya había mandado un propio al más afamado veterinario de los alrededores, y él se quedó asistiendo al animal y recibiendo los consuelos de las gentes y los ofrecimientos más ó menos sinceros de la vecindad.

El buey *Modorro* se había puesto malo sin saber por qué, y junto al bebedero estaba tendido sin *remar* ni nada.

El animalote, enorme, descomunal, resoplaba con fuerza desigual, aventando la paja de la cama.

De Topas había venido el veterinario, y el *Miserioso* recibía las visitas de duelo anticipado sentado á la lumbre del hogar.

Uno le recomendaba la pez, una albarda de pez como una bizma para las personas, otro unas frotas de *aguarrás* que á nadie le pueden sentar mal, otro unas varas de acebo pasadas por la barriga.

Llegó el veterinario, cogió por la oreja á la res, que ni daba ni tomaba, tomó el pulso en la pata izquierda, templó la barriga del buey como quien temple un tambor, y no viendo necesidad de recetar, se limitó á cobrar los dos duros de ordenanza.

.....

—Á cuidar al buey, como decíamos, se había venido el *Miserioso*, y á la lumbre estaba cuando entró el tío *Gazapo* á enterarle de la *tratación*.

—Yo no paso de los 500 reales, y si además se me muere la res, buena feria que hago—dijo el *Miserioso*.

—Miá que me he comprometío yo por bien tuyo á llegar á los 750—repuso el *Gazapo*.

—Pues por tu cuenta y listo, y si no traes más chorizo, te puedes dir cuando te acomode, que yo tengo que atender á mi cuento y naide me paga lo que pierda.

—Pues ate cuenta que no he dicho na y ya nos veremos en cuanto la res se desenvuelva.

.....

El buey, en efecto, días después se puso bueno y volvió á hundir las pezuñas entre los terrones de la quiñonada del monte, que aquel año se sembraba de centeno, y el *Miserioso* á marchar detrás de la res con la esteva en una mano y la aijada en la otra, viendo caer la ceja sobre el grano desparramado y quedar á lo largo de la tierra los cerros y los vados como quedan en un papel las rayas paralelas para encerrar la escritura.

La quiñonada entera aparecía ante los ojos usureros del *Miserioso* como una inmensa escritura de venta, donde él era el comprador ventajoso y el mundo entero el pródigo vendedor. ¡Almas miseriosas que andáis por ahí viendo en todo lo que miráis un negocio y un duro, y medís al hombre por el bolsillo del chaleco y á la mujer por los pendientes de las orejas, mirad que sois en el mundo como la res que aprecia el trabajo por la largura de los surcos y al amo por el pienso del comedero!

Arando iba el *Miserioso* con el brazo y arando con su necio pensamiento en la tierra arenosa de sus ruines ilusiones.

En tal ocasión se presentaron allí el señor Juan Vicente, el *Fanegas*, el secretario y el *Gazapo*, y sin muchos preámbulos le plantearon la cuestión en los ya conocidos términos.

Negóse por última vez á aprontar los 750 reales, ni siquiera un céntimo más de los 500, y á instancia del secretario, especie de apagador de incendios judiciales, y del *Gazapo*,

que por nada del mundo quería poner 250 reales en un asunto que total á él ni le iba ni le venía, consiguieron entre todos que el obstinado *Miserioso* se tomara un día para pensarlo, y pensar bien por un lado y por otro lo que son y lo que valen 250 reales.

Y metióse en el monte, del que va á saber algo el lector.

.....

## VI

No se ve allí más que monte cerrado. La jara tupida y nada baja recibió todo el verano el polvo de la carretera y cobró un gris mate que tiene del verde mar algo y algo del azul de la pizarra; donde corre el agua ya se presenta el matiz verde claro de pradera, y las escobillas y los juncos y mimbreras, levantando sus enhilados brazos, festonean la borrosa orilla del regato, y ofrecen, con siniestro silencio, un lecho de barro pedregoso, y tal vez unas calenturas permanentes.

Allí el verde es duro, intenso y poco variado, y el aspecto fresco y lozano.

No tanto puede decirse apartándose algo de las orillas del agua y subiendo cuesta arriba para ganar monte; entonces los ojos sólo atisban á los cuatro vientos las redondas cabezas de los árboles, muy compactas, muy redondas, como si sobre la tierra hubiera caído y quedado allí un chaparrón de encinas.

De frente, hacia el sol que se pone, asoma la luz rojiza entre el andamio de los troncos y el filtro de la enramada; á lo derecho un claro del monte, un cerro medio calvo que recibe la claridad agradecido y en su lengua dice «aquí estoy yo»; á la izquierda lo más fragoso, desigual y umbrío, un suelo ceniciento obscuro con muchas bellotas secas, y en el fondo, á la espalda, la noche que avanza, unas estrellas blancas y puras y algo tristes, una masa negruzca de arboleda sobre un suelo más obscuro todavía; cualquiera hubiera dicho al ver el paisaje que era aquello un cuadro hermoso, donde el gran pintor había dejado divinamente estampadas las cuatro esta-

ciones del año, las cuatro épocas de la vida del hombre, la luz de anochecer, en que en realidad abrimos los ojos, la más tibia y risueña juventud, la batalla dura y revuelta de la edad robusta y el caer lánguido de la muerte, tan sólo iluminado por los recuerdos que brillan como estrellas enlutadas y la fe en un sol que al otro día ha de amanecer.

Y si te fijas, lector, en los detalles, todavía podrás encontrar el simbolismo en aquella fogata con más humo que lumbré que á la izquierda sube, rompiendo acaso la tranquilidad apacible de la solemne escena, en aquel árbol que por la sola razón de ser más grande y tener más hojarasca descuella sobre los demás y los domina, y para la atención en aquel imperativo «vedado de caza» puesto en la piedra con mucha ley y muchos títulos y todo lo que usted quiera, pero que representa una *veda* general de todo orden, impuesta á los pobres por... ¡una piedra!

## VII

Siguió el *Miserioso* picando á los bueyes con menos calma que de ordinario y pensando, pensando, revolviendo en su mollera los recursos y trastiendas de su repertorio de usurero pleitista.

Su alma era una hipoteca y sus ideas cláusulas de contrato ventajoso.

Discurrió, pues, todo lo que pudo, y en cuanto vino la noche recogió la yunta y se fué á ver al secretario.

—¿Sabes lo que he pensado? Que mañana mismo reúnas á Juan Vicente y á los hombres buenos, y yo iré pa arreglar de una vez eso.

—Me alegro, hombre, que salgáis de líos, porque son malas bromas, y por bien que salgáis, siempre tenéis que rascar, que en esto de los papeles nunca se sabe dónde está la punta, si en el hospicio ó en la cárcel.

Despidiéronse con este buen deseo el secretario y el ladino silencio del otro, y, en efecto, al día siguiente volvieron á reunirse los mismos personajes en el mismo sitio y con el mismo orden que la vez anterior.

Y para no cansar al lector con saludos, preguntas y respuestas, que vienen á ser lo que las generales de la ley en juicios orales de las audiencias, diré solamente lo que creo que tiene más gracia y más enjundia por la sencilla razón de que no es sino copia de la realidad pura y neta.

Cada *quisque* se había *emperrao* en sus trece, uno en 750, otro en los 500 y otro en los 1.000, y no había pareja de bueyes que sacara el carro del atasco.

—Vosotros os habéis comprometido á dar 750—dijo para concluir el Juan Vicente.

—Yo, no—replicó el *Miserioso*;—yo solo ofrecí 500 y no paso, y si *Gazapo* apuntó más, por su cuenta.

.....  
—Y en última *estancia*—dijo con la decisión de Napoleón, —¿cuándo se hizo la oferta de los 500, antes ó después del juicio?

—Antes—dijo el secretario.

—¿Y qué dice en el acta?

—Que sus habéis perdonao unos á otros generosamente.

—Pues cuento acabao, yo no pago na, que pa eso estoy perdonao con *generosidá*.

Y sin esperar á que el concurso saliera de su asombro ante aquel golpe de abogado experto, salió á ver si el *Modorro* estaba bien del todo, ó si había que rasparle la barriga con la vara de acebo.

Y el Juan Vicente se quedó con lo que el otro le había llamado y sin los 500 reales del ajuste.

\*  
\* \*

Corrieron los años, como corren siempre en las novelas, á paso de liebre perseguida, y las gentes se fueron apagando como las liebres que caen rendidas al pie de las encinas, que tantas veces las vieron gallardas y ligeras.

No consta en el archivo parroquial de Villamedrada si fueron unas calenturas ó si fueron unas píldoras las que mataron al *Miserioso*.

Lo que sí consta y vive en el archivo popular, que no está

por cierto en el concejo, sino en la memoria y en la lengua de los charros, es que, si se descuenta al señor cura y al señor médico, nadie dió un vaso de agua al pobre enfermo, y no habiendo en todo el pueblo más vaca lechera que la de Juan Vicente, y no pudiendo tomar más alimento que leche el *Miserioso*, tuvo éste que morir antes de que Juan Vicente dejara ordeñar á la res.

Y al que iba á pedirle el gran favor le contestaba:

—Decidle al *Miserioso* que se beba la sangre que me ha podrido y pa postre que me perdone con *generosidad*. ¶

MARIANO D. BERRUETA.

# PETRARCA Y SU LAURA

---

Si no estuviera ya repetidamente probada por la historia de los grandes hombres la decisiva influencia que las relaciones personales y los íntimos sentimientos de devoción y amor ejercen en las manifestaciones del genio, los monumentos poéticos del inmortal Petrarca, del insigne restaurador de las letras italianas é inventor afortunado de las *Instituciones oratorias de Quintiliano* y de las cartas de Cicerón, revelarían cabalmente el poder sugestivo con que aquella influencia obra en el carácter y actividad de los talentos superiores.

El genio lo da Dios; no se conquista ni se adquiere por esfuerzo ó por azar en las luchas de la vida. Pero el hecho que excita y mueve la sensibilidad, el estremecimiento que sufre el corazón, el dardo que hiere y hace manar ríos de belleza, la misteriosa vara que toca con golpe generador la peña de la indeterminación y de su seno saca torrentes de poesía, todo eso que con apariencias de ocasional y fortuito, pero en rigor de verdad con fines providenciales, rodea al hombre, llamado á cumplir cierta misión en el mundo, y encauza y conduce sus facultades, eso, no de la *naturaleza*, sino de la *historia* procede, y á formar la historia individual del genio contribuye grandemente. Lo diré en una frase que hace algún tiempo hube de pronunciar muy lejos de aquí, venciendo la natural repugnancia que me inspira la repetición de mis propias palabras: «El genio, como el pedernal, necesita del choque para estallar en chispas mil de intensa brillantez».

Si ese choque se produce por el amor, y si el amor sacude el corazón de un poeta, brotará luminoso el fuego de la inspiración y se hará la luz en el alma del bardo conmovido,

y de armonías inefables serán llenos los espacios del arte.

La ambición, el orgullo, el ansia del poder y de dominio y hasta el odio y la envidia son sin duda fuerzas pasionales que dirigen y á veces glorifican las obras humanas. Pero de ninguno de esos móviles é inspiraciones recibe la poesía el tributo de ternuras y suaves rendimientos que del amor obtiene; ninguno de esos manantiales allega al cauce de la belleza literaria las corrientes de suprema hermosura que del amor derívanse dulces y copiosas. Los hombres sujetos á la acción de aquellas pasiones pecan siempre ó por falta de conciencia ó por sobra de cálculo; sólo el amor bien sentido canta con afinación y agita con templanza las cuerdas del sentimiento.

Con cualquiera de aquellos agentes hay bastante para renovar ó desquiciar el mundo; el mundo del arte sólo se conmueve bajo el imperio de los númenes del amor. Leyes, conquistas y adelantos materiales lógranse con aquéllos; suspiros, endechas, gemidos, halagos y caricias sólo brotan de las liras por el amor pulsadas. Quien no ama no puede ser poeta.

Francisco Petrarca amó, y amó con entrañables ardores.

¿Cuál fué su musa? ¿Vivió en realidad la hechicera Laura á quien invoca abatido en sus dolientes rimas ó fué una mujer ideal hechura de su imaginación poética, un tipo metafísico concebido para alimento de su genio, impalpable como una visión y espiritual como la idea creadora? ¿Pertenece á la región de los ensueños, ó vistió carne de mujer y con sus encantos femeninos unció el alma del poeta al carro triunfal de sus peregrinas excelencias?

La crítica histórica ha estudiado con merecido detenimiento el interesante problema, y en sus conclusiones hay veredictos favorables á las dos encontradas hipótesis.

Por una parte, el carácter sacerdotal del poeta de Arezzo, pues consta como hecho probado que recibió órdenes en el Franco Condado después de su viaje por Flandes, y que sirvió de capellán á Roberto de Anjou en su corte de Nápoles, por quien fué espléndidamente regalado con un regio.

traje que ostentó en el Capitolio de Roma en el acto de su coronación el día 8 de Abril de 1341; por otra, la exquisita castidad y angelical candor de sus amores, tales como aparecen sentidos en sus canciones y sonetos, abonan en cierto modo la solución negativa, despojando de corporeidad á su encantadora musa.

Pero si bien se mira, ni la condición eclesiástica, que nunca fué título de inmunidad contra las pasiones, antes, al contrario, parece merecer de ellas mayores requerimientos, pues, como dice la Escritura, al espíritu del mal es más acepta y grata la carne consagrada, ni la pureza de la amorosa afección del trovador-sacerdote implican necesariamente la idealidad de su musa. ¿Por qué se ha de tener por imposible el amor casto? ¿Por ventura no hay amores, y no los ha habido en todo tiempo, que en nada se parecen á los instintos sexuales de la bestia? ¿Acaso no es el alma la que goza y sufre, triunfa y padece, canta y llora las rimas petrarquistas? ¿Por qué, pues, no admitir como cosa cierta que la estola sacerdotal permaneció blanca como el armiño allí donde el alma vivió inmaculada y limpia?

La hipótesis se convierte en tesis demostrada cuando se advierte en todo el proceso poético de los amores de Petrarca el aislamiento y la falta de comunicación verbal con su Laura inspiradora, á que el poeta vivió siempre condenado, tanto por el recato de la dama como por la honestidad del presbítero. Nada hay en sus endechas que no revele ese apartamiento corporal; todo indica claramente que jamás cruzó la palabra con su amada, ni mantuvo con ella otras relaciones que las simplemente espirituales que por su parte había contraído, sin esperanzas de correspondencia ni propósito de conquista, ni siquiera con deseo de que fueran conocidas por Laura sus delicadas inclinaciones.

Ni aun en sus *Triunfos*, donde cantó la apología de la belleza de Laura, deja ver Petrarca el menor indicio de comunicación con la mujer amada. *Triunfos* denominó á aquellas suavísimas expansiones de su alma herida, y en verdad que triunfos merecen llamarse los sentimientos que las provocaron, no sólo porque en ellos palpita la victoria

de la hermosura que del plectro arranca dulcísimos acordes, mas también porque en el fondo de aquellas lamentaciones y loores descúbrese admirable el vencimiento heroico de la virtud sacerdotal y la discrecional derrota de toda insania que mancillar pudiera la blancura de la honesta pasión.

De sus poesías y de lo escrito por Sade en sus *Memorias sobre la vida de Petrarca* infiérese que ese amor unilateral tuvo por todo parto la furtiva contemplación de la gentil dama de la Provenza cuando acudía al templo ó cuando, envuelta en el perfume de los dorados limoneros, paseaba sus ocios por el parque del castillo que en Avignon habitó y adonde llegaban tímidas y dulces las miradas de Petrarca, propietario y morador de una heredad vecina que para el servicio de su amoroso culto había adquirido. Y por cierto que esa soledad de su pasión y el carácter de ese homenaje silencioso y clandestino hicieron brotar las más tiernas quejumbres, las notas más melodiosas de su lira ultramundana.

La fama de la hermosura y de las virtudes de Laura voló por toda Europa en alas de los versos de Petrarca, y sábese de cierto que, hallándose de paso en Avignon el heredero del trono de Alemania, Carlos de Luxemburgo, como mostrara deseo de conocer á la célebre señora, fuéle presentada en compañía de las más aristocráticas damas de la capital pontificia, y añade el historiador que relata el suceso que el Príncipe admiró sus hechizos, «besándola en la frente y en los ojos».

Á mayor abundamiento, dícese que un amigo de Petrarca, Simón de Siena, ha dejado entre las pinturas que de él se conservan en Avignon rasgos de la fisonomía de Laura, en quien parece hubo de inspirarse más de una vez, y hasta se asegura que el mismo pintor hizo el retrato de la famosa dama, del cual no quedan hoy sino las reproducciones que aparecen en los grabados con que los editores han adornado las obras de Petrarca, sin que los más curiosos investigadores hayan podido dar hasta ahora con el apetecido original. También se conserva en Florencia un bajo relieve que, en opinión de muchos, fué de la pertenencia del gran poeta,

y en el cual dejó el cincel esculpida la efigie de la bella Laura.

Y ya que de retratos y pinturas hablo, quiero citar una que encierra, para mí el más perfecto simbolismo de los amores de Petrarca. Sentada sobre el verde césped de una pradera próxima á la fuente de Voclusa, Laura departe afectuosamente con varias aldeanas de su edad.

En segundo término y entre un montón de piedras sombreadas por añosos árboles se destaca la silueta de un hombre vuelto de espaldas al grupo de mujeres y cubierto de negra vestidura.

Á mi entender, en ese cuadro aparece gráficamente expresado el amoroso misterio de la pasión de Petrarca. Laura, tranquila á fuer de candorosa é ignorante de los sentimientos que sus perfecciones han despertado, goza plácidamente de la brisa de la tarde y aspira las fragancias del campo y se abandona á la franqueza con sus compañeras de recreo, mientras el pobre clérigo acecha la ocasión de tributar á su deidad poética las mudas ofrendas que en cautelosas miradas quiere enviarle. La posición en que aparece pintado el vate significa también el respeto del artista hacia el sagrado arcano de aquel espíritu superior que ama como ángel y se resigna, como digno ministro de Dios, á las torturas de un amor sin esperanza. Indica igualmente que el sacerdote no puede contemplar á su amada sino resguardado por las celosías del pudor y pónelo de espaldas como para demostrar que es tan honesto su amor y tan puras sus vehemencias, que ni aun el rayo visual de la dama necesita tocar sus ojos, y que bástale la proximidad de su persona y la armonía de sus palabras para sentir sano y espiritual deleite. ¿No es verdad que tal alegoría conmueve y hace sentir hondamente las angustias y anhelos del poeta?

Pero todavía hay otra prueba, la más concluyente, de la existencia real de Laura: es una preciosa confesión del poeta que releva á la crítica de más investigaciones y falla definitivamente el pleito sostenido acerca del carácter ontológico de la celeberrima musa de Petrarca. Ese valioso documento, de cuya autenticidad no cabe la menor duda, es una nota

manuscrita en latín por Petrarca al margen de una página de su *Virgilio*, libro que perteneció cerca de veinte años á la Biblioteca Nacional de París y que hoy se conserva en la Ambrosiana de Milán. Vertida literalmente á nuestra lengua, dice así la nota:

«Laura, ilustre por sus propias virtudes y largo tiempo celebrada en mis versos, apareció por primera vez á mis ojos en los albores de mi adolescencia el año del Señor 1327 el día 16 del mes de Abril en la iglesia de Santa Clara de Avignon; pero el año 1348 aquella purísima luz fué arrebatada á la vida mientras que yo estaba accidentalmente en Verona (¡ay de mí!) ignorante de mi desgracia. La triste nueva llegó á mí en Parma por mediación de mi querido Luis el mismo año el 10 de Mayo. Aquel castísimo y hermoso cuerpo fué colocado en la iglesia de los Hermanos menores el día mismo de su muerte por la tarde.»

Este insuperable testimonio prueba, en su sincerísimo y cordial estilo, además de la realidad de Laura, el espiritualismo de aquel amor que fué para Petrarca la fuente de dolorosas delectaciones y que se ofrece á la posteridad con todos los atributos de lo venerable, como el fuego sagrado que encendió en el alma del poeta la hoguera de la inspiración lírica.

Mucho han discutido los eruditos sobre el nombre y la familia de Laura después que el descubrimiento de la confesión de Petrarca cerró la puerta á toda disputa relativa á la existencia real de la famosa dama. El padre Costanig intenta demostrar en su *Musa de Petrarca* que «la dama ideal del poeta fué Laura de Baux, de la casa de Orange». En una obra de autor anónimo, pero que se dice contemporáneo del bardo, impresa en 1471 y titulada *Vida de Petrarca*, afirma-se «que Laura no era casada, que se llamaba Laureta, que habitaba en un castillo cerca de Avignon, que fué la musa de Petrarca, que permaneció casta, en tanto que el poeta desoyó las exhortaciones del Papa, que le suplicaba se casase con ella, temeroso de ver disminuir su amor». De esta opinión participa Veliutello, que en sus asiduos trabajos arqueológicos se dedicó á probar las tesis transcritas.

La misma nota original de Petrarca dice lo bastante, sin embargo, para tener por cierto que su Laura, nacida en Avignon, fué hija de Audiverto de Novés, noble caballero y señor de luengos dominios en el referido condado, y que contrajo matrimonio con Hugo de Sade en 1325.

Desautorizado por el propio Petrarca el testimonio del padre Costanig, según el cual Laura fué enterrada en las Galas, el lugar de la sepultura que en la dicha nota se menciona es el mismo que corresponde á la señora de Novés, sin que esto sea negar que los restos de Laura de Baux reposen en la tumba señalada por aquel historiador. La fecha que Petrarca cita en su nota como la correspondiente á la muerte de Laura pertenece á un período luctuoso en los anales de la ciudad de Avignon, en cuyos días la peste se cebó cruelmente en los moradores de la corte papal, y en cambio la fecha de la muerte de Laura de Baux no coincide, que yo sepa, con la indicada por Petrarca.

Las perfecciones corporales y las virtudes de la Laura celebrada por Petrarca concurren en la persona de Laura de Novés y hasta las dos fechas del matrimonio de la dama y de la ordenación del poeta parecen revelar claramente una íntima relación entre los dos sucesos, suministrando una íntima prueba de la identidad que aquí se pregona. Porque, en efecto, cuando Petrarca vió por primera vez á Laura el día 16 de Abril de 1327 en la iglesia de Santa Clara de Avignon, hacía ya dos años que Laura era esposa de Hugo. Sin duda este lazo conyugal que para málaventura de Petrarca había unido indisolublemente á otro hombre la persona de su amada decidió al poeta á abandonar aquellos lugares y emprender el viaje á que antes me he referido, y que duró ocho meses, al cabo de los cuales, y tal vez atormentado por la nostalgia del dolor amoroso, vuelve á Avignon y recibe las sagradas órdenes.

Por muy profunda que sintiera la vocación al estado eclesiástico, si es que la sintió antes que el amor y que la imposibilidad de santificarlo con el matrimonio, no es probable que pasión tan viva como la que Petrarca alimentó fuera domada por el fervor religioso hasta el punto de renunciar á

la suprema felicidad, que tan fácil y legítima se le hubiera ofrecido á no estar ligada la señora de sus pensamientos en conyugal y perpetuo consorcio. Ni es verosímil tampoco que habiéndola conocido soltera, por desoir los consejos del amor, necesitase que el Papa tratara de moverle con sus exhortaciones á recibir el *magno sacramento*, como gratuitamente afirma el autor anónimo de la *Vida de Petrarca*. Más cuerdo es pensar que, condenado á sufrir la eterna pena de una separación que el matrimonio de Laura había decretado anticipadamente, y no habiendo en el amor humano ningún objeto que compensar pudiera aquel tesoro de antemano perdido para sus anhelos, dejárase guiar obediente por su antigua vocación ó sintiérala de súbito despertar en su pecho adolorido y á ella cediera como indirecta pero entera consagración de su alma á aquella beldad inasequible, á aquella *purísima luz* que en una mañana de primavera y bajo las bóvedas del santuario bañó sus ojos asombrados.

La muerte de Laura acrecentó la melancolía del infeliz sacerdote, y de ella es muestra elocuente el tono elegíaco de sus versos posteriores cuando desde la riente ciudad que dió cuna al autor de las *Geórgicas* contemplaba su pasado y sentía en derredor el vacío en que se agotaba su vida, ya sin brújula y sin norte.

Ni los honores ni las prosperidades materiales fueron parte á curar las heridas que de su amor desesperado recibiera. El grato y ambicionado laurel con que por iniciativa del Senado le coronó el Rey de Nápoles no fué, como en otros casos, el complemento de una felicidad bien ganada, sino la verde orla del dolor que á su rostro se asomaba. Á su retiro de Mantua fué Boccacio como representante del Senado de Florencia á ofrecerle el rectorado de la Universidad, y sólo aceptó la restitución de sus bienes. Pontífices y reyes le distinguieron con su confianza; pudo ser un valido en la corte ó un príncipe en la Iglesia, y prefirió vivir obscuro y tranquilo saboreando las amarguras de su amor. Y como si este sentimiento llenara por completo su alma y sus potencias todas, al cabo de su vida cedió á Venecia su abundante biblioteca, donación que fué correspondida por la república

obsequiando al poeta con un palacio, en uno de cuyos salones sus servidores encontraron un día su cadáver con la cabeza inclinada sobre un libro abierto.

Así acabó aquella vida fecundísima: ¡tan repentinamente como empezara el amor que la embelleció dándole tortura!

Laura, como la Fornarina y Beatriz de Cenci, es la colaboradora de un genio. La misión de estas mujeres singulares, que así avivan la llama de la inspiración en los predestinados del arte, gana para su nombre celebridad y para sus bellezas y virtudes la veneración que inspira lo providencial.

No es justo cuando se habla del artista prescindir de su numen, ni separar en las póstumas memorias la musa que inspira del poeta que canta. Es un derecho participado el de esas mujeres. Por eso sonarán siempre juntos los nombres de Rafael y la Fornarina, Beatriz y Dante, Laura y Petrarca, cuyos amores representan los místicos esponsales de dos almas que luego celebran sus nupcias en el cielo.

### XXX

# LA ORGANIZACION DEL TRABAJO <sup>(1)</sup>

---

Distribuidos en tal forma los trabajos, y dada esta diversidad de los mismos, sus distintas intensidad y cualidad, su mayor ó menor atracción, no podrán, justa y racionalmente, ser retribuidos de igual modo, pues haciéndose así, aparte de la falta de equidad que entrañaría el remunerar con igualdad absoluta faenas tan desemejantes en sus condiciones, se daría lugar á que á los más agradables, sencillos y ligeros afluyesen los trabajadores, mientras que carecerían de ellos los de caracteres opuestos, y, ó quedarían éstos sin que hubiese quienes los ejecutasen, con daño evidente de la sociedad, ó faltando al principio sancionador de la libre elección de las faenas, los poderes sociales tendrían que compeler coactivamente á su desempeño, y entonces se anularían todas las ventajas atribuídas al sistema.

Mr. Benito Malon reconoció esta dificultad, y procuró resolverla, verificándolo del modo que aparece en el siguiente pasaje: «Naturalmente será distinta la tasa de las retribuciones. Suponed al trabajo *sencillo* valuado en diez por hora de aplicación; la hora del *calificado* valdrá doce, la del *penoso* quince, la del *peligroso* veinte, y así sucesivamente. El trabajador que haya pasado por el aprendizaje ó la educación en común de los diversos trabajos de su elección, podrá escoger con pleno conocimiento de causa los oficios que más le agraden y alternar en sus faenas, porque se habrán revelado sus aptitudes y se habrá fijado su gusto; aptitudes y gustos que podrán ser múltiples, porque, según dice Jorge Renard en sus hermosos escritos sobre la Francia contemporánea, cualquiera podrá pasar sin trabajo de un oficio á otro, pues como

---

(1) Véase la pág. 635 del tomo anterior.

todos habrán estudiado prácticamente la mecánica, un hombre inteligente lo mismo sabrá conducir un arado de vapor que dirigir una sierrería, y podrá indiferentemente tejer ó hilar». Así, pues, se organizará el trabajo de modo que se varíe el esfuerzo con mayor provecho del individuo y de la sociedad».

Ampliando esta serie de consideraciones referentes á la organización del trabajo con arreglo á la reforma colectivista, tal cual la comprendía, organización que tendría como base esencialísima, sin la cual se derrumbaría todo el sistema, la instrucción profesional teórico-práctica, y como condiciones también precisas la libre elección de los oficios, la clasificación de las faenas según su intensidad y cualidad, la alternativa en las mismas, la relativamente corta duración de las jornadas y la graduación en la distribución de los productos atendiendo á las condiciones más ó menos favorables del trabajo, aduce, á modo de esclarecimiento del sistema, otras consideraciones, algunas de las cuales debemos transcribir, pues sirven al mejor esclarecimiento de aquél. «Hoy los obreros del campo—escribía—y los obreros de la ciudad forman dos categorías separadas; en nuestros tiempos se confundirían formando una sola. Uno que haya trabajado tres meses de invierno en una fábrica, irá en el verano á realizar las faenas de la recolección para saturarse con el aire sano de los campos bajo los calurosos rayos del sol, y durante este tiempo será sustituido por el campesino, cansado de la calma de los bosques y los prados, y deseoso de reavivar, con la vida fulgurante de los grandes centros, su espíritu entorpecido. De tal modo se establecerá entre las ciudades y las aldeas una circulación perpetua de hombres y de ideas y un cambio fecundo de servicios voluntarios.» Como se ve, esta parte del sistema orgánico colectivista tiene bastante semejanza con lo propuesto por algunos de los *utopistas* del primer tercio del siglo XIX, y más aún con las ideas que nuestro gran Campanes desarrolló en sus magistrales discursos sobre la educación y la industria populares, discursos en los que preconizó y demostró la conveniencia de que las industrias agrícola y fabril se correspondiesen y auxiliasen, de que las faenas de la una

alternasen con las de la otra, de que el labrador se ocupase también de las operaciones fabriles.

¿Qué se hará de las profesiones liberales? ¿No vendrán á ser objeto de violentísima competencia? Hé aquí otro de los particulares en cuyo estudio se detuvo Mr. Benito Malon por surgir de él una de las cuestiones relacionadas con el régimen colectivista del trabajo, y á la que debía buscarse solución. Entiende que del planteamiento de tal régimen nada tendrán que temer los que se dediquen á las llamadas profesiones liberales, «porque no teniendo ya la maternidad social repugnantes é injustificadas preferencias que son la vergüenza de la sociedad actual, cada uno ocupará su puesto, exámenes anuales severos detendrán el paso de una clase á otra de los discípulos que por falta de inteligencia ó de aplicación sean reconocidos como incapaces de seguir cursos más elevados, y de ese modo se hará una selección en cada grado que deba franquearse, y la situación superior vendrá á ser el lote, no de los que puedan pagarla, como actualmente en lo general sucede, sino de los que sean más capaces de aprovecharla; no habrá ya hombres de genio sofocados en germen por la miseria, no ya padres ricos que se obstinen en transformar en abogados, en profesores, en sabios, á torpes que habrían sido muy buenos labradores, no maestros condenados á la triste labor de hacer germinar en un suelo ingrato la simiente sagrada de la ciencia, y establecerá entre todos los hombres una división equitativa de funciones, conforme con las inclinaciones de la naturaleza, puesto que la libertad de las vocaciones será la gran distribuidora de las faenas». (Jorge Renard.) Y estas faenas no estarán divididas en nobles y despreciables, pues el socialismo «proclama la equivalencia de las funciones, y de ese modo se evitará el vehemente deseo de las profesiones más honrosas ó ventajosas, toda vez que las ventajas serán equitativamente proporcionadas, y todos los trabajos honrados y enaltecidos».

Examinando bajo otro aspecto, pero enlazado con el anterior, el mencionado problema, decía: «En esta ordenación racional de las actividades, ni las investigaciones científicas, ni la literatura, ni el arte serán sacrificados. El Estado, siste-

máticamente y para el bien común, estimulará las primeras, y en lo que se refiere á la literatura y al arte, cesarán de ser el oficio de algunos, pero su cultivo se hará fácil á los bien dotados, habiéndose, por una parte, universalizado la instrucción, y, por otra parte, abreviado y aligerado el trabajo manual y retribuído lo bastante para permitir al trabajador dar libre curso á sus facultades y subvenir á los gastos que al efecto le sean indispensables».

Refiriéndose á otra objeción que se le podría hacer, esto es, á la de quién determinará la cantidad del trabajo necesario, se expresaba así: «Carlos Kantzky ha respondido en la *Revista Socialista*. Suponiendo la completa nacionalización del trabajo, Kantzky ve al Estado socialista formando un presupuesto en vista del consumo previsto y de la producción necesaria. Las comisiones de estadística, dada la suma de las necesidades de la nación, hacen el cálculo, procurando hacerlo con exceso, á fin de que si la recolección es mala no coja desprevenidos, y poder reunir un fondo de reserva para los años estériles. Saber el número de horas de trabajo que requiere la creación de toda esta riqueza, y saber también el número de trabajadores, y por consiguiente, poder determinar la jornada mínima que cada uno debe á la sociedad, y al mismo tiempo la parte que corresponde á cada cual de la suma de los productos y que es igual á la suma de sus horas de trabajo: á esto podemos llamar su *parte normal*, que siempre será superior á lo que es necesario para vivir, y como muchas cosas son aseguradas gratuitamente, no hay que temer un retorno á la miseria».

Tal es, brevemente expuesto, y tan sólo en sus rasgos más característicos, el plan ó sistema de organización del trabajo patrocinado por el distinguidísimo escritor Mr. Benito Malon, y que responde á las ideas del socialismo colectivista moderno. Adolece, como toda obra humana, de bastantes imperfecciones; pero no ciertamente de muchas que señalan los nada imparciales críticos de la escuela economista histórica. No es un plan que inmediatamente puede plantearse; pero tampoco es un sueño, una utopía. Desde luego, y comparado con la generalidad de las anteriores concepciones de igual

índole, acusa un verdadero progreso. Precisa, conforme su mismo autor reconoce, de un más ó menos largo período de preparación; precisa de reformas previas inspiradas en el colectivismo práctico; precisa de la universalización de la educación integral y de las enseñanzas científicas y de aplicación á las artes y á las industrias, ó sean profesionales; y, por último, precisa del abandono de costumbres y de usos, de prejuicios y de tradiciones cuya subsistencia sería un entorpecimiento.

Es, pues, un sistema muy razonable y por modo cierto infinitamente más humanitario y mejor que el régimen que hoy gobierna las industrias y rige la producción.

### III

Mayor resonancia que el anterior sistema ha tenido el formulado por Mr. Jorge Renard, que tan alto puesto ocupa en el mundo científico por sus relevantes dotes y sus profundos conocimientos. Sucesor de Mr. Benito Malon en la dirección de la *Revue Socialiste*, llenó en ella cumplidamente el vacío que éste dejara. Dentro del socialismo su significación es grandísima é importante el influjo que ejerce, y fuera de él es considerado como uno de los representantes más ilustres del movimiento reformista contemporáneo. Su nombre, traspasando las fronteras de su patria, es conocido hasta por las personas de más corta ilustración, no ya de la vieja Europa, sino de los otros continentes, y conocidísimos también, y estimados en todo su efectivo valor, los diferentes y bien pensados escritos, en lo general notables y aun originalísimos, que ha dado á luz.

No es nuestro propósito, ni podía serlo dado el alcance de este estudio, hacer el análisis de sus producciones y apreciarlas en sus distintos extremos. Únicamente nos ocuparemos, y eso con la brevedad de que no podemos prescindir, de aquellas partes más directamente enlazadas con la organización del trabajo, dando á conocer también algunos de los juicios que han merecido á distinguidos escritores á quienes, aten-

diendo á las escuelas á que pertenecen, no se tachará de parcialidad en su favor. Mr. Jorge Renard ha expuesto principalmente sus ideas en el trabajo que con el epígrafe de *Le régime socialiste* publicó en el año 1897 en la importantísima revista que dirigiera, y que reprodujo en notabilísimo libro. Este trabajo será, pues, el que tengamos á la vista.

Como preliminar, y en cierto modo como base, de su sistema de organización económico-social y del trabajo, hace un compendioso examen del régimen actual que, en lo general, aprecia y critica con tanto acierto cuanto exactitud, considerándole en sus elementos constituyentes y en los nada gratos efectos que produce. «Hoy los diversos oficios—dice—son elegidos por gentes que rara vez pueden escogerlos libremente. Verdad es que los hijos de los ricos pueden consultar sus preferencias, inclinándose de ordinario hacia las llamadas profesiones liberales, cuando no se limitan al cómodo oficio de vagos. Si tienen mediana capacidad, se elevan fácilmente con la ayuda de su dinero y de sus relaciones hasta aquellas ocupaciones que en teoría exigen saber é inteligencia. Pero en cuanto á los otros, á los que han tenido la desgracia de nacer pobres, las cosas suceden de distinto modo: los unos, gracias á notables aptitudes, auxiliadas por casualidades felices, conquistan con grande lucha un puesto entre los herederos de la clase directora; los otros, por la flexibilidad de su espinazo, por su entrega servil á los intereses de los poderosos, llegan á *hilvanarse* posiciones consideradas, bien retribuídas y poco penosas. Los que no poseen nada son forzados, bajo pena de muerte, á aceptar las faenas duras, repugnantes y denigradas por los buenos caballeros y las buenas señoras de blancas manos. Hijos de proletarios, con excepción de ocho ó diez por mil, y tal vez menos, están condenados desde que nacen al trabajo que embrutece y mata, pues no tienen respiro ni esperanzas de una comodidad tardía y de una vejez tranquila. Aunque se requiere que la retribución sea proporcionada á la fatiga y al peligro, bajo el pretexto de que los muertos de hambre son aún bastante dichosos al encontrar trabajo, se les retribuye lo menos que se puede, y la sociedad aparece una vez más constituída á es-

paldas de la justicia, puesto que los mayores productos, fuente de los mayores goces, corresponden á los que hacen menos, mientras que los salarios del hambre son el lote único de los verdaderos creadores de la riqueza social.»

¿Puede calificarse de inexacta ni de exagerada esta pintura de la organización económico-social de nuestros días, y de la vida y manera de ser de las clases que constituyen los pueblos? En manera alguna; y tanto es así que, no ya los socialistas, desde los *cristianos*, con el sabio León XIII á su cabeza, hasta los que forman la extrema izquierda de la *democracia social*, hasta los *libertarios*, sino los economistas de la moderna escuela *crítica*, y aun los mismos que no se atreven á desprenderse del *clasicismo*, reconocen más ó menos explícitamente ser efectivas las injusticias y desigualdades, y no menos ciertos los males, en bastante, si no en todo, resultado de aquéllas, males que pesan sobre la inmensa masa del pueblo, que determinan un estado moral tristísimo, y que dan un carácter de gravedad suma á los problemas planteados primeramente en el terreno de las ideas, y después en el de los hechos, agitando y conmoviendo todas las capas sociales, y haciendo temer, aun á los más optimistas, violentas sacudidas y generales y terribles conflagraciones, si no se conjuran por el único medio como las tempestades sociales pueden disolverse, ó al menos atenuarse, por la abolición de las injusticias y la satisfacción de las generales aspiraciones.

«La crítica de lo existente—añade Mr. Renard, y en tal forma comieza la exposición de su sistema—nos enseña lo que no debe existir en un régimen socialista. Indudablemente se precisa que se realicen todos los trabajos necesarios á la vida de la sociedad, y que todo el mundo tenga la obligación y los medios de trabajar. Pero al mismo tiempo es indispensable que cada uno tenga en la elección de su trabajo, y también en el trabajo, el máximo de libertad compatible con la ejecución de las faenas ineludibles. Y es preciso igualmente que la remuneración, que obra á modo de estimulante sobre las perezas posibles y probables, compense las desigualdades de atractivo de las diversas profesiones. Para conseguirlo son las siguientes las principales medidas que

La razón sugiere. Primeramente, cada adulto (el niño está dispensado de todo trabajo productivo) deberá inscribirse en un cuerpo de oficio, siendo para esto resucitada y completada la ley ateniense que exigía que cada ciudadano hiciera conocer á los magistrados sus medios de existencia. La elección de la profesión será libre, no teniendo cada cual sino que consultar para ello sus gustos y sus aptitudes, y permitiendo la educación integral dada á los niños hacer la elección con pleno conocimiento de causa, sin que sea necesario decir que cada cuerpo de oficio estará ampliamente abierto, pudiéndose entrar y salir en él cuando se quiera: de ningún modo se trata de restablecer las corporaciones cerradas y privilegiadas del antiguo régimen. Todo cuerpo de oficio tendrá una organización autónoma, con la única reserva de respetar la ley fundamental de la sociedad, que es la de someter al voto de los interesados todo cuanto les afecte, reglamentos, nombramientos de director, subdirector y jefes superiores é inferiores de las distintas empresas.»

En esta parte del sistema organizador del trabajo patrocinado por Mr. Renard, y que en sus rasgos culminantes tanta semejanza tiene con el de Mr. Benito Malon, lo cual es muy natural toda vez que responde á los mismos principios y persigue iguales fines, se encuentra también la contestación á las gratuitas aseveraciones de los economistas-individualistas, de que con las doctrinas y conclusiones del socialismo quedaría por completo anulada la libertad del trabajador, y que éste, cual acontecía en algunas de las pequeñas sociedades comunistas, y cual acontece en el régimen conventual, no podría moverse ni obrar por su voluntad propia, siendo conducido é impulsado en todo por el poder social, y quedando muy atrás el régimen de los antiguos gremios en sus postrimerías.

Pero sigamos la exposición del sistema. «Respecto á la remuneración—dice Mr. Renard ocupándose de esta cuestión, que es una de las más importantes y de las más difíciles de resolver en el orden económico,—como no puede ser igual para todos, habrá que establecerla con arreglo á un principio fijado por la sociedad y equivalente en todas las partes del organismo económico, sin más excepción que la de sujetar á

ciertos cuerpos de oficios á una organización particular, y en esto me refiero á los encargados de los servicios públicos, servicios que podrán ser comunales, provinciales y nacionales. Por ejemplo, parece natural que el alumbrado de las calles, la policía, el servicio de salubridad, etc., correspondan al municipio; que la educación, la explotación de las minas y de los bosques, los correos y los telégrafos, los canales, los caminos de hierro y los bazares públicos entren bajo la dirección inmediata de la nación. El número de estos servicios podrá aumentarse ó disminuirse según que se haya reconocido como posible y conforme con el interés general el sustraer una actividad determinada, sea á los individuos, sea á las asociaciones. El personal necesario para la marcha regular de estos servicios podrá y deberá ser organizado corporativamente, y podrá y deberá aplicar de abajo arriba el sistema electivo. Sin embargo, no se encontrará plenamente de hecho en las mismas condiciones que los demás trabajadores; estará sometido á una fiscalización nacional, y los encargados de ejercer esta fiscalización habrán de tener, para que ésta no sea ilusoria, la parte correspondiente de autoridad.»

Esta es, en su entender, la estructura general del sistema, ofreciéndose inmediatamente dificultades que no es posible pasar en silencio. Mr. Renard examina, aprecia y resuelve de modo siguiente las que considera de mayor importancia: «La primera proviene de que los trabajos útiles á la sociedad tienen diversa fuerza de atracción. Podrá parecer más agradable ser profesor que *destripa terrones*, menos peligroso ser labrador que minero ó fogonero. ¿No es de temer que en ciertas profesiones haya plétora de trabajadores y otras estén casi desiertas? Puede responderse que los trabajadores de un oficio peligroso ó más penoso estarán directamente interesados en inventar máquinas, experimentos y simplificaciones que reduzcan la fatiga ó el peligro; que es grande la variedad de gustos; que el peligro es un excitante para muchos temperamentos; que un esfuerzo, aunque sea considerable, cuesta menos á ciertas personas que una tensión intelectual, y que por eso la desigualdad temida no es tan fuerte como se supone.

»Puede decirse también—prosigue, examinando otra difi-

'cultad sacada de la anterior—que es difícil impedir que la corriente de los trabajadores se dirija con superabundancia á un lado y con deficiencia al otro. ¿Cómo podrá obviarse este inconveniente? En cuanto á las llamadas profesiones liberales, es decir, las que son más intelectuales que manuales, puede muy fácilmente cortarse el mal. Basta elevar el nivel de los conocimientos exigibles, hacer una selección más severa, y se disminuirá el número de los elegibles, y se forzará á los menos capaces á refluir á otras profesiones. Respecto á otros oficios, la resolución es más complicada. Es imposible tratar de los medios de corregir la desigualdad en la repartición del trabajo sin hacerlo de la siguiente cuestión conexas. ¿Cómo será remunerado el trabajo? Ó lo que es lo mismo: ¿cómo se repartirán los productos? Supongamos resuelta la del aprovisionamiento, y admitamos que la remuneración de la hora de trabajo sea la base de la distribución del producto social. La consecuencia natural es que en los cuerpos de oficios sobrecargados de trabajadores, cada individuo, teniendo que suministrar menos horas de sus esfuerzos, recibirá una parte menor; como las condiciones remuneratorias ofrecidas por cada oficio serán publicadas, se producirá fatalmente entre los jóvenes que ingresen en la carrera del trabajo, y aun entre aquellos que se encuentre ser demasiados numerosos, un reflujo hacia las otras que ofrezcan mayor retribución, y después de algunas oscilaciones, tendrá que restablecerse el equilibrio por un movimiento automático, siendo conveniente advertir que este pase de los trabajadores de un oficio á otro, aunque siempre molesto para ellos, podrá realizarse mejor en un régimen socialista que en nuestros días. La educación integral habrá hecho pasar á los jóvenes por diferentes oficios, y cuando menos les habrá enseñado sus rudimentos, y á su vez el desarrollo del maquinismo multiplicará las faenas, que para los trabajadores se resolverán en operaciones casi mecánicas.»

Tales son los puntos más salientes del sistema de organización del trabajo del distinguido publicista Mr. Renard. Como el de igual carácter de Mr. Benito Malon, y como los de otros reformadores también socialistas, se aparta bastante de los que

hasta muy avanzado el siglo último vinieron ofreciéndose para cambiar los términos de la producción económica, para cambiar las condiciones de la actuación del trabajo, para colocar sobre sus verdaderas bases el regimen industrial, para conformar mejor con la dignidad humana la situación del obrero, para alejar de él la miseria, para ajustar al principio de justicia la distribución de los productos, para convertir el deber natural del trabajo en un deber grato, y poner término á desigualdades irritantes, en virtud de las cuales la consideración y los goces se atribuyen á los menos, precisamente á los que en nada ó en muy poco útil sirven á la sociedad, y las fatigas y las privaciones y el menosprecio á los que en realidad son sus miembros más distinguidos, puesto que sin ellos sería imposible su existencia. Conforme expresamos al apreciar el de Mr. Malon, diremos ahora que tal sistema se halla lejos de ser perfecto; tiene algo de idealista, se figura al hombre distinto de lo que es, y confía tal vez demasiado en la indudable eficacia de la educación integral.

#### IV

Mr. Eugenio D'Eichthal, á cuya opinión con gusto acudimos, aun cuando no coincida con la nuestra, por la seriedad y mesura que le distinguen, se expresa del modo siguiente en uno de sus notables estudios (*Socialisme et problèmes sociaux*, año 1899): «Mr. Renard piensa que por el pronto se precisa resolver dos problemas: 1.º, obtener con el minimum de esfuerzos el maximum de resultados en la producción social, el cual es un problema puramente económico, y 2.º, repartir entre todos los miembros de la sociedad el trabajo y los frutos del mismo, que es un problema esencialmente jurídico. El primero consistiría en adaptar la producción á las necesidades de la sociedad y de los individuos, arreglando aquélla en términos que se economice el esfuerzo y se aumente la cantidad de los productos. Para realizar estos dos objetivos, Mr. Renard (*Le régime socialiste*) cuenta en primer término con la estadística. «Es para ella, dice, una operación complicada,

pero no tan difícil que desaliente. Ya en la actualidad, al formar los presupuestos, se calcula una parte de las necesidades esenciales de la sociedad, y no es aventurado el concebir una extensión y al mismo tiempo una mejora de este cálculo. La producción de las cosas indispensables de la vida del individuo debe ser calculada ámpliamente, de modo que nadie tenga ya que sufrir por la falta de satisfacción de sus necesidades elementales.» Pero estas necesidades pueden ir muy lejos. Mr. Renard admite que un lujo relativo se ha hecho hoy una necesidad. Para un pueblo, como para un individuo, el refinamiento de sus necesidades es un signo de inteligencia y de delicadeza aumentada. Voltaire decía: «el superfluo es cosa muy necesaria», rasgo de ingenio que es también una frase profunda. «La tendencia de una sociedad progresiva es siempre hacer entrar más superfluo en lo necesario.» ¿Quién fijará la mayor ó menor urgencia en las necesidades? El autor conviene en que nadie es competente para trazar una línea de demarcación, y prefiere como medio práctico entregarse al juicio de todo el mundo, es decir, que «debe haber una inteligencia entre todos los interesados para decidir qué minimum de bienestar se obliga la sociedad á proporcionar á cada uno de sus miembros». Esto podría suscribirse en la constitución, y sería como una declaración de los derechos económicos del ciudadano».

Respecto al segundo extremo del problema, ó sea al consistente «en realizar en la producción el maximum de utilidad con el minimum de esfuerzos», expone M. D'Eichthal y aprecia como sigue la teoría de Mr. Renard: «Á juicio de éste, no es más difícil de resolver tal extremo que el primero. ¿No reconocen los economistas más hostiles al socialismo que el trabajo colectivo es más productivo que el trabajo aislado? «Cuando se enumeran las ventajas de la división del trabajo, cuando con razón se la presenta como el agente más eficaz del progreso de la industria, ¿qué se hace sino declarar que el trabajo parcelario, que implica colaboración y por lo tanto es necesariamente colectivo, es más fecundo que el trabajo puramente individual? Y asimismo, el elogio de la cooperación ¿no es la confesión de la innegable superioridad del

sistema que hace de la nación entera una inmensa sociedad cooperativa?» Si quisiéramos refutar aquí al autor, le recordaríamos que la dirección del trabajo no acusa sino una dirección superior del mismo, y que el socialismo tiene que demostrar que esta dirección puede realizarse mejor por una organización de Estado irresponsable que por la iniciativa privada, la que estimula el deseo de ganancia.»

Refiérese después Mr. D'Eichthal á la parte del sistema que versa sobre la *cuestión jurídica* capital, conexas con la anterior, de cuál será la distribución del trabajo entre los miembros de la sociedad, y dice que, según el escritor socialista, «la solución consistirá en la creación de cuerpos de oficios abiertos, en los que cada adulto deberá inscribirse, sin tener que consultar más que su inclinación y sus aptitudes, por permitir la educación integral suministrada á todos los niños el que, con pleno conocimiento de causa, elijan su ocupación; que todo cuerpo de oficio tendrá su organización interna, pero ajustada á la ley fundamental de la sociedad, y sometiendo al voto de los interesados los reglamentos, etc.; que estos cuerpos de oficios son los que posiblemente, bajo la dirección de una Cámara de Comercio nombrada por todas las corporaciones, deberán totalizar las necesidades que la corporación tiene el cargo de proveer, determinar el número de horas de trabajo exigido para la satisfacción de estas necesidades, y repartir estas horas entre los trabajadores inscritos». Tal es, á juicio de monsieur D'Eichthal, la estructura del mecanismo; pero—añade—el autor admite que se presentarán dificultades, que no expresamos por ser las de que ya hemos hecho mérito, y dice: «Si después de todo quedase alguna faena indispensable que no tuviese voluntarios, siempre quedaría á la sociedad el medio de ofrecer una remuneración especial ó el de hacer de tales oficios un servicio obligatorio, que sería una especie de servicio militar del que nadie quedaría exento». Comentando esta idea de Mr. Renard, dice: «¿Vale la pena de trastornar la sociedad para llegar á tal resultado? Aún sería preciso probar que podría funcionar ese régimen tal cual le concibe la *democracia social*. En cuanto á la concurrencia, supone una apreciación comparativa del valor de los servicios. Ac-

tualmente se hace por aquellos que ofrecen ó solicitan los servicios, y es la que se denomina ley de la oferta y la demanda. En el régimen socialista desaparece esta base del valor, siendo necesario sustituirla con otra. Mr. Renard reconoce la dificultad del problema. No podemos seguirle en la sutil argumentación gracias á la cual cree conseguir eliminar de la fijación del valor los artículos de gran consumo, el elemento *menester*, para no dejar subsistir sino el factor *trabajo*, lo cual tendría por efecto el que el valor de las cosas estuviese en relación con lo que costaran. La palabra *donable* que emplea indica que reconoce que en realidad no sucede así. Pero aun admitiendo que tal deseo se satisficiera, todavía sería preciso determinar el trabajo. ¿Se mediría por la duración, ó por lo que Mr. Renard llama *penabilidad*?» La duración es un elemento demasiado grosero é incompleto, puesto que varía por razones absolutamente independientes de la buena voluntad de los trabajadores, y en cuanto á la *penabilidad*, no es fácil determinarla. Mr. Renard propone para elegir dos sistemas, el uno de los cuales consistiría en suprimir la dificultad y en considerar que una hora de trabajo vale lo que otra hora de trabajo, cualesquiera que sean el contenido y el resultado de una y otra. Admite esta solución, aunque á primera vista pugna con nuestros hábitos y con la idea que tenemos formada de la justicia, pero indudablemente tiene méritos, siendo posible que las generaciones venideras encuentren natural el que la retribución de la hora de trabajo sea igual para todos». Entre tanto no satisface á las generaciones actuales; necesitaría una incesante intervención de la autoridad social á fin de impedir la superabundancia de candidatos á las profesiones en que la hora de trabajo fuese menos penosa.»

Considerando por tales motivos inadmisibles, al menos en el presente, dicha solución, presenta Mr. Renard la segunda, y al apreciarla Mr. D'Eichthal hace varias consideraciones, con las cuales daremos por terminadas estas brevísimas indicaciones del juicio que le ha merecido la obra de aquél en cuanto directamente se refiere á la materia objeto de nuestro estudio.

La nueva solución ofrecida por Mr. Renard, que la considere «más compleja, pero tal vez mejor—escribe D'Eichthal,—consiste en que la hora de trabajo sea *proporcional á la penabilidad de cada oficio*. ¿Cómo determinar esta *penabilidad*?» El autor incurre aquí en una singular petición de principio. «Me parece, dice, que la penabilidad desigual de las diferentes profesiones puede evaluarse por el atractivo desigual que ejercen sobre los miembros de la sociedad. La tasa de la hora de trabajo debe variar según la suma de trabajo ofrecido. Si para un oficio se presenta un número grande de obreros, bajará la tasa. Si, por el contrario, los trabajadores se ofrecen en pequeño número, la tasa subirá.» No supongo que Mr. Renard crea que ha inventado esta regla, bien conocida de la economía política y popularizada por la famosa imagen de Cobden, de los obreros que corren hacia los patronos, y los patronos que corren hacia los obreros; se aplica en la demanda de los cambios, regida por la ley de la oferta y el pedido, y se la aplica lo mismo á los brazos que á los demás instrumentos de la producción. Pero ¿cómo supone que podrá funcionar en el sistema reglamentado del colectivismo, en el que precisamente el objeto de la reglamentación debe ser, siguiendo los mismos principios que el autor establece, equilibrar los precios de modo que se eviten los detestados efectos de la concurrencia? Si es justo el mecanismo previsto por el colectivismo, la compensación se habrá hecho previamente por la autoridad social, entre la *penabilidad* de una hora de trabajo y su tasa de remuneración, de suerte que el *atractivo de la sobrerremuneración* compense con exactitud los inconvenientes ó los desagradados de la tarea».

## V

Acabamos de exponer y de apreciar, aunque no con toda a extensión que requieren, algunos de los extremos principales de los sistemas organizadores del trabajo, formulados por dos de los grandes teóricos del socialismo colectivista, por Mr. Benito Malon y por Mr. Jorge Renard, sistemas revelado-

res de la evolución realizada en las ideas de reforma económico-social en los últimos años del siglo XIX por los mismos sostenedores de las corrientes más copiosas y radicales de la escuela socialista, acusando un verdadero progreso respecto á las sustentadas anteriormente. El socialismo que podríamos decir de fin de siglo se diferencia esencialmente del de las otras épocas: vive en la realidad y no en la región de los ensueños; mira al presente y no tan sólo al porvenir; persigue una extensa serie de justificadísimas reformas como preparatorias de otras más radicales; no quiere destruir violentamente y de pronto todo el orden social existente, sino cambiarlo más ó menos paulatinamente, para llegar de un modo insensible, sin sacudidas ni conflagraciones que ningún bien producen, á la transformación completa; está saturado del sentimiento de justicia, y el imperio de la justicia es el que persigue; rechaza los procedimientos de fuerza material, persuadido de que la fuerza moral de la idea es la más poderosa, y de que á aquélla únicamente cuando no quede otro recurso puede y debe acudir, y rechaza también, como consecuencia de tal persuasión, esas fatales propagandas por la lucha, en mal hora concebidas y practicadas, que tanto han dañado la causa á cuyo servicio se ponían; no extiende tan sólo su bandera sobre los proletarios, haciéndola una bandera de clase, sino sobre los pequeños labradores y propietarios, sobre los pequeños burgueses, sobre los llamados intelectuales y en general sobre todos cuantos son víctimas de las injusticias sociales; no empapa sus escritos y sus acuerdos en un idealismo soñador cual el de los antiguos utopistas, ni en un realismo ó positivismo exagerado; hace obrar á la reflexión en primer término y sólo secundariamente á la imaginación, y busca en la ciencia su principal apoyo. Estos caracteres generales del socialismo son los que se descubren en los trabajos de que nos hemos hecho cargo, y se manifiestan igualmente en el de que, para terminar, vamos á hacer unas ligeras indicaciones.

Mr. Liebknecht, descendido al sepulcro en el año último, ha sido una de las figuras que más descuellan en el socialismo alemán, habiéndose hecho sentir su acción en el de los demás

países. Por eso sería indisculpable el que tratando de las ideas colectivistas relacionadas con la organización del trabajo no dijéramos algo, aunque sea muy poco, de las que con notable competencia y decisión sostuvo. Con verdadero interés, como era natural lo hiciese, se ocupó del trabajo y de los trabajadores en sus escritos, y acaso se apartó en ellos de opiniones autorizadísimas y bastante generalizadas.

Así aconteció en cuanto á la cuestión relacionada con los medios estimulantes de la actividad humana y á su sustitución por otros de distinto carácter. Contestando en un artículo sobre *El Estado del porvenir* á una pregunta de la revista *Cosmopolis*, escribía: «El ardor en el trabajo no tiene necesidad de que se le agujonee, sino tan sólo de una *organización*. Nos es innato; existe en cada hombre: éste debe trabajar. El trabajo, que es quien le eleva por encima del animal, es para él un imperativo categórico». «Después de esto,—decía uno de los escritores citados, Mr. D'Eichthal,—hace el autor amplias consideraciones sobre el amor de los niños á la actividad física, y sobre la utilidad social que podría sacarse—lo que Owen y Fourier habían reconocido según observa—de la influencia de la educación que en el orden socialista debe transformar por completo, bastando los argumentos para reafirmarla, sin que se comprenda que nadie se preocupa «del paso de la producción capitalista á la producción socialista».

Mr. Liebknecht decía, refiriéndose á este paso de una forma de producción á otra, «ser muy verosímil que se realice con mucha mayor facilidad que el dado desde la pequeña industria á la grande, pues los pequeños propietarios no dejarán de penetrarse de que la concurrencia les mata, y pedirán que se les libre de ella por la socialización de las tareas», y que «la organización del trabajo deberá ser conducida por un funcionamiento del mismo, que tendrá que arreglar la producción y la distribución de las mercancías por toda la extensión de la comunidad, arreglar también las relaciones con las agrupaciones socialistas exteriores, mientras que no se fusionen todas, que tratar con los países aún no socialistas, y en esta cualidad funcionar como departamento de negocios extranjeros, siendo entonces cuando dejará de haber política extranjera por-

que no habrá ni politicastros, ni militares ni diplomáticos.»  
«Hé aquí—exclama el citado publicista—á qué terreno nos conduce en materia de organización del trabajo uno de los jefes de la *democracia social*, de esta escuela que quiere ser científica, que pretende atenerse á los hechos, no ser sino la encarnación de los hechos, y alejarse de las utopías.»

Millerand, cuya significación política y cuyas evoluciones son harto conocidas, escribió (*La plataforma electoral*): «El colectivismo no es el producto de la imaginación de un soñador, ni resultado de la concepción de un filósofo, sino la constatación pura y sencilla de los fenómenos que se desarrollan á nuestra vista». Ocasión tendremos de apreciar la mayor ó menor exactitud de este aserto. En cuanto al trabajo y su organización, lo es tan solo en parte. Como de lo expuesto resulta, el colectivismo, si atiende á los hechos que se producen, atiende también á principios que pueden decirse filosóficos, y no se ha librado tampoco por completo de las influencias utopistas. Si mira principalmente á la moderna ciencia positivista, siguiendo, en cuanto le es dado, el método de observación y experimentación, adolece también algo del idealismo de sus predecesores. En este doble influjo estriba el defecto capital de sus sistemas organizadores del trabajo. La parte debida á la ciencia positivista aparece en sus reformas y medidas preparatorias; la emanada del idealismo, en sus planes para el porvenir. Así lo demuestran el sueño colectivista de Bellamy y los sistemas de Malou, Renard y Liebknecht. Esta mezcla obra, como no podía menos de suceder, desfavorablemente.

## CONCLUSIÓN

Llegamos ya al término de esta primera serie de nuestros estudios económico-sociales, en que hemos procurado exponer, condensándolas cuanto nos era dado, las opiniones más importantes y generalizadas y las manifestaciones más vigorosas, amplias y significativas, referentes á varios de los trascendentales problemas que entraña la vida de las industrias y

en general del trabajo, encerradas en la compleja y cada día más amenazadora cuestión social; cuestión y problemas que desde las serenas regiones de la ciencia, que desde el terreno puramente especulativo, han penetrado en el de los hechos, en el candente y peligroso donde las pasiones se exaltan, se agitan, se recrudecen los odios y se aumentan los recelos y las desconfianzas, y en que, movidas por diversos estímulos y por el convencimiento de que sus males tienen remedio que debe desde luego aplicarse, libran desesperado y pertinaz combate las clases sociales que constituyen el proletariado, las que á sí propias, y con razón, se califican de desheredadas, á fin de conseguir la desaparición de las injusticias, abusos y explotaciones de que son víctimas, y el cambio de su triste y precaria situación para completar la ya bastante avanzada reivindicación de sus derechos, por tantos siglos desconocidos y conculcados, para conquistar en la sociedad el puesto que les corresponde y se les usurpa, y convertirse, de clases oprimidas y menospreciadas que son, en clases consideradas en todo su valer y directoras, como en el siglo XVIII se convirtió la hoy llamada *clase media*, la *burguesía*, que, olvidando su origen y sus anteriores sufrimientos, destroza implacable á los que fueron sus hermanos, á los que como ella fueron fustigados por el látigo feudal y uncidos al carro del absolutismo regio, á los que la ayudaron en la secular contienda, y los destroza, egoísta y empequeñecida, para levantar á su costa el edificio de su poder, sin otra mira que la de acumular riquezas.

En esta contienda, que es indudable va adquiriendo tristísimos y graves caracteres, se presentan, cual principales é irreconciliables adversarios, los economistas individualistas y los socialistas que con perseverancia meritoria, con nobilísimos propósitos los más, con vastos y profundos conocimientos muchos, y aleccionados por la experiencia la generalidad, han investigado las causas efectivas de los males que afligen y agobian á la humanidad y, sobre todo, á los numerosísimos individuos que no poseen nada y necesitan para subsistir el enajenar á otros la *fuerza del trabajo*; han estudiado el problema social en sus múltiples aspectos y señalado los medios que á su entender, y bajo sus distintos puntos de vista, pueden lle-

var á su resolución acertada; medios que desgraciadamente, como emanados de principios opuestos, pocas veces se armonizan entre sí y más frecuentemente están en pugna los unos con los otros. Sin embargo, conforme habrá podido observarse, á medida que se ha profundizado y avanzado en el estudio de las cuestiones debatidas, interesándose vivamente en él la opinión pública, y tomando parte activa, no ya únicamente los estadistas y hombres de ciencia, no ya aquellos directamente interesados, sino los mismos que se habían señalado por su incomprensible y perjudicial indiferencia, han ido acortándose las distancias, cambiándose los términos y las condiciones de la contienda, y marcándose nuevas direcciones, tanto de parte de los economistas, muchos de los cuales, constituyendo nueva escuela, mitigan las exageraciones del principio individualista, rompen los moldes del vacilante manchesterianismo y renuncian á varias de las teorías que venían constituyendo parte esencial del dogma económico clásico, como de parte de los socialistas, que persiguen lo más factible, lo que mejores, más positivos é inmediatos resultados puede proporcionar, se desprenden de las concepciones puramente utópicas, renuncian á infundadas y perturbadoras exageraciones, atienden á la evolución más que á la revolución, utilizan la propaganda pacífica y poderosísima de la idea, se mueven dentro del terreno de la ley, uniendo las fuerzas dispersas y aisladas, agrupándolas en múltiples asociaciones, buscan el reinado de la justicia y el bien general, y de ese modo, con una tan prudente y tan sensata conducta, poco á poco, sin precipitaciones ni impacencias, pero sin detenerse, van acercándose á la completa realización de sus aspiraciones.

Gracias á este movimiento evolutivo y de aproximación, por el que la exageración individualista y la exageración socialista pierden fuerza, ha llegado á reunirse un fondo común de ideas y á trazarse un plan completo de reformas, base de la completa reconstitución de la vida industrial y de la organización del trabajo, en conformidad con sus naturales leyes, que con especial cuidado hemos procurado señalar, y que por haberse desconocido y conculcado, colocándose en su lugar otras

arbitrarias que, por su falsedad, de tales no pueden reputarse, se dió y sigue dándose lugar á frecuentes y desastrosas crisis económicas, á males que tan sólo á costa de grandes esfuerzos van disminuyéndose, á confusión en las ideas, causa de no pocos extravíos, á medios violentos puestos en práctica, á dificultades y entorpecimientos que equivocadamente se han tenido por insuperables, á choques entre elementos que debieran obrar armónicamente por concurrir á la misma obra, al pesimismo y al desaliento de aquellos que contemplando las nubes que se amontonan en el horizonte social, faltos de fe, escasos de energías, no comprendiendo que la marcha de la humanidad es constante, sin retrocesos, que el progreso es ley divina, que las temp·stades que nacen de la idea por la idea se disuelven, y que la historia demuestra que á las épocas más sombrías y tristes han sucedido, como no podía menos de acontecer, otras rebosantes de luz; pobres de espíritu, que, imitando á los degenerados romanos que, llenos de terror, contemplaban la irrupción de los pueblos del Norte, de la que había de surgir un nuevo mundo, una civilización más fecunda, gritan también cual aquellos, temblorosos y acobardados: ¡La sociedad perece! ¡El mundo se acaba!

Los socialistas de todas las escuelas, gubernamentales y revolucionarios, científicos ó de la cátedra y prácticos, cristianos y católicos, mutualistas, colectivistas, etc., se hallan conformes, como hemos visto, en presentar cual tristísima, cual verdaderamente lamentable, la condición actual del proletariado en general, y dentro de éste, de los trabajadores, á quienes, con razón sobrada, más consideran, y defienden con mayor interés, haciéndose eco de sus justificadas quejas, reconociendo la exactitud de sus agravios, protestando enérgicamente contra las explotaciones de que son víctimas, demostrando la conveniencia de satisfacer sus deseos, y haciendo de su causa una causa propia. Pero mientras que los unos sostienen, y sin fundamento á juicio nuestro, según creemos haber demostrado, que la existencia de esas numerosas clases proletarias, que en lugar de disminuir aumentan, es más bonancible, menos dura que la disfrutada por las mismas en tiempos no lejanos, y, de consiguiente, menos adversas las

condiciones de la lucha por la vida, otros, y entre ellos varios escritores del partido *católico social*, declaran, con la convicción más profunda, aduciendo al efecto gran número de datos y consideraciones que no dejan de ser atendibles, que como las necesidades guardan relación íntima con las exigencias de la vida social, como están enlazadas con el mayor ó menor desarrollo de la civilización, como crecen y se hacen más imperiosas á medida que ésta se desenvuelve, si las meramente fisiológicas, si las absolutamente indispensables á la conservación del individuo se satisfacen hoy en mejores términos que en las edades pasadas, en cambio las necesidades morales é intelectuales, no menos apremiantes y atendibles que aquéllas, las que pueden decirse relativas, las impuestas por la manera de ser de la sociedad, también ineludibles, pues la vida del espíritu es la que constituye la esencialidad de la del hombre, al hacerse sentir tanto las unas como la otras con intensidad mayor cada día, al imponer goces distintos que los puramente materiales, al exigir que estos goces sean menos toscos, menos rudimentarios, por decirlo así, que los de la mera subsistencia, y haciéndose, como se ha hecho, cada vez más difícil su completa satisfacción, se coloca al proletario en una situación nada grata, deplorable más bien; situación agravada por lo incierto del porvenir, por el desequilibrio entre sus recursos y sus legítimas y naturales aspiraciones, entre las exigencias sociales y la relativamente escasa remuneración del trabajo, por la contemplación del fausto y de los derroches de los protegidos por la fortuna, casi todos entregados á la ociosidad y torturas morales, más bien que sufrimientos físicos, desconocidos por el esclavo de la antigüedad, por el siervo y por el pechero de la Edad Media, por el menestralagremiado, y hasta por el asalariado y el jornalero de los primeros años del siglo que acaba de terminar.

Todos están igualmente conformes en la necesidad de hacer cuanto sea posible á fin de poner término á semejante estado de cosas; pero en tanto que los economistas *clásicos* ó *manchesterianos* lo hacen depender del respeto á la libertad en todas sus manifestaciones y del cumplimiento estricto de

las por ellos consideradas como leyes naturales, y de consiguiente universales, reguladoras de la vida económica, es decir, de las que han formulado en virtud de deducciones, los socialistas, sin distinción de matices, lo cifran en reformas y transformaciones más ó menos radicales, en una nueva organización del trabajo, en la modificación ó en el cambio de varias instituciones, organismos, preceptos legislativos, costumbres, prácticas y aun creencias en que las actuales sociedades se apoyan, y en la acción directa y constante del Estado, acción que puede abarcar, si no todas, muchas de las esferas en que se ejerce y desenvuelve la actividad humana.

Sin embargo, hay algunos reformadores radicales, como los llamados *libertarios*, desprendidos del individualismo, cuyo alcance exageran en el mayor grado, que proclaman la anulación de todos los poderes coactivos, para que colectividades iguales, independientes, armónicas y penetradas del espíritu de solidaridad, realicen el ideal apetecido, creando é imponiendo una nueva institución social que con las apariencias de libertad é independencia individuales llevadas al último grado vendría á constituir realmente el más absoluto y absorbente de todos los poderes. Y no faltan tampoco varios que, por algún escritor se han denominado *socialistas filántropos*, que ofrecen como panacea la beneficencia general, no esa beneficencia ciega é inconsciente que más bien atiende supuestas y engañosas miserias, fomentando la holganza y estimulando indirectamente el vicio, ó crea asilos que por lo regular y con razón inspiran repugnancia, sino la inteligente y bien dirigida, que no degrada ni acobarda á los que son objeto de ella, uniéndola á la resignación y á la conformidad del desvalido. beneficencia que con todo no puede constituir una salvación, siendo más bien un letitivo.

Unos, defensores apasionadísimos de la libertad, encuentran la solución del problema en el libre ejercicio de todas las funciones, de todas las manifestaciones de la voluntad individual, sin otras limitaciones ó restricciones que las consiguientes al respeto mutuo del derecho, no necesitando, á su entender, el trabajo de otra organización que la absolutamente precisa para evitar el conflicto ó el choque de los derechos,

ni debiendo intervenir el Estado sino para evitar que se llegue á la lucha antijurídica, para impedir sus efectos dañosos si llegara á producirse, para evitar que á la sombra de la libertad el fuerte oprima al débil, para estimular las actividades individuales siempre que el estímulo necesiten, y para suplir sus deficiencias cuando el individuo ó la asociación particular no puedan llenarlas: no llegan al *laissez faire, laisser passer* de los antiguos *fisiócratas*; pero tampoco admiten la ingerencia del Estado en toda la extensión que, por ejemplo, los *socialistas de la cátedra* y los *autoritarios* le conceden.

Otros, confiando muy poco en la acción é iniciativa individuales, sea aisladas, sea en asociaciones libres y voluntarias, confieren al Estado una intervención constante, directa y acaso demasiado minuciosa en la vida y manera de ser del trabajo, hasta en lo más íntimo de la existencia del trabajador, considerando á aquél como verdadera función social, y llevan la tutela de la sociedad hasta el extremo de imponer al obrero reglas de conducta, de clasificar y fijar sus actos en el orden económico, de imponerle la previsión, etc.

Algunos llegan, en su oposición y odio al régimen actual, hasta el punto de presentar como desiderátum la *anarquía*, la negación de todo poder, cualquiera que sea su origen, entregando la dirección y el funcionamiento de la sociedad á la *buena naturaleza humana* y prometiéndose con ello el más completo y universal *altruísmo*. Y no pocos, pronunciadamente *eclécticos*, recogen de todos los anteriores sistemas y teorías aquellos principios, medidas reformadoras, desenvolvimientos encaminados á la aplicación práctica, disposiciones de carácter reglamentario, etc., etc., que conceptúan más aceptables y susceptibles de adaptación al medio ambiente social, formando con tales elementos un conjunto sistemático que á primera vista parece ser el más factible, pero que acaso, si llegara á plantearse, justifique la fina y aguda crítica que del eclecticismo en el orden político hizo ya ha bastantes años el consecuente y honrado demócrata D. José María Orense, tan distinto y tan superior á los politicastos profesionales, causantes de todas las desgracias y vilipendios de la patria española.

Owenistas, fourieristas, sansiminianos, igualitarios de Babeuf, humanitarios, comunitarios, comunistas, colectivistas, metodistas, socialistas de la cátedra, cristianos, etalistas, anarquistas, y tantas y tantas escuelas y sectas que intentan resolver, y creen haberlo conseguido, el cada día más amenazador problema social, cuya efectividad, cerrando los ojos á la luz, niegan algunos economistas clásicos, y como la parte más culminante del mismo, el problema del trabajo, toman como bases fundamentales de sus creaciones, y en ello entendemos que van perfectamente encaminados, la reorganización de las industrias, la regularización de su modo de obrar, la reglamentación del trabajo, la educación profesional é integral, la distribución dentro de la equidad y la justicia de los productos entre los que verdaderamente concurren á su creación, la disminución de la jornada, la prohibición del trabajo del niño y limitación y atenuación del de la mujer, la clasificación de los oficios, la asociación obrera, la cooperación, etc., puntos importantísimos de los que nos hemos ocupado, y lo hacen guiados por los plausibles propósitos de mejorar la suerte del obrero, de evitar los desastrosos efectos de la desenfrenada concurrencia económica, de conseguir la armonía, basada en la hoy desconocida igualdad, entre los dos grandes agentes de la producción, de disminuir los funestos resultados de las crisis fabriles, comerciales y agrícolas, de garantizar la salud y en lo posible la seguridad del trabajador, de remunerar convenientemente sus esfuerzos, sin que nunca pueda descender su salario de un minimum que prudencialmente se fije, de apartar las causas de inmoralidad y de proporcionar al que viva exclusivamente del empleo de su actividad en la obra productora los medios indispensables al desarrollo de sus facultades espirituales y al cumplimiento de sus deberes sociales, tarea cuya inmensa importancia no necesita encarecerse, y cuyas dificultades saltan desde luego á la vista. La bondad de los propósitos es generalmente reconocida, y esa bondad hace que se disculpen ciertos extravíos y actos violentos cometidos á su sombra.

De las principales ideas de esas distintas escuelas, entre las cuales, como queda indicado, se realiza un movimiento de

aproximación, preparándose la fusión de las más similares, y de las opiniones de algunos distinguidísimos escritores que á ellas pertenecen, nos hemos hecho cargo, extensamente de las unas y con estudiada sobriedad respecto de otras, dando preferencia á las ideas, á las escuelas y á las opiniones que más han influído sobre las clases trabajadoras, que más se han compenetrado con ellas y que mejor marcan la dirección de las corrientes en las distintas épocas, y especialmente en nuestros días, no en su curso general, sino respecto á los problemas y cuestiones á que hemos circunscrito nuestro estudio.

Exponiendo y analizando imparcialmente las doctrinas, huyendo de todo prejuicio, y fiando en la labor ajena más que en los esfuerzos propios, nos hemos ocupado de la condición actual de los trabajadores, de la concurrencia, de la acción de la maquinaria, del trabajo de la mujer y el niño, de la duración de la jornada, del descanso dominical, del salario y la participación del obrero en los beneficios, de la asociación del obrero en sus distintas manifestaciones, de las corporaciones profesionales y su reconstitución, de los sistemas de organización del trabajo de los utopistas y de los socialistas modernos, y de diversas cuestiones cuyo estudio era conveniente para el mayor esclarecimiento de la materia.

La resolución del llamado problema del trabajo, y aun la del general social, dependen de la más ó menos acertada solución que se dé á todas y cada una de estas cuestiones, puesto que la parte política del problema social no ofrece ni la gravedad ni la importancia que revistió y tuvo en otros tiempos, y en mucho ha sido resuelta, y la económica es la que realmente, por su trascendencia, por afectar en alto grado á la vida de los pueblos y de los individuos, la que más conmueve los ánimos, engendra los temores, solivianta las masas, da lugar á conflictos cada día mayores y cautiva la atención de los verdaderos estadistas y de todos los hombres de ciencia. Por eso los economistas y los socialistas, éstos más que aquéllos, la han hecho objeto preferente de sus estudios, y por igual motivo la Iglesia católica, de consuno con las disidentes, le ha dedicado toda su atención, ocupándose muy señaladamente de ella el sabio y venerable Pontífice León XIII, y

siguiendo su inspiración muy esclarecidos Prelados, uno de los cuales estimaba que la misión actual del sacerdote no es la mera predicación del Evangelio, sino compenetrarse con la vida de los trabajadores y de los débiles, estudiar y aquilatar sus necesidades y males, buscar el remedio de éstos y el modo de disminuir aquéllos, y elevar su voz elocuente para que el error no los extravíe y trabajar sin descanso en su favor.

Esta cruzada para conquistar el bienestar posible ha tenido ya sus resultados, aunque no tantos como era de esperar. De la noble y fecunda lucha de las ideas ha brotado la luz. Las opiniones se han unificado en muchos extremos, la propaganda ha llegado lo mismo á las capas sociales inferiores, donde la pasión rugía y se empuñaban la piqueta demoledora, la tea incendiaria y el fusil del combatiente, de donde surgían los anabaptistas de Munster y los niveladores de Babeuf, que á las altas regiones, tan refractarias á las novedades, tan apegadas á lo tradicional y tan *misoneístas* en todo; y al llegar á ellas ha determinado manifestaciones y acuerdos como los de la Conferencia internacional de Berlín y numerosas reformas precursoras de otras más transcendentales, cuyos beneficiosos efectos son ya sentidos por los pueblos que las han adoptado.

La prohibición del trabajo de los niños, la limitación del de los jóvenes y las mujeres, el establecimiento del descanso de un día en la semana, la abolición en muchos casos del trabajo nocturno, la implantación de la educación profesional, la fijación de las condiciones que han de reunir los locales de las manufacturas y para la instalación y funcionamiento de las máquinas, la creación de inspectores del trabajo, la institución de los Jurados mixtos que diriman las diferencias entre patronos y obreros, así como la formación de la estadística del trabajo y el señalamiento de indemnizaciones para los casos de accidentes no imputables á los que han sido víctimas de ellos, son medidas adoptadas por la generalidad de los países, sin exceptuar el nuestro, donde un Ministerio conservador ha iniciado la marcha en esta saludable vía, marcha reformista que por un singular contrasentido no quiso emprender el ma-

lamente llamado liberal, que poco á poco ha ido renunciando á los principios estampados en la bandera de sus predecesores. Al mismo tiempo que las indicadas reformas se han ido adoptando, en especial en las naciones donde la vida industrial se manifiesta más vigorosa, otras medidas directamente encaminadas á corregir los muchos abusos de que han venido siendo víctimas los trabajadores, cuales la fijación del máximo de la jornada de los adultos en las obras y servicios del Estado, de la provincia y del municipio; la considerable reducción de la misma en las faenas nocturnas y en las industrias insalubres ó peligrosas, haciendo más frecuentes en ellas los intervalos de descanso é imponiéndose además reglas de observancia ineludible para disminuir en lo posible los riesgos de las unas y los efectos de las otras dañinos al organismo del obrero; la prohibición absoluta del odioso *truck-system*, vedando todo pago del jornal en especie; la institución del seguro obligatorio para aliviar los tristes resultados de la invalidez perpetua ó temporal, absoluta ó relativa; la creación por el Estado ó los municipios, ó bajo su tutela y con su ayuda, de Cajas de ahorros, de previsión y de socorros para determinados casos; la reconstitución bajo otra forma, en conformidad con las necesidades y exigencias de la época, de corporaciones industriales, extendidas á la agricultura: el establecimiento de Cámaras y Bolsas del trabajo, y la legalización, concediéndoseles especiales beneficios y exenciones, de las cooperativas obreras de producción y de consumo. Por último, va haciéndose camino, y algunos Gobiernos hacen con interés su estudio, la idea de una legislación internacional para las industrias, de Códigos del trabajo en los distintos países, adaptando las disposiciones de cada uno á las condiciones y circunstancias especiales del país y buscando el armonizarle con las de la legislación internacional, de dar participación al obrero en los beneficios, de ordenar que el pago de los jornales se haga diariamente ó cuando menos dentro de la semana en que se devenguen y nunca en vísperas de fiesta, de clasificar las industrias en que con exclusión del hombre pueda ocuparse la mujer, y las que en absoluto le estarán vedadas, de la construcción de casas para los obre-

ros, de que éstos se hagan dueños mediante el pago de una cantidad anual ó mensual que comprenda, á más del alquiler, la parte correspondiente de la amortización del capital, la modificación esencial del contrato de trabajo y del arriendo, tomando por base de aquél la participación en los beneficios, y de éste la aparcería, de la implantación del régimen censual, etc., etc.

Todas estas medidas y reformas, las unas puestas en práctica con verdadero éxito, las otras próximas á ser planteadas, se deben principalmente á la activa propaganda y á los nunca interrumpidos esfuerzos de los socialistas desde que, abandonando en lo general las utopías, los ensueños, las concepciones quiméricas, han buscado, utilizando al efecto los medios que la ley les concede, la consecución de lo más factible, de lo más viable, de lo con mayor fundamento pedido, de lo que podrá poner término á los abusos, corregir los vicios, remediar ó cuando menos atenuar los malos, mejorar la situación del proletariado, y llevar sin sacudidas violentas, sin trastornos, siempre dañosos, ni luchas ni conmociones generales, á la reconstitución social por medio de la evolución, y dentro de ella á la de la vida del trabajo.

De todos estos particulares hemos tratado con mayor ó menor extensión, según su respectiva importancia, procurando relacionarlos entre sí, puesto que en ellos estriba, y de su acertada resolución depende la verdadera organización del trabajo; y hemos procurado determinar los que pueden considerarse como resueltos, los que ofrecen más serias dificultades y son objeto de oposición más decidida y sido objeto de empeñadísimos debates, aquellos en cuya solución coinciden socialistas y economistas-individualistas, y los en que hasta el presente ha sido imposible llegar á un acuerdo. Es indudable el influjo que en la obtención de tales resultados han ejercido varios de los economistas modernos, especialmente los que, apartándose del criterio pronunciadamente individualista de la escuela clásica y renunciando á determinados principios desautorizados por la experiencia, marcan una nueva y fecunda dirección que, identificándoles más cada día con el espíritu y actuales tendencias de las sociedades,

hacen concebir la esperanza fundada de que, estrechadas las distancias y mitigados los enconos, pueda conseguirse sobrepujar los obstáculos y entorpecimientos que aún se ofrecen, impidiendo que el trascendental problema del trabajo, perdiendo sus más sombríos caracteres, deje de ser una amenaza terrible para el orden y la tranquilidad social.

Reconociendo, cual no podíamos menos de reconocer, este beneficioso influjo, hemos hecho frecuentemente mérito de sus doctrinas y de sus opiniones, aunque no tanto como hubiéramos deseado y requería su significación científica, pues á ello se oponía el verdadero alcance de nuestro estudio, casi limitado á presentar en conjunto las teorías y los sistemas socialistas referentes al trabajo y á su organización, y á dar á conocer algunas de las principales opiniones que con tales materias más ó menos directamente se relacionan.

El socialismo, al ocuparse de ellas, ha puesto muy de manifiesto la evolución que desde hace años viene realizando, y á consecuencia de la cual se produce en su seno—permítase nos la frase—un intenso trabajo de descomposición y reconstitución que no tardará en modificar sus doctrinas, sus caracteres y sus organismos. Las diversas escuelas y sectas que le constituyen comienzan á aproximarse, fundiéndose para constituir una sola las más afines y centuplicando de ese modo sus fuerzas. Dos corrientes muy perceptibles, constituyendo dos distintas tendencias, si bien coincidiendo en no pocos particulares, van absorbiendo poco á poco los elementos disgregados. La una, la más radical en sus doctrinas y en los procedimientos que patrocina para llegar á la implantación de las mismas, aspira á que el llamado cuarto estado, que, parodiando la frase del abate Sieyes, no ha sido nada hasta ahora, sea todo en la sociedad; á que el derecho al trabajo sea el complemento de la obligación ineludible de trabajar, obligación impuesta por la ley divina, y que, sin embargo, no alcanza á algunos felices privilegiados, zánganos que viven del sudor ajeno; á que las colectividades sociales sustituyan á las asociaciones particulares y á las actividades individuales aisladas, y la federación universal á las nacionalidades; á que la solidaridad y la igualdad dejen de ser meros principios y

se conviertan en realidad; á que el capital sea social, para que el trabajo no sea su esclavo; á que las palabras *mío* y *tuyo* dejen de tener su actual significación; á que el espíritu *altruista* reduzca la esfera de acción de los poderes coactivos, y á que ese mismo espíritu determine el reinado de la fraternidad humana; ideas cuya grandeza no cabe desconocer, y para cuyo planteamiento se hace precisa la revolución, sea violenta, si se la resiste sistemáticamente, sea pacífica, si la evolución ha preparado el terreno, lo cual es de esperar, atendiendo á los cambios que ya se producen.

La otra, que busca exclusivamente en la lucha legal, en el ejercicio de los derechos reconocidos, en la propaganda pacífica el triunfo de sus ideales, aspira también á la transformación social; pero en ningún caso traída por medios antijurídicos ni cimentada sobre humeantes ruinas; cree que hay llagas profundas que curar, dolores inmensos á que poner lenitivo, abusos irritantes que cortar de raíz, desigualdades absurdas, contrarias á la dignidad humana, leyes perturbadoras, injustas y funestas, preocupaciones inconcebibles, privilegios que pugnan con el espíritu de la época, miserias no atenuadas y sufrimientos en los que no se para la atención; cree que el trabajo ha sido separado de sus bases y de sus leyes naturales, como la familia de las que también le son propias y la propiedad de su verdadera esencia; cree que el trabajador no ocupa el puesto que le corresponde y que, en lugar de desempeñar importantísima función social, arrastra la cadena de la moderna servidumbre, con su hoy de dolores y su mañana de angustias; cree que la asociación no alcanza el inmenso desarrollo que está destinada á conseguir porque leyes restrictivas la comprimen; cree que las corporaciones de oficios deben renacer, pero sin los privilegios, monopolios, desigualdades y restricciones que tanto daño hicieron á las de otros tiempos y que tanto contribuyeron á que la opinión se pronunciasse en su contra; cree imprescindible herir de muerte al capitalismo y al industrialismo, convertidos en despóticos y despiadados señores, en una especie de feudalismo, aunque sin la aureola que continuos y homéricos combates depararon al de la Edad Media; cree que la concurrencia económica es

causa de tantos desastres, porque no se ha tenido el cuidado de regularizarla y se la ha dejado seguir su desenfrenada marcha; cree que las faenas manuales, sin las que la vida social se habría extinguido en sus mismos comienzos, son menospreciadas y aun envilecidas, por haberse respetado falsísimas preocupaciones y creencias, por no haberse visto en los que las ejercen sino á los sucesores de los esclavos, por no haberse considerado su inmensa significación social y por haberse desatendido el ejemplo de Jesucristo, que fué trabajador manual, hijo de humildes trabajadores y se rodeó de trabajadores, ni seguido las máximas evangélicas, ni hecho caso de las predicaciones de los discípulos, que en ellas se inspiraron, y de los eminentes filósofos que rompieron con las absurdas ideas de algunos de los paganos; cree que la beneficencia es poco ó nada eficaz, porque la representan esos hospitales y esos hospicios que tan justificada repulsión inspiran, y esas limosnas ciegas, en las que por tanto entra la vanidad; cree que la libertad ha sido impotente y hasta funesta, por habérsela confundido unas veces con el libertinaje y habérsela mutilado otras, y, por último, creyendo todo esto y confiando en la perseverante, directa y bien encaminada gestión del Estado, traza un cuadro bastante completo de reformas, del que hemos procurado dar exacta idea.

Muy fecundo en bienes y altamente beneficioso al trabajador conceptuamos este movimiento socialista que invade todas las esferas, y paulatinamente, pero sin detenciones ni desfallecimientos, va conquistando á las más numerosas de las clases sociales y á individuos distinguidísimos de las otras. No dudamos del triunfo más ó menos próximo de sus ideales, y lejos de temer su victoria, la vemos con agrado aproximarse, porque ella entrañará un verdadero progreso y un mayor desarrollo de la civilización, si bien entendemos que no convertirá en realidad la leyenda de la *Edad de oro* ni convertirá al mundo en nuevo paraíso bíblico. Repitiendo una frase del inmortal historiador Michelet, diremos: «Con el mundo comenzó una guerra que concluirá con el mundo, la del hombre con la naturaleza, del espíritu contra la materia, de la libertad contra la fatalidad». Diremos también, con los padres de la Iglesia, que

en este valle habrá siempre lágrimas, trabajos, miserias físicas y morales, dolores y sufrimientos. Pero llenos de fe en el poder inmenso de la inteligencia humana, penetrados del perfeccionamiento indefinido de la sociedad universal, diremos igualmente, con los más fervorosos creyentes del progreso, entre los cuales forman en primera fila los socialistas, que á medida que la civilización avance habrán de irse desvaneciendo las sombras que obscurecen la vida. El mundo de hoy es un edén si se le compara con el de ayer: el de mañana será más venturoso. Á tal fin trabajan hasta los que desconfían del porvenir, hasta los que reniegan de las conquistas modernas, hasta los que sin fijarse en lo que fué el hombre prehistórico, tal cual, lo revelan sabios descubrimientos, en lo que constituyó la esencia de la antigüedad, en lo que caracteriza la todavía no suficientemente estudiada Edad Media y en los horrores infinitos que matizaron el largo período del absolutismo, tienen fijas sus miradas en el pasado y viven dentro de la sociedad, y la sociedad les arrastra á su torbellino, y sus mismos esfuerzos de retroceso sirven para determinar el avance. Muchas de las antes consideradas como utopías son ya realidades, y no tardarán en serlo también la generalidad de las ideas que el socialismo patrocina.

MANUEL GIL MAESTRE.

---

# EXPOSICIÓN Y EXAMEN CRÍTICO

DE LAS

## ESCUELAS FILOSÓFICO-HISTÓRICAS

### I

*Escuela providencialista.*—El primero que hizo fundamentales estudios sobre el gobierno providencial en la historia fué San Agustín. Antes que él, Moisés entre los hebreos, Tucídides entre los griegos (1), San Pablo entre los cristianos (2) y Tácito entre los romanos, se elevaron de los hechos á las leyes y como presintieron los fines humanos; pero hasta el sabio Obispo de Hipona no se conocieron determinados principios

(1) Polybio (204-125) consideró, como base de su historia, el estudio de los hechos bien averiguados. Plutarco (40-120) prescindió muchas veces de los grandes hechos históricos para poner en claro las acciones de la vida privada. Véase Burnouf, *Histoire de la Litterature grecque*, t. II, p. 355.

(2) «Unas veces lanza Paulo sus miradas sobre lo pasado de la humanidad, y derivando el origen del cristianismo de los decretos eternos de Dios (a), que debían cumplirse en la plenitud de los tiempos (b) por Jesucristo, principio y término de la historia del género humano (c), demuestra el verdadero destino del paganismo y judaísmo (d). Otras veces contempla lo porvenir, descubre el velo que cubre los destinos futuros de toda la humanidad (e) y les da solución definitiva en estas profundas y enérgicas palabras: *Todas las cosas son de él, en él y por él* (f); *Dios será en todas las cosas* (g). De esta suerte el Apóstol de las gentes echó los cimientos de la verdadera filosofía de la historia, al mismo tiempo que demostró con su actividad apostólica y su vida evangélica que todo el destino del hombre se reduce á renacer en Jesucristo (ch).—Alzog, *Historia universal de la Iglesia*, t. I, p. 164 y 165.

(a) Ef. I, 4-12; III, 8-12; Rom. XVI, 25, 26.

(b) Gál. IV, 4; Efes. I, 10.

(c) Ef. I, 4; Tit. I, 3; I. Tim. II, 6.

(d) Rom. I y VII; Gal. III, 24; Act. XVII, 26, 27.

(e) Rom. XI.

(f) Rom. XI, 36.

(g) I. Cor. XV, 28.

(ch) II Cor. V, 17.

que rigen á la Historia. *La Ciudad de Dios* consta de 22 libros. Estudió el Santo la historia hebrea, griega y romana, la filosofía en estos dos pueblos y el paganismo, considerando la religión cristiana como fuente de toda verdad, belleza y virtud. Dice San Agustín que los romanos persiguieron el nombre de Cristo y los bárbaros no (1); y añade que, acostumbrados los romanos á los juegos circenses, después de destruída la ciudad del Tíber, huyeron á Cartago, donde concurrieron á porfía á los teatros por el ansia y desatino de ver estas fiestas (2). También afirmó que los godos fueron menos crueles que Mario y Sila en las guerras civiles que éstos tuvieron entre sí (3). Por último, describió la ciudad de Dios, donde la felicidad es verdadera y cumplida... y el tesoro de la verdad es común (4); terminando la obra con la comparación de la ciudad terrena con la celestial (5). Este es uno de los capítulos más hermosos de *La Ciudad de Dios*. Si San Agustín con harta frecuencia exageró el principio divino y desconoció la libertad, ó lo que es lo mismo, si el Obispo de Hipona anuló algunas veces la libertad humana por la acción de la Providencia, nadie podrá poner en duda el mérito no escaso y aun la capital importancia de *La Ciudad de Dios*. San Agustín es el verdadero precursor de Bossuet y de Schlegel, esclarecidos representantes de la escuela providencialista.

Bossuet (1627-1704) (6), en su *Discurso sobre la Historia universal* (7), comenzó por Adán ó la creación. «La primera época, dice, presenta desde el principio un gran espectáculo: Dios creó el cielo y la tierra por su palabra é hizo al hombre á su imagen. Esto es lo primero que escribe Moisés, el más antiguo de los historiadores, el más sublime de los filósofos y el más sabio de los legisladores» (8). En el Oriente, Bossuet

(1) Lib. I, c. I, p. 5.

(2) Lib. I, c. XXXII, p. 135.

(3) Lib. III, c. XXIX, p. 269.

(4) Lib. V, c. XV.

(5) Lib. XIV, c. XXVII.

(6) Natural de Dijón.

(7) Se publicó en 1681.

(8) *Discours sur l'Histoire universelle*, primera parte, primera época, página 15, Paris: MDCCXCVI.

sólo encontró, dignos de especial interés, un pueblo y una ley, el hebreo y el Decálogo: «Dios escribe de su propia mano, sobre dos tablas que da á Moisés en el monte Sinaí, el fundamento de esta ley, es decir, el Decálogo ó los diez Mandamientos, que contienen los primeros principios del culto de Dios y de la sociedad humana. Él dicta al mismo Moisés los otros preceptos...» (1). Para Bossuet, todo, fuera de la religión cristiana, es mutable, inconstante y agitado. «Así, cuando veis pasar como en un instante ante vuestros ojos, no digo á los Reyes y Emperadores, sino los grandes imperios que han hecho temblar el orbe entero; cuando veis á los asirios antiguos y modernos, á los medos, persas, griegos y romanos presentarse ante vosotros sucesivamente y caer, por decirlo así, unos tras otros, esta espantosa caída os hace conocer que nada hay de sólido entre los hombres, y que la inconstancia y agitación son patrimonio de las cosas humanas» (2). Véase el juicio que ha merecido la doctrina de Bossuet á dos filósofos españoles de escuelas diferentes. El P. Zeferino González dice que «la teoría de Bossuet, aunque cristiana, y por consiguiente filosófica y verdadera en el fondo, es incompleta é inexacta en su desenvolvimiento y aplicaciones; porque la libertad humana, absorbida en cierto modo por la acción de Dios, desaparece casi por completo de la escena histórica, ó por lo menos, no le concede á sus principales manifestaciones la importancia que les corresponde» (3). El Sr. Salmerón opina de la siguiente manera: «Bossuet describe admirablemente, más que razona, la influencia de la Providencia en la historia; pero á fuerza de exaltar el poder de Dios olvida al hombre, ó por mejor decir, no le olvida, quiere humillarle, anularle; Dios lo hace todo; el hombre no es jamás sino un instrumento de sus impenetrables designios. Desconoce que la libertad es la primera condición del desarrollo de las facultades humanas; y para que éste se cumpla, el hombre y los pueblos deben tener conciencia de que ninguna necesidad fatal les domina, que ellos

(1) Primera parte, IV época, p. 39 y 40.

(2) Tercera parte, p. 17 y 18.

(3) *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*, t. I, p. 81.

hacen su destino, que de ellos depende mejorar y marchar progresivamente hacia la realización de su ideal. Por lo demás, el alto pensamiento de referir la historia á un fin providencial y el de considerar el accidente (la coincidencia de causalidades finitas) como sujeto también á los eternos consejos de la Providencia, son dos grandes principios que necesariamente ha de reconocer el que quiera penetrar en las leyes del progreso humano, al cual concurren multitud de elementos que el hombre no determina, aunque á él toca aprovecharlos» (1).

En cuanto á Carlos Guillermo Federico Schlegel (1772 y 1829) (2), se dirá que, en la *Filosofía de la Historia*, consideró como base de su doctrina el dogma del pecado y de la redención.

Más teólogos que filósofos San Agustín y Bossuet, en *La Ciudad de Dios* y en el *Discurso preliminar* subordinaron la historia á la religión.

Cree César Cantú resolver el arduo problema de la Providencia y libertad diciendo: «Á la verdad, el hombre sin saberlo cumple en la tierra los designios de Dios, porque la Providencia, que trazó á los planetas órbitas determinadas, no pudo abandonar la especie humana al ciego capricho; antes bien la dirige por medio de un lazo misterioso en que la libertad y la presciencia se enlazan sin contrariarse» (3). Más adelante añade: «La filosofía de la historia no debe arrogarse el derecho de prescribir la fórmula del progreso, sino que debe tomar nota de él, observando los hechos que predominan en esa sublime perigrinación de la cultura del Oriente al Occidente».

Presentaré, siguiendo las enseñanzas de un querido maestro de la Universidad Central, la doctrina de la Providencia y libertad. No es, dice, una contradicción la acción de Dios sobre la humanidad y la libertad humana. Si Dios dirige los destinos de la humanidad como Padre cariñoso, ¿será responsable el hombre del bien ó mal que ejecute? Ante todo se hará

(1) *Discurso del Doctorado*, p. 30.

(2) Nataral de Hannover.

(3) *Historia universal*, t. I, XXVIII.

constar, añade, que Dios no lleva como de la mano á la humanidad, ni á los pueblos, ni á los individuos á través de siglos y siglos haciéndoles caer aquí y levantándoles allí, retrocediendo unas veces y progresando otras, interviniendo en un momento dado para que la verdad triunfe y en otro para que el error prevalezca, asistiendo al suplicio de Sócrates y consintiendo los crímenes de Nerón. ¿Es esto decir que permanecemos desligados de la Providencia y que marchamos al acaso? De ningún modo. Jesucristo grabó en el corazón del género humano que su Padre era amor y era Providencia. «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni tienen trojes, ni provisiones; pero vuestro Padre, que está en los cielos, que es su Criador y no su Padre, tiene cuidado de alimentarlas. Pues ¿no sois vosotros mucho más que ellas? Además, ¿por qué habéis de inquietaros? ¿Quién de vosotros puede añadir un codo á su estatura? Y lo que os digo de la comida, aplicadlo también al vestido. Considerad cómo crecen los lirios del campo, y eso que no hilan ni trabajan; os digo, sin embargo, y es cierto, que Salomón en el mayor aparato de su magnificencia no estaba tan espléndidamente ataviado como uno de esos lirios. Pues si un lirio, que no es más que una planta del campo que hoy está sobre la tierra y mañana es arrojada al fuego, Dios cubre y adorna de tal modo, ¿cuánto más cuidado no tendrá de vosotros, hombres de poca fe? No os acongojéis, pues, ni preguntéis con inquietud y desconfianza: ¿Dónde encontraremos comida y bebida? ¿Quién proporcionará vestido? Sólo los gentiles se afanan por estas cosas, y vuestro Padre celestial, que sabe que tenéis necesidad de ellas, puede y quiere proporcionáros las. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y todas las virtudes que prescribe, y todo lo demás os será añadido» (1). San Pablo, San Agustín y San Anselmo han expresado, con profundidad de pensamiento, la idea de la Providencia. Las palabras del primero son: *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus* (2). El Obispo de Hipona dijo:

(1) San Mateo, VI, 25 y siguientes.

(2) *Hechos de los Apóstoles*, c. 17, 28.

*Deus in quo et aquo et per quem vera sunt, quo vera sunt omnia;* y en otro lugar: «Y el que no sólo al cielo y tierra, no sólo al ángel, y al hombre, ni aun á las telillas de las entrañas de un pequeñito y bajo animal, ni á la plumita de un pájaro, ni á la florecita de la yerba, ni á la la hoja del árbol dejó sin su conveniencia, y con una como paz de sus partes, en ninguna manera se debe creer que quiera que esté fuera de las leyes de su Providencia los reinos de los hombres, sus señorios y servidumbres» (1). Por último, San Anselmo formuló la misma idea en las siguientes frases: *Ex ipsa summa essentia et per ipsam et in ipsa sunt omnia*. Del mismo modo, el moderno historiador americano Bancroft ha escrito: «Debajo de cada página de la historia, en los anales de los tiempos, se puede escribir *Dios reina...* los siglos que se alejan, á medida que ruedan en los oscuros abismos de los tiempos pasados, cantan con los coros innumerables de los ángeles: *Te Deum laudamus* (2). En suma, la Providencia, dejando á salvo la libertad humana, guía al hombre por el camino de la salvación.

Mostrada la idea de la Providencia, procede tratar de la libertad. Somos libres porque uno de los atributos de Dios es la libertad, y la libertad humana, reflejo de la divina, nos hace responsables ante Dios y ante la propia conciencia de las obras y acciones que realizamos en la vida. Si, perezosos ó malvados, no escuchamos la voz de Dios y prescindimos del tribunal de nuestra conciencia, merecemos severo castigo. ¿No se concilia de este modo la Providencia con la libertad? ¿No hay otro remedio que ser ateos ó fatalistas? ¿No afirmaron los estoicos y los Padres de la Iglesia que los esclavos eran tan libres como los ciudadanos? Y, aunque en otro sentido, ¿no ha dicho un sabio escritor alemán que *la historia del mundo es la historia de la libertad?* Por tanto, creemos en el gobierno providencial y en la libertad, en la intervención de Dios en los sucesos humanos y en la facultad de determinarnos como causa propia á la producción de actos.

(1) *La Ciudad de Dios*, c. 11. Tr.

(2) Discurso pronunciado en 1856 ante la Sociedad Histórica de New York.—*La Libre Investigacion*, t. II, 424.)

Sintetizando, se dirá que por encima de doctrinas fatalistas ó positivistas se levanta, llenando de luz y resplandorés, el gobierno providencial y la idea de libertad. Sobre mezquinos intereses muestra la ciencia que Dios no abandona á la humanidad, y que el progreso, dentro de los límites de la naturaleza humana, se manifiesta esparciendo por todas partes la verdad, el derecho en los pueblos, la justicia en las conciencias y la vida en la humanidad.

## II

*Escuela fatalista.*—Después de San Agustín, la Filosofía de la Historia no encontró ningún cultivador, habiendo necesidad de llegar á los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* del florentino Maquiavelo (1469-1527). Á la doctrina providencialista sucedió la del Acaso. ¿Quiso Maquiavelo descubrir los secretos de la política de su tiempo, ó intentó ofrecer á los príncipes un sistema de gobierno? Sea de ello lo que quiera, las enseñanzas de Maquiavelo han dominado y dominan todavía, sin embargo de la condenación de filósofos y religiosos. El maquiavelismo es la negación del derecho y de la justicia, y, por tanto, doctrina funesta y de consecuencias no conformes con la moral. Considérase como contrario á la moral el conocido principio de que *el fin justifica los medios*. La verdad debe buscarse por ser verdad, la belleza por ser belleza y el bien por ser bien, porque las miras interesadas pervierten y corrompen las ideas más puras y sublimes.

Vico (1688-1745) (1), en su *Ciencia nueva*, expuso elocuentemente el gobierno providencial: «Yo mostraré, dice, que todo principio viene de Dios, que todo camino lleva á Dios, que toda esencia está en Dios, y que todo, en fin, fuera de Dios, no es más que tinieblas y error» (2). Si en el libro de Vico, como escribe Marselli, se respira el aire de la ciencia, no merece las ala-

(1) Natural de Nápoles.

(2) Vico, *Scienza nuova*, lib. 5.º, cap. 4.º (trad. de Michelet).

banzas de Quinet (1) y de Michelet (2), porque la Filosofía de la Historia no es sólo la idea del gobierno providencial, el cual ya tenía precedentes honrosos. Prescindiendo de las ideas de libertad y progreso, Vico encerró á la humanidad en un círculo fatal. Afirma que la historia tiene tres períodos: *divino, heroico y humano*. En el primero el gobierno era teocrático, en el segundo aristocrático y en el tercero el poder residía en el monarca, que gobernaba sin distinción de clases. Cuando terminaba el último período, la humanidad volvía á comenzar (*ricorsi*) por el primero, y así eternamente. «Como la historia de la humanidad, escribe el P. Zeferino González, encierra algo más que la historia griega y romana, la concepción de Vico sobre la Filosofía de la Historia es una condición esencialmente incompleta y necesariamente exclusiva, y por lo mismo plagada de suposiciones gratuitas y de afirmaciones erróneas que se hallan en contradicción manifiesta con la enseñanza de la ciencia y con el testimonio irrefragable de la historia humana» (3). Una novedad, sin embargo, se encuentra en el sistema de Vico, la cual consiste en incluir la historia del derecho civil en la historia del derecho político.

Montesquieu (1689 1755) (4), en su libro *El espíritu de las leyes* (5), hace al hombre esclavo del clima. Esta doctrina, ya pensada por Hipócrates y desarrollada, en el siglo XVI, por Bodin, carece de valor científico. «Los pueblos de los países cálidos son tímidos, como lo son los hombres viejos; los de los países fríos son valerosos, como lo son los hombres jóvenes» (6). «En los países fríos, los hombres sienten poco el deseo de placeres, más en los templados, y mucho más en los cálidos» (7). «El mucho calor enerva la fuerza y el ánimo de los hombres; el clima frío les alienta para realizar hechos

(1) «Vico ha sido el primero que formuló las leyes universales de la humanidad.»

(2) «En el libro de Vico resplandeció por primera vez en la historia el Dios de todos los siglos y de todos los pueblos, la Providencia.»

(3) *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*, t. I, p. 38.

(4) Nació en el castillo de la Biède, cerca de Burdeos.

(5) Se publicó en 1748.

(6) Libro XIV, c. II.

(7) *Ibidem*.

largos, penosos, grandes y atrevidos» (1) Si no puede negarse la influencia del clima, es fatalista someter individuos y pueblos al frío ó calor del suelo en que nacen y viven. Platón nació en el clima ardiente del Ática y San Agustín en las abrasadas regiones del África; Plotino pensó en las encendidas arenas de Alejandría y Averroes en las calurosas vegas andaluzas. Los judíos conservan su carácter y costumbres en todos los climas. Por tanto, los fenómenos sociales no pueden explicarse del mismo modo que los físicos y químicos. «Si las palabras de Montesquieu, dice Laurent, se toman al pie de la letra, es preciso admitir que todos los pueblos que viven bajo una cierta latitud son condenados por la naturaleza á vivir eternamente en el vicio, en el crimen, en la ignorancia y en la miseria» (2). «Bajo la misma latitud, añade Laveleye, se encuentra la libertad en los Estados Unidos y Canadá y la servidumbre en Rusia» (3).

Voltaire (1694-1778) (4) escribió, entre otros libros, *Filosofía de la Historia*, *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de las naciones* (5) y *Siglo de Luis XIV*. Si Bossuet, valiéndose de los hechos históricos, hizo de la Iglesia la fuente de todo saber y vida Voltaire, mediante la historia, interpretada según su criterio, combatió á la Iglesia, á la cual consideró raíz y causa de todos los males, errores y preocupaciones. Negó el gobierno providencial, sustituyéndole con el fatalismo de la casualidad. «Una fatilidad ciega—dice—gobierna los sucesos del mundo» (6). Sólo un peregrino de Amiens suscitó las cruzadas (7), y una mera querrela de frailes originó la refor-

(1) Libro XVII, c. II.

(2) *Etudes sur l'histoire d l'humanité*, t. XVIII, p. 108.

(3) *Le gouvernement dans la démocratie*, t. I, p. 167.

(4) Natural de Châtery, cerca de Sceaux.

(5) Se publicó en 1756.

(6) *Siglo de Luis XIV*, c. I.

(7) «Este era el estado del Asia menor y de Siria cuando un peregrino de Amiens suscitó las cruzadas. No tenía otro nombre que el de Coucoupetre ó Cocupietre, según refiere la hija del Emperador Comeno, que le vió en Constantinopla. Nosotros le conocemos por Pedro el Ermitaño. Este picardo, que salió de Amiens para ir en peregrinación hacia Arabia, fué causa de que el Occidente se armase contra el Oriente y de que millares de europeos pasasen al Asia; de este modo es como se hallan e cadenados los acontecimientos del Universo.» — *Œuvres complètes, Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, tomo III, p. 201.

ma (1). Voltaire no ve otras causas en hechos tan trascendentales.

Federico II (1712-1786) escribió á su amigo Voltaire: *el Acaso es palabra vacía de sentido*; pero más tarde varió de opinión y admitió una divinidad más poderosa que Dios: su *Majestad el Acaso*. Lo mismo en las *Cartas* que en la *Historia de la guerra de los siete años* enseñó Federico esta doctrina, aprendida en los campos de batalla y entre el estampido de los cañones y cargas de caballería. A la Duquesa de Sajonia-Gotha escribió: «No hay idea más extravagante que la de querer desterrar la superstición. Las preocupaciones son la razón del pueblo; y ¿merece ese pueblo imbécil que se le ilustre?» (2) Y á Voltaire: «Más de la mitad de los hombres están hechos para la esclavitud del más absurdo fanatismo. El vulgo no merece ser ilustrado» (3).

A tales errores conduce la negación de Dios y de la libertad. Si Federico empleó alguna vez la palabra Providencia, el sentido propio de esta frase es el mismo que si dijera el Acaso ó la Casualidad; y con respecto al libre albedrío, ¿para qué necesita la libertad el hombre, que no solamente es *el animal más malo del universo, sino también el más necio?*

ALBERTO ORTEGA PÉREZ.

(Concluid.)

---

(1) «Cuando se concedió á los dominicos este arriendo de las indulgencias en Alemania, los agustinos, que habían estado mucho tiempo en posesión de ellas, quedaron celosos, y este pequeño interés de los frailes, en un rincón de Sajonia, produjo durante más de cien años discordias, furores é infortunios en treinta naciones.»—*Œuvres complètes, Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, t. III, p. 33.

(2) Federico, *Obras*, t. XVIII, p. 215.

(3) *Idem*, *Obras*, t. XXIII, p. 89, 102, 111.

# SANTA ISABEL DE HUNGRÍA

---

(ANTE EL CUADRO DE MURILLO)

Con regio porte y ademán sencillo  
hasta la enferma humanidad desciende,  
y entre las sombras del dolor enciende  
luz de esperanza, de celeste brillo.

Su mano, ornada de imperial anillo,  
hacia los miembros torturados tiende  
y en sus pupilas la piedad esplende  
que irradiaba del alma de Murillo.

La mansa placidez de su figura,  
que con la escena de dolor contrasta,  
el horror de las llagas transfigura,

y ante ella el tiempo, que los broncees gasta,  
pasa y no empaña con su huella oscura  
la luz de aurora de la imagen casta.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.

# LOCURA DE AMOR<sup>(1)</sup>

---

## III

*El poeta Nifo y la cómica Nicolasa Palomera.*

Nifo se apartó de sus amigos porque deseaba estar solo para pensar en lo que había descubierto, y en la para él crítica situación de saber una noticia y no poderla decir á nadie. Cruzó la entonces parte nueva de la plaza del Ángel, por donde había existido el callejón del Beso, y entró en la calle del Prado por frente á la puerta de la iglesia de Santa Ana, tomando la dirección del teatro del Príncipe.

—Mucho me sorprende—pensaba—que los cómicos no se hayan percatado de los amores de la Ibáñez con el capitán Cadalso, porque ya hubiera corrido la voz y llegado á mis oídos. Los cómicos no pueden callar nada; en escena cuentan lo suyo, y fuera de las tablas lo ajeno. ¡Miren la mosquita muerta cómo ha sabido embaucar á un caballero que tiene méritos propios y á más goza de la protección del Conde de Aranda! Y que el capitán es muy mucho para casarse con ella, pésele á quien pese. ¡Psit!... Aunque Aranda se oponga, una vez casados, como la chica es modosita y zalamera, tras un poco de lagrimeo vendrá el perdón, ella se retirará de las tablas, y cátese usted á una cómica convertida en señora. Después de todo, si la muchacha lo merece, ¿por qué la vamos á regatear esa condición? En cierto modo yo soy partidario de algunas de las ideas de *L'Encyclopedie*. Claro es que no transijo con esas excentricidades de Mr. de Voltaire, pero...

---

(1) Véase la pág. 666 del tomo anterior.

en otras cosas... Si se llega á efectuar la boda, pienso escribir á la Ibáñez una epístola en tercetos que principie diciendo:

Al rodar las edades y los tiempos  
cambiando van los usos y costumbres...

¡Qué palabrejas se me han ocurrido para buscarlas consonante! ¡Tiempos y costumbres!... Principiaremos de otro modo. ¿Y á qué viene ese empeño de D. Juan de Iriarte en que la cosa no se sepa? El amor y el dinero no pueden estar ocultos. Si no lo cuenta uno, lo contará otro... ¡Vaya usted á poner un candado en los labios del panfilote D. Casimiro ó en los del mordaz Pepe Clavijo!... Respecto á mí, bien puede estar seguro de que no diré palabra, ni haré á nadie la más leve indicación del asunto. Para contarlo no había que omitir la circunstancia del bizcocho; es lo que da carácter á la noticia. Esto podría servir de epígrafe á un capítulo de novela picaresca. De cómo un bizcocho de las monjitas de la Concepción vino á descubrir los amores de una cómica con un capitán de caballería. Por supuesto, ya que saben la noticia algunas personas, la idea de Iriarte no se ha de interpretar tan en absoluto; yo no voy á colocarme en medio del escenario del Príncipe, y á son de pregón contar la historia del bizcocho para que la sepan desde el primer galán al último racionista; pero el mismo Iriarte no verá mal que revele el secreto á ciertas personas de mi entera confianza, precisamente para que estén sobre aviso y puedan echar tierra á la conversación si oyesen algo que perjudicase á Cadalso ó á la Ibáñez. Otra idea me ocurre. ¿Y si lo supieran en el teatro y me lo ocultaran por ser amigo de los dos amantes? No es general en ellos, ni en ellas, esta circunspección; pero... todo pudiera suceder.

Así iba pensando Nifo cuando llegó á la esquina de la calle del Lobo (hoy Echegaray), por donde tenía su entrada al escenario el teatro del Príncipe, y vió venir una litera ó silla de manos conducida, según costumbre, por dos gallegos.

—Cómica *me fecit*—dijo.—¿Si será la propia Ibáñez? Con ésta puedo franquearme, y hasta contar la escena del café.

¡Ya lo creo! Como caballero y como amigo tengo la obligación de ponerla al corriente de lo que ocurre.

Y satisfecho de poder descubrir á alguien lo que con tanto interés se le había recomendado callara, esperó á que la silla de manos llegase hasta donde él estaba, y vió, merced á que las cortinillas no se habían corrido, que en la litera venía, en efecto, una cómica, pero no la Ibáñez, sino la sexta dama de la compañía, la Nicolasa Palomera, que fué famosa en cantar tonadillas.

La Palomera en cuanto divisó á Nifo, le sonrió afectuosamente, porque la gente de teatro gustaba de hallarse en armonía con los ingenios, buenos ó malos, y con éste sobre todo que se las echaba de noticiero y criticón. Acercóse el poeta, saludó á la cómica marchando junto á la silla, al paso de los gallegos, y luego que Nicolasa entró en el portal la ofreció el brazo para subir la escalera que conducía al escenario.

—Al pronto—dijo—confundí á usted con la Ibáñez; equivocación que en cierto modo la perjudica, y en cierto modo la favorece: la perjudica porque si María Ignacia es hermosa, usted lo es en mayor grado, y la supera en la viveza de los ojos, en la expresión del semblante, en el donaire de la conversación; la favorece porque tiene usted aqueles de primera dama.

—Usted me hace mucha merced—respondió Nicolasa dirigiendo á Nifo una mirada de agradecimiento por la galantería. Luego añadió:—La Ibáñez no trabaja esta tarde porque tiene función en casa.

Nifo, sorprendido por la revelación, quedóse parado en la escalera, obligando á que la cómica se parase; miró á ésta fijamente, y la preguntó con visible extrañeza:

—Pero ¿es que usted lo sabía también?

—Lo sabemos todos en el teatro—contestó ella con naturalidad.—No es un secreto para nadie: la cosa no tiene importancia.

—¿Cómo que no?—replicó Nifo.—¿Para usted no tiene importancia el casamiento de Pepe Cadalso con la María Ignacia?

Al escuchar esta pregunta demudóse el rostro de Nicolasa,

sus ojos se iluminaron de extraño fulgor, miró de hito en hito á su acompañante, y exclamó con voz temblorosa:

—¿Pepe Cadalso? ¿Se va á casar con ella? ¿Con la Ibáñez? ¿Usted sabe lo que dice? ¿Dónde ha oído usted eso? ¿Quién le ha dicho á usted semejante desatino?

—Pero, Nicolasita—preguntó á su vez Nifo,—¿no me acaba usted de manifestar que lo sabía?

Preocupado por la sorpresa de la cómica, y presumiendo que había cometido una imprudencia, quedó perplejo y confundido, sin saber qué determinación tomar. Hubiera deseado tener bajo sus pies un escotillón del escenario para dar la consabida patadita, como en función de magia, y desaparecer ante los ojos de la Palomera, tan imponentes para él, en aquellos momentos, como un público poco benévolo en el estreno de una mala tragedia.

—Vamos arriba—dijo ella con resolución.—Aquí no podemos hablar reservadamente... Arriba... Lo necesito... lo exijo... lo mando...

Y tiraba del atribulado Nifo que, al verse cogido en una ratonera, pugnaba por desasirse de la cómica.

—Perdone usted, Nicolasita—decía éste;—ahora no puedo detenerme... Tengo que ir á Palacio...

—Yo no respeto—exclamó Nicolasa—*del rey abajo ninguno*. De aquí no sale usted sin contarme todo lo que sepa del casamiento de Pepe Cadalso.

La cómica era hermosa, alta, esbelta, arrogante; soltó el brazo de Nifo, le agarró una mano y tiró de él como de un niño vergonzoso.

Subyugado el poeta, se dejó conducir, haciendo protestas de que nada sabía, y acordándose de las reiteradas recomendaciones de D. Juan de Iriarte. Ya en el escenario, Nicolasa le llevó á un rincón, debilmente iluminado por una vela de sebo situada á larga distancia, y allí se entabló entre los dos interlocutores el diálogo siguiente:

—Pero Nicolasita,..

—Pero señor Nifo...

—Si yo nada sé.

—Usted lo sabe todo, como decimos en los sainetes.

—¿No dijo usted que María Ignacia no trabajaba esta tarde porque tenía función en casa?

—¡Claro!... Es el santo de su padre, que se llama José, y pidió licencia á Martínez para estar todo el día, como buena hija, al lado de su progenitor. Por eso hace hoy la Figueras el papel de D.<sup>a</sup> Beatriz en el *Falso Nuncio*. Ahora hable usted.

—Se me ha confiado un secreto, y ¿quiere usted que lo venda?

—No, porque eso sería deshonroso para usted y para mí; quiero que me lo regale. Puesto que en nada se lucra, puede usted ser dadivoso sin menoscabo de su conciencia. Y yo ¿no merezco ese obsequio?

—Me ha de jurar usted guardar la mayor reserva.

—Siento que no haya aquí un libro de Evangelios, un notario y un zaguanete de alabarderos para que dieran solemnidad al acto.

Os juro que cumpliré  
como madre y como reina,  
y siegue, si falto á ello,  
el verdugo mi cabeza.

Hable usted, señor Nifo, sin temor: Nicolasa Palomera es tan buena como usted para guardar un secreto.

El poeta, convencido, sin duda, por la última afirmación de la cómica, se decidió á contar cuanto sabía de los amores de la Ibáñez y Pepe Cadalso, interrumpiendo á cada paso su discurso con ruegos y disculpas; ruegos para que la revelación cayese en el pecho de Nicolasa como en un pozo; disculpas para demostrarse á sí mismo que, si faltaba á su promesa, era impelido por circunstancias extraordinarias é imprevisas.

Después de todo, Nifo quedó tranquilo, y hasta si se quiere satisfecho, no sólo por las seguridades de silencio que Nicolasa diera, sino porque había podido contar á alguien el lance del bizcocho. Pero poco le duró la satisfacción.

—Yo también—dijo la cómica—tengo que revelar á usted un secreto á cambio del que me ha confiado y que guarda

con él íntima relación. Verá usted cómo para obligarle á que me lo descubriera me impulsaba una razón poderosa. Yo he tenido amores con Cadalso.

Nifo se quedó como petrificado; había descubierto el misterio á la persona que más le podía comprometer.

—Pepe Cadalso—prosiguió ella—es un mal caballero. ¡Dejar me por la Ibáñez! ¡Por la primera dama! Esto es lo que más me mortifica. Pero me he de vengar... En cuanto termine la tonadilla, me planto en casa de esa gazmoña, y... ¡no va á ser mala tonadilla á tres la que vamos á cantar allí! He de hacer una que sea sonada. Usted no sabe quién es Nicolasa Palomera.

—Sí, señora; ya lo sé, aunque tarde.

Nicolasa dió á Nifo todo género de seguridades respecto á no declarar nunca, por nada, ni por nadie, quién había sido el denunciador; pero sin volverse atrás de la decisión que tenía formada de sorprender á Cadalso en casa de la Ibáñez, y cantar allí una tonadilla nueva así que terminase la del teatro.

Nifo despidióse de la cómica muy cariacontecido, y al bajar por la oscura escalera del escenario se le figuró que le perseguía la sombra de D. Juan de Iriarte.

CARLOS CAMBRONERO.

(Continuará.)

---

# ADVERTENCIA

---

Accediendo á las repetidas observaciones de muchos de nuestros abonados, y siguiendo la costumbre de la mayor parte de las publicaciones modernas análogas á nuestra REVISTA, ésta será mensual, en lugar de quincenal, desde el presente mes, publicándose los días 15. Aumentará sus páginas y bajará el precio de la suscripción á 20 pesetas un año, 10 semestre y 5 trimestre, tanto en Madrid como en provincias, y el de 25 francos el año y 15 el semestre en el extranjero.

Á los que tienen pagada su suscripción hasta después de fin de Junio de éste año, al renovar la misma se les hará el abono correspondiente.